





BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra.....

13 37-13

Ubicación 12..B..... 39- 13

BIBLIOTECA NACIONAL



838144

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIII

SANTIAGO DE CHILE
1921

CHILE Y ARGENTINA EN 1864

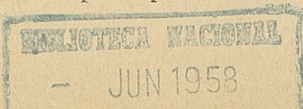
OCUPACION DE CHINCHAS

La ocupación de las islas peruanas Chinchas, en Abril de 1864, por fuerzas desembarcadas de la Escuadra Española y los términos de una nota manifiesto que el Jefe de esta y el Comisario de S. M. Católica dirigieron al Cuerpo Diplomático, residente en Lima, alarmaron el sentimiento americano, especialmente en Chile. A la honda excitación pública producida, se unió la tensión de espíritu en hombres políticos y de acción, durante todo el tiempo transcurrido en el lento desarrollo de los sucesos de aquel año. El sentimiento público se mantuvo vivo en Chile merced a esos sucesos y a las reclamaciones del Ministro Español en Santiago, consecuencia inmediata de aquella excitación.

Don Domingo Santa María, con su natural vehemencia, expresó a don José Victorino Lastarria, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en Argentina, y precisamente para que lo dijiese a don Bartolomé Mitre, Presidente de esta República, lo siguiente:

«Ahora, déjeme Ud. darle una amarga queja contra Mitre que corre el peligro de ser borrado del catálogo de los americanos ilustres. Dígaselo Ud. así.

«Pendiente la cuestión peruano-española, que tan justamente alarmó a la América, ya por las razones que el Comisario español dió para posesionarse de las islas de Chinchas, ya por el irregular y atentatorio procedimiento empleado para esta posesión, Mitre envió a Sarmiento a Chile asegurando que este último tenía instrucciones de su Gobierno para marchar en un todo en conformidad con lo que el nuestro hiciese y deliberase. A mi me habló Sarmiento para que Covarrúbias le diese cono-



cimiento de las instrucciones que Montt llevaba al Perú y al Congreso Americano. Nuestro Gobierno fué franco y leal.

«Montt partió con Sarmiento, y Sarmiento, con anuencia de su Gobierno como es de creerse, tomó asiento en el Congreso Americano protestando que Mitre aprobaría cuanto hiciese y que muy pronto presentaría los poderes de que carecía.

«Mientras Sarmiento hacía este papel en Chile y en América, Balcarce se presentaba como Ministro de la República Argentina en Madrid, nada más que para hacer genuflexiones, cortesías y ofrecimientos a Isabel II. Cuando en Madrid se vió a Balcarce de cortesano y a Sarmiento de tirador en el Perú, el Gobierno español interpeló al primero sobre esta misteriosa e irregular conducta y Balcarce contestó que estrañaba lo que Sarmiento hacía, porque los deseos de la República Argentina eran mantenerse en paz con España. Que consultaría a este respecto a su Gobierno.

«Debió efectivamente escribir a Mitre y este, entre la honra americana y las cortesías a España, no titubeó acerca del partido que debía tomar. Balcarce ha asegurado al Gobierno español que Sarmiento ha obrado intrusamente y sin conocimiento de su Gobierno, el cual estima en mucho la cordialidad con España.

«Sarmiento debe también haber sido amonestado, o más bien *advertido*, porque no ha querido firmar ni ingerirse en las últimas piezas elaboradas por el Congreso Americano. De este modo España queda satisfecha.

«En buena ley, ¿qué calificativo merece este procedimiento? Yo lo dejo a la consideración de Ud. Puede ser que Chile no sea tan grande como la República Argentina, pero Chile será siempre la más honrada de todas las Repúblicas Sud-Americanas. Confieso a Ud. que escribo todo esto con rabia». (1)

(1) Esta carta fechada el 27 de Abril de 1865, fué publicada en el número XXXVIII de la REVISTA CHILENA. En su número XXXIX se publicó un corto artículo refiriéndose a conversación con Mitre en casa de Vicuña Mackenna, y en el XL, se transcribieron párrafos de cartas de Mitre relativas a las actuaciones de 1864, a que más adelante hago referencia. En estas publicaciones se ha manifestado el deseo de que se aclare este punto histórico, a cuyo deseo quiero contribuir, mediante este artículo, en la medida de lo que esté a mi alcance.

Es oportuno consignar, desde luego, que Santa María, en carta de fecha anterior, pedía a Lastarria que saludase y diese afectuosos recuerdos a Mitre, «a quien quiero de veras y a quien aplaudo de corazón como Presidente de esa República».

Se ha referido, a propósito de la carta que transcribo, que don Bartolomé Mitre, en sobremesa, después de comida en casa de don Benjamín Vicuña Mackenna, durante su estadía en Santiago a fines de 1883 y principios de 1884, interrogado sobre el particular, contestó que había propuesto a Chile, por medio de Sarmiento, una alianza que Chile le rechazó; y se han producido párrafos de cartas de Mitre a Lastarria, a Vicuña Mackenna y a don Gregorio Béeche, argentino, que poco más tarde fué nombrado Encargado de Negocios ante el Gobierno de Santiago. En esas cartas aplaude una moción de Lastarria, aprobada por la Cámara de Diputados de Chile, destinada a no reconocer los actos de intervención europea en América ni a los Gobiernos que ella constituyese. Mitre cree que esta moción es de alcance moral y, agrega, que es partidario de algo más efectivo, *«de alianzas ofensivas y defensivas entre todas las Repúblicas para auxiliarse unas a otras contra las agresiones extranjeras»*. Estas cartas de Mitre llevan fechas 6 de Septiembre de 1864, la primera, y 10 del mismo mes las dos segundas.

Ellas dan constancia de una aspiración de Mitre, pero no que se haya traducido en un propósito que el Gobierno argentino procurase cumplir. Es lógico apreciar que, en la conversación en casa de Vicuña Mackenna, cerca de veinte años después, haya habido detalles y circunstancias olvidadas, sin propósito alguno determinado, sino por efecto del solo transcurso de los años.

Pero, para apreciar las cosas, preciso es considerar previamente la situación política del Perú, de la República Argentina y de Chile.

El 11 de Enero de 1864 el Gobierno del Perú invitó a las Repúblicas del Pacífico a reunirse en un Congreso Americano para discutir puntos de interés general y común, el primero de los cuales era declarar que los pueblos americanos «formaban

una sola familia, ligados por los mismos principios y por idénticos intereses a sostener su independencia, sus derechos autónomos y su existencia nacional». El Gobierno de Chile, en nota de 18 de Febrero, aceptó la invitación, eliminando de las discusiones de aquel Congreso sus diferencias de límites con Bolivia y la Argentina.

El Gobierno peruano no había dado solución a reclamaciones formuladas por el Gobierno español. Este Gobierno dispuso que su escuadra en el Pacífico ocupara las islas peruanas Chinchas, ocupación llevada a efecto en la noche del 14 de Abril de 1864. Allí apresaron a la goleta de la marina de guerra peruana «Iquique» y tomaron prisionera a su tripulación, a las autoridades y a la guarnición de las islas. En la declaración dada a luz por el Comisario español y por el Comandante de la escuadra española, para justificar su atentado, entre otros fundamentos, expresaron que la propiedad de esas islas podía reivindicarse por el Gobierno de Madrid desde que España permanecía en estado de tregua con el Perú. No invocaron derecho de represalias ni hubo ninguna conminatoria al Gobierno de Lima.

Este atentado provocó honda sensación en América y fué el antecedente de la nota, de 4 de Mayo de aquel año, dirigida por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile a los diversos Gobiernos americanos, en la cual se rechazaban formalmente los principios invocados por el Gobierno español, se protestaba de la ocupación de las Chinchas y se declaraba que no reconocía a otra nación que el Perú como soberano de ellas. La protesta chilena recibió la adhesión de las más de las naciones americanas.

En el Perú, el proceder español produjo también profunda sensación. El Gobierno protestó de este acto y adoptó medidas para rechazar el atentado; pero su acción posterior y la de las autoridades de su dependencia no guardaron consonancia con su primera actitud.

El Cuerpo Diplomático de Lima condenó la ocupación de las Chinchas en la manera como habían procedido los Agentes del Gobierno de Madrid, y acordó iniciar gestiones para poner fin al estado de cosas que se había producido, en las que cupo parte principal al representante de Chile, don José Nicolás

Hurtado, que procedió ajustándose a instrucciones dadas y recibidas antes de saberse la ocupación de aquellas islas. A consecuencia de esta gestión, los Agentes españoles declararon, con fecha 11 de Mayo, que la ocupación de Chinchas tenía el carácter de represalias, manifestándolo así al Cuerpo Diplomático de Lima e insistiendo en esta medida, como medio de compeler al Gobierno peruano a que aceptase las reclamaciones españolas.

El representante de Chile, que fué designado para formar parte de la comisión del Cuerpo Diplomático que se puso al habla con los Agentes españoles, continuó gestiones confidenciales para procurar un arreglo honroso entre éstos y el Gobierno del Perú. Propuso, como base para ello: devolución de las Chinchas al Perú, saludo al pabellón peruano por la escuadra española, después de hecho lo cual el Perú acreditaría una legación en Madrid para resolver las reclamaciones sea directamente, sea por arbitramento, sea por comisiones mixtas. Después de diversos cambios de notas y declarar el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, dándole carácter de «principio invariable» de su Gobierno, «que jamás trataría con la España sino después de haber obtenido una amplia reparación de la honra nacional altamente ofendida en su pabellón y después de recobrar su propiedad violentamente arrebatada», el Encargado de Negocios de Chile hubo de declinar definitivamente toda intervención, no obstante serle seriamente presumible que el Comandante de la escuadra española aceptaba aquellos términos.

En Lima, la prensa adicta al Gobierno atacó violenta y temerariamente al Gobierno de Chile y a su representante, y las comunicaciones dirigidas a éste evidenciaron el propósito de excusar su intervención. No bastaba al Gobierno de Lima, como antecedente de confianza en el Gobierno de Chile, que este hubiera negado todo auxilio y todo suministro a las naves españolas, a diferencia de lo que acontecía en el Perú, donde estos buques se aprovisionaban y abastecían desde el Callao. Las gestiones del representante de Chile en Lima tuvieron fin el 5 de Julio de 1864.

El Gobierno español desautorizó, en el curso del mes de Junio, por exposición de su Ministro Pacheco en el Senado, la declaración de sus Agentes en el Pacífico, en cuanto habían expresado que reivindicaban las Chinchas, y declaró que se mantenía esa ocupación a título de represalias. No tomaba en cuenta que ellas, con arreglo al Derecho internacional, aún no eran aplicables. En todo caso, quedaba en pié un violento uso de represalias que, sin duda, debía ser considerado seriamente por los Gobiernos Americanos, no obstante haber desaparecido, aparentemente, la reivindicación de aquellas islas por España.

Es oportuno consignar que, mientras Chile daba la voz de alarma, oficialmente, por medio de su nota de 4 de Mayo, aceptada por casi todos los Gobiernos americanos, el Perú hacía gestiones confidenciales para concertar un arreglo con España. El Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, en nota a su Ministro en París, le expresaba que el Perú había solicitado sus buenos oficios, que este país pretendía fuesen desaprobados los procedimientos de los Agentes españoles, se devolvieran las islas y demás propiedades tomadas y se retirara al Agente español Salazar y Masarredo. Agrega ese señor Secretario de Estado: «Me juzgo autorizado para manifestar que el solo hecho de hacer estas proposiciones, indica suficientemente la buena voluntad del Perú para evitar la guerra con España, aceptando cualesquiera términos sobre que quiera insistir España, practicando su habitual justicia, honradez y magnanimidad».

El mismo Gobierno encargó a su Ministro en París que solicitase la mediación del Gobierno de Francia, que sólo concedió sus buenos oficios, a la vez que, por intermedio del Cónsul peruano en Madrid, proponía bases de arreglo al Gobierno español. Las proposiciones que este Gobierno entregó al expresado Cónsul fueron enviadas al Congreso peruano por el Gobierno de Lima, el cual aún el 5 de Agosto de 1864, no se había pronunciado sobre ellas.

El Gabinete peruano presidido por don José Antonio Ribeyro, que había actuado de doble manera en esta cuestión de las Chinchas y había pedido a Chile el retiro de su representante en Lima, fué recibido en el Congreso peruano, el día 28 de

Julio de 1864, en forma ruda y dura. Contra lo ordinario, el Mariscal Castilla, ex-Presidente, Presidente del Senado, contestó el discurso del Presidente Pezet y censuró en términos violentos a la administración. El Senado declaró haber necesidad de examinar severamente los actos del Ministerio. El Gabinete Ribeyro hubo de retirarse. Fué reemplazado por el Gabinete Costas-Pacheco, de efímera duración. Don Toribio Pacheco, Ministro de Relaciones Exteriores, negó que el Gobierno peruano hubiera dado instrucciones a su Ministro en París y a su Cónsul en Madrid para las gestiones que éstos practicaron y retiró a ambos funcionarios. El Cónsul en Madrid se justificó publicando las instrucciones que le impartió el Ministro Ribeyro.

De hecho quedaron rechazadas las proposiciones españolas enviadas al Congreso. El Gobierno peruano, a fines de Agosto de 1864, parecía adoptar una política que le llevaría a guerra activa con España, pero, absteniéndose de declararla hasta no saber qué impresión produjeran en Madrid las últimas circulares del Gobierno peruano. De allí esperaban solución pacífica y honrosa. Mientras tanto, el General Castilla aparecía a la cabeza de los partidos que querían declaración inmediata de guerra a España. Entre estas encontradas tendencias, el Congreso peruano, con fecha 7 de Septiembre, aprobó la siguiente ley, de acuerdo con el Presidente Pezet y su Ministerio:

«Art. 1.º El Poder Ejecutivo hará uso de los medios y recursos ordinarios y extraordinarios de que pueda disponer por leyes y resoluciones preexistentes, y por las que, al intento, expida el Congreso para defender con la fuerza la integridad del territorio nacional, de toda agresión o usurpación consumada o que en adelante se intente consumir.

Art. 2.º El Congreso, además, resuelve que el Poder Ejecutivo haga la guerra al Gobierno de España, como último medio de obtener la más completa y honrosa satisfacción por los agravios que sus Agentes han irrogado a la República, en el caso que no sean desocupadas las islas Chinchas y saludado el pabellón nacional; pudiendo el Poder Ejecutivo emplear conforme a sus atribuciones constitucionales, cualquiera de los me-

dios permitidos por el Derecho de gentes para entrar en relaciones oficiales con el enunciado Gobierno».

La actividad del Congreso y Gobierno peruanos, en los primeros días de Septiembre, fijaban, en parte, su actitud ante España, que hasta entónces había sido del todo vacilante y de doble actuación: se había presentado públicamente airado y exigente para con España, sin haber ejecutado acto alguno para rechazar el atentado de que había sido víctima; y por el contrario, había permitido a la Escuadra española proveerse en el Callao mismo, o por medio del comercio entre este puerto y las Chinchas, que no había prohibido ni impedido; había procurado la mediación de los Estados Unidos de América y de Francia, y había instruido a su Cónsul en Madrid para que practicara negociaciones directas con el Gobierno español. Nada positivo se había procurado en cuanto a elementos bélicos, que la situación le imponía.

La ley de Septiembre, como las circulares peruanas de fines de Agosto, no reflejaban la actitud que corresponde a pueblo altivo que rechaza injuria hecha violando su territorio: no era ya posible, en Septiembre, aumentadas las fuerzas españolas, lo que debió producirse en Abril y sobre todo, cuando las fuerzas españolas quedaron reducidas, en Chinchas, a los solós buques «Resolución» y «Covadonga». El artículo primero de aquella ley era una aparente incitación a que el Gobierno obra- ra como debió hacerlo en un principio, seguramente para satisfacer al partido de guerra. Pero esta incitación era desautorizada, puede decirse que expresamente, por el artículo 2.º en que se indicaba a ese Gobierno entrar en relaciones con el Gobierno español, por cualquiera de los medios que prescribe el Derecho de gentes, para obtener la satisfacción que expresaba y la restitución de las Chinchas, cuya negativa sería el antecedente para declarar la guerra a España.

Es preciso no olvidar esta situación en el Perú a principios de Septiembre, cuyo Gobierno esperaba que el de Madrid aceptaría sus exigencias, como así mismo tenerse presente que la enorme mayoría de los créditos de españoles, contra el Perú, estaban en poder de peruanos que los habían adquirido a precios reducidísimos. Los Agentes españoles sólo cobraban los

que originariamente eran de españoles y habían permanecido, hasta esa fecha y sin interrupción, en poder de españoles.

Se dejaba así al Gobierno español dueño de la situación. Vacilante el Gobierno de Lima durante seis meses trascurridos, desautorizado el Cónsul peruano Moreira en sus gestiones, y reforzada la Escuadra española con nuevas unidades que la hacían fuerte, no era ya dable abrigar aquella confianza y era de temer, por el contrario, un golpe de fuerza. Se sabía ya de las pretensiones inaceptables del Gobierno español con relación a sucesos en Panamá, durante el viaje de regreso de Salazar y Masarredo, nervioso o miedoso en extremo, y sobre el proceso iniciado con motivo de los sucesos de Talambo. Iba a presentarse nueva ocasión en que las Repúblicas de América hubieran de considerar la actitud de España hacia el Perú, desde que, cualesquiera que fueran los fundamentos españoles para retener en su poder las Chinchas, esa ocupación era una amenaza para las Repúblicas Americanas, antiguas colonias españolas.

El 12 de Octubre se retiraba del Gobierno el Ministerio Costas-Pacheco, que había manifestado alguna más entereza que el Ministerio Ribeyro a que había sucedido. Se retiraba por desacuerdos con el Presidente Pezet. Le reemplazó el Ministerio Allendes-Calderon que fué recibido, en el público de Lima, con frialdad y disgusto.

A fines de Julio fué acordado en Chile, designar para una de las dos Legaciones de primera clase, autorizadas por el Congreso, al representante de Chile en Lima, que debía a la vez representarlo en el Congreso Americano. Se apreció sería ocasión considerar y concertar durante él los medios de una defensa comun contra los ataques a la independencia y territorios de las Repúblicas de América, ya que se esperaba, como Chile lo había pedido, que se reunirían representantes de los más de los Estados Americanos, cuyo concurso y voluntad eran necesarios.

Ocupadas aun las Chinchas, aquel Congreso debió necesariamente considerar ese conflicto del Perú con España. Era lógico que el Gobierno peruano, que se había manifestado tan reacio para toda acción enérgica contra España, pudiera encon-

trarse alentado o fuera impulsado para asumir la actitud que le correspondía.

El señor don Manuel Montt, representante de Chile en ese Congreso y Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante el Gobierno del Perú, llegó al Callao el 24 de Septiembre, en la nave de guerra chilena «Esmeralda».

Aún antes de instalarse aquella Asamblea, que lo hizo en Noviembre de ese mes, se acordó entre los representantes americanos, de acuerdo con el Gobierno peruano, requerir al Almirante Pinzón que desocupara las Chinchas. Se comisionó al Secretario de la Legación de Chile, don Ignacio Zenteno, para entregar la nota del caso, fechada en 31 de Octubre.

Según se expresa en el resumen escrito de su entrevista con el Almirante Pinzón, que Zenteno entregó a su Jefe, el Almirante le aseguró que el Perú hacía gestiones en Europa, por intermedio de una nación amiga y también a cargo del nuevo Cónsul peruano en Madrid, Barreda, diligencias que confirmaban cartas de Madrid y comunicaciones del Cónsul francés en Lima. Había recibido también insinuaciones, en Chinchas, de alguien que se decía autorizado por el Presidente Pezet. El Gobierno peruano nada había expresado de ello a los miembros del Congreso Americano. Pinzón declaró que no tenía ya facultades para participar en un arreglo. Declaró a Zenteno, e insistió, que España no amparaba sino los créditos de españoles contra el Perú que habían permanecido y permanecían en poder de españoles, cuyo total no alcanzaba a un millón de pesos, pues no amparaba los valiosísimos créditos de españoles en poder de peruanos, que habían adquirido pagando un 3 o un 4 % de su valor nominal.

Reemplazado Pinzón en el mando de la Escuadra española por el Almirante Pareja, el Congreso americano reiteró sus gestiones, que el Almirante rechazó sosteniendo que la cuestión pendiente era privativa del Perú y España y negando a los Plenipotenciarios competencia para inmiscuirse en ella. El Gobierno peruano, a su vez, expresó a los miembros de ese Congreso que se consideraba sin elementos bélicos para atacar a la Escuadra española. Resolvió iniciar gestiones para concertar un tratado, designando por su Plenipotenciario al General Vi-

vanco. Las conferencias empezaron el 30 de Diciembre de 1864 en Chinchas. El Plenipotenciario peruano regresó a Lima el 25 de Enero de 1865 sin haber conseguido un acuerdo decoroso que pusiera término al conflicto.

Pareja, anclados en el Callao los buques bajo sus órdenes, «Villa de Madrid», «Resolución», «Blanca», «Berenguela» y «Covadonga», dirigió en la misma fecha, 25 de Enero, un ultimátum al Gobierno de Lima. En el Callao se encontraban los vapores de la marina de guerra peruana «Loa», «Huaraz», «Ucayali», «Lerzundi», «Tumbes», «Sachaca», «Chalaco», «Guise» y la fragata «Amazonas».

El 27 de Enero el Plenipotenciario peruano suscribió el tratado Vivanco-Pareja, que aceptó todas las exigencias del Gobierno de Madrid, incluso el pago de «tres millones de pesos fuertes españoles que España se había visto obligada a desembolsar para cubrir los gastos hechos desde que el Gobierno de dicha República (el Perú) desechó los oficios de un Agente de otro Gobierno amigo de ambas naciones, negándose a tratar con el de su Majestad Católica en estas aguas, y rechazando de este modo la devolución de las islas de Chíncha que espontáneamente se le ofreció».

Sometido a su consideración, el Congreso Peruano no le aprobó, pues, ante la resistencia para pronunciarse sobre él, el Presidente Pezet clausuró sus sesiones el 1.º de Febrero. Le ratificó con fecha 2 de Febrero de 1865.

La revolución se levantó y más tarde arrojó a Pezet del poder. Ante estos sucesos, el Congreso americano debía disolverse necesariamente, como lo hizo.

Miremos ahora hacia la República Argentina. Antes de la designación de Mitre para la Presidencia de la República, su estado político no parecía tranquilo. Caído Rozas y finiquitada la Presidencia del General Urquiza, la provincia de Buenos Aires aún no estaba definitivamente incorporada a la Confederación, dando ello lugar a guerra civil a que puso término la victoria obtenida por las tropas de Buenos Aires en el río Pavón, donde fué vencido y dispersado el Ejército de la Confe-

deración bajo el mando del General Urquiza, el 17 de Septiembre de 1861.

Las relaciones exteriores de la República Argentina quedaron a cargo del Gobernador de Buenos Aires por delegación de las provincias. Don Bartolomé Mitre, elegido Presidente de la Confederación Argentina, tomó posesión de su cargo el 25 de Octubre de 1862. Su labor fué árdua.

La lucha entre Buenos Aires y las provincias, en la cual figuraron los partidarios y los caudillos del tiempo de Rozas, dejó ánimos exaltados y prevenidos. Las tentativas revolucionarias y las asonadas de caudillos eran frecuentes y complicaban en ellas a Chile. Los caudillos abusaban a veces de la hospitalidad chilena, o se guarecían en los valles cordilleranos, en donde no podía perturbárseles, o movían a los indios para apoderarse de ganado argentino, que pasaban a vender a Chile, a fin de procurarse recursos. Lógico era que, en estas condiciones políticas, sufrieran los chilenos en sus personas y en sus bienes. Las reclamaciones mútuas de ambos Gobiernos fueron numerosas. Otras atenciones más graves habían de preocupar seriamente al Gobernador de Buenos Aires y, en seguida, al Presidente de la República Argentina. El Estado Oriental del Río de la Plata había sido y era una fuente de discordia entre la Argentina y el Brasil, cada uno de los cuales pretendía influencia exclusiva sobre su Gobierno.

Después de largas gestiones llegó a concertarse entre las Repúblicas del Uruguay y Argentina y el Imperio del Brasil el tratado de 2 de Enero de 1859, complementario de la Convención de 27 de Agosto de 1828, que confirmó la independencia del Uruguay. Aquel tratado garantiza que el territorio de la República del Uruguay no podrá anexarse, ni aún en parte, al Imperio del Brasil o a la República Argentina, como no podrá incorporarse o refundirse en ellos; se obligan éstos a defender la independencia e integridad del Uruguay y le declaran estado absoluto y perpetuamente neutro entre los otros dos estados contratantes.

El 1.º de Marzo de 1860 asumió la presidencia de la República Oriental del Uruguay don Bernardo Berro. El Presidente, que no se inclinaba a Buenos Aires, se mantuvo neutral en el

conflicto entre esta Provincia y la Condeferación Argentina, manteniendo relaciones con López, Presidente del Paraguay. Ello dió ocasión a numerosas quejas del Gobierno de Buenos Aires y a que se organizara, con su ayuda, una expedición revolucionaria, para derrocar a Berro, al mando del General uruguayo Venancio Flores, Jefe que, borrado por el Presidente del escalafón del Ejército uruguayo, había militado en el Ejército de la Provincia de Buenos Aires a las órdenes de Mitre.

Desembarcado Flores y su fuerzas en territorio oriental, se inició un período de encuentros y acciones con las fuerzas del Gobierno de Montevideo. Así se llegó al año de 1864, que habría de ser decisivo para esta lucha civil que, a su vez, provocaría la larga guerra con el Paraguay.

El caudillo Flores, que había invadido la República Oriental y mantenídose en armas con el auxilio y apoyo argentino, provocó recelos en el Brasil. Los agentes de este Gobierno, puestos al habla con Flores, encontraron aceptación, por su parte, para recibir apoyo brasileiro a fin de continuar la lucha con el sucesor de Berro, que terminó su período el 1.º de Marzo de 1864. No habiendo sido posible la reunión del Senado uruguayo, al que incumbía la elección de Presidente de la República, asumió la Presidencia del Estado, provisoriamente, el de esta Cámara, don Atanasio Aguirre.

Concertada una alianza entre el Gobierno brasileiro y el caudillo Flores, a fin de derrocar el Gobierno de Montevideo, empezó aquel Gobierno a preparar sus fuerzas de mar y tierra para emprender campaña cuando lo juzgase oportuno, y envió a Montevideo una misión especial a cargo de don José Antonio Saraiva. El representante del Brasil inició sus gestiones diplomáticas con su nota de 18 de Mayo de 1864, por la cual solicitaba del Gobierno Oriental la aceptación de numerosas reclamaciones, en favor de ciudadanos brasileiros, pendientes desde 1852, nota que, por sus términos y por su conminación, no aceptó el Gobierno de Montevideo. Devolviola a Saraiva, a quien pidió, a su vez, la aceptación de numerosos reclamos uruguayos nacidos de actos de ciudadanos brasileiros. Se le propuso acudir al arbitraje.

Creada esta situación, no era dudoso el interés argentino para poner fin a la lucha civil en el Uruguay e impedir que fuerzas brasileras entrasen en campaña. Mitre obtuvo que el Gobierno Imperial se asociase a su proyectada mediación, para lo cual solicitó el concurso del Ministro inglés en Buenos Aires. Aceptada en Montevideo, se trasladaron al campamento del caudillo Flores, Thornton, Ministro inglés, Rufino Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, y José Antonio Saraiva, Agente especial del Brasil, quienes concertaron con Flores términos para la pacificación del país, que éste aceptó y suscribió con fecha 18 de Junio de 1864, como también les firmaron, ad referendum, los representantes del Gobierno de Montevideo. Este convenio quedó sin efecto, después de propuesta una corta modificación por el Gobierno de Montevideo. En los primeros días del mes de Julio, las hostilidades se renovaron en forma cruel y violenta.

El Gobierno de Buenos Aires necesitó dedicar toda su atención a los sucesos de la República Oriental del Uruguay, desde que el Brasil hacía causa común con el caudillo Flores y desde que, día a día, podían surgir incidentes que comprometiesen los intereses argentinos y obligasen al Gobierno de Buenos Aires a participar en la lucha.

En los primeros días de Agosto de 1864, la política del Gobierno de Río Janeiro favorecía abiertamente la revolución encabezada por Flores e iba a una alianza con ese caudillo. Saraiva, representante brasiler, dirigió el 10 de Agosto un ultimatum al Gobierno de Montevideo, previniéndole que el Gobierno del Emperador ordenaba al Ejército de la frontera y a la Escuadra procediesen a ejercer represalias o acudir a otros medios para proteger a los súbditos brasileros. Declaró que ponía fin a su misión. El Brasil llevaba sus fuerzas a la lucha interna del Uruguay protegiendo al caudillo Flores, que había tenido, en un principio, la protección y la ayuda argentina. La actuación del Presidente Mitre era difícil, para evitar situaciones que pudieran llevarle a chocar con el Brasil, cuyo Gobierno solicitaba, por intermedio del Almirante de su flota, acompañado de un representante de Flores, en Octubre de 1864, el acuerdo de Mitre para una alianza con este caudillo.

En el interior, i en Buenos Aires mismo, se sucedían unos a otros choques entre las autoridades i los caudillos políticos o entre adherentes de partidos diversos. Se presentaba sospechosa la actitud del Presidente López en el Paraguay.

Desde el mes de Marzo de 1864, López tenía equipadas y preparaba numerosas fuerzas superiores a 50,000 hombres, que levantaban recelos en Río Janeiro y en Buenos Aires. López había reclamado a Mitre por la protección y ayuda que prestaba a Flores, ayuda que tendía a modificar el equilibrio en el río de la Plata, a la vez que pedía explicaciones por los trabajos militares en la isla Martín García. Llegado a conocimiento de López el ultimátum de Saraiva al Gobierno de Montevideo de 10 de Agosto de 1864, tan pronto como fuerzas brasileras entraron al territorio uruguayo protestó oficialmente contra las violencias de que era víctima el Uruguay y poco después rompió, de hecho, las hostilidades con el Brasil, apoderándose del vapor brasileiro «Marques de Olinda» y ocupando la provincia de Matto Grosso.

En guerra con el Brasil y ocupada esta provincia brasilerá, López solicitó del Gobierno de Buenos Aires, en 14 de Enero de 1865, que se permitiese transitar a los ejércitos paraguayos a través de la provincia de Corrientes, si las operaciones de la guerra lo exigiesen. El Gobierno de Buenos Aires, como era natural, no dió acogida a semejante petición en nota de 9 de Febrero de ese mismo año.

Autorizado López por el Congreso Paraguayo para declarar la guerra a la República Argentina, rompió hostilidades apoderándose de los vapores de guerra argentinos «25 de Mayo» y «Gualeday» el 13 de Abril de 1865, antes de llegar a manos del Gobierno de Buenos Aires la nota paraguaya de 26 de Marzo de ese año, en que se le declaraba la guerra.

Hubo de ser un hecho la unión del Imperio del Brasil y de las Repúblicas de Argentina y Uruguay en guerra contra la República del Paraguay. Aquellas suscribieron el tratado de alianza de 1.º de Mayo de 1865, en cuyo Artículo XVI consignaron los límites que exigirían se reconociesen por el Paraguay para separarlo del Imperio del Brasil y de la República Argentina. Apareció así, como objetivo de guerra, la destrucción del

Gobierno positivamente dictatorial de López, dejando en libertad al Paraguay para darse las instituciones que le conviniesen, y la fijación de los límites que acordaban, aunque colectivamente consignaron que garantían su integridad territorial.

Resumida la situación política de las dos Repúblicas, que deberá tomarse en cuenta para una justa apreciación del punto histórico a que se hace referencia en la carta de Santa María, es del caso seguir la gestión encaminada para llegar a una alianza, con motivo original en la ocupación de las islas Chinchas por fuerzas de la Armada española.

En Chile, presidía el Gabinete que acompañaba al Presidente don José Joaquín Pérez, don Manuel Antonio Tocornal, del cual formaba parte don Domingo Santa María. Este Ministerio quedó positivamente en crisis en los primeros días de Abril de 1864, pues se habían producido serias diferencias de apreciación entre Tocornal, a quien seguía don Manuel M. Güemes, Ministro de Justicia, y Santa María, tanto sobre puntos de política interna, como muy principalmente sobre relaciones exteriores y ocupación de Méjico por los Ejércitos de Francia. Santa María entregó su renuncia al Presidente, quien la reservó.

Así las cosas, llegó a Santiago la noticia de la ocupación de las islas peruanas Chinchas, ante cuya noticia el Presidente dijo a Santa María: «ya no hay renuncia», contestándole este: «me quedo, ya que hay peligro».

Pero esta cuestión peruana precipitó la crisis ministerial, cooperando indirectamente a ella la actitud del General Vivanco, Ministro del Perú en Santiago. Llamado a la Moneda, a tomar parte en una reunión del Gabinete, a que asistía el Presidente Pérez, manifestó una actitud equívoca, indolente, desprovista de todo arranque propio de un sentimiento patrio herido por la injuria española. Si la actitud del Gobierno de Lima guardase conformidad con la actitud de Vivanco, era lógico apreciar que ese Gobierno, no obstante ser el más interesado, asumiría una actitud depresiva para la América desde que no rechazaría con altivez y de pronto la reivindicación española, que era un guante arrojado a todas las Repúblicas Sud-Améri-

canas. La reivindicación española importaba iniciar una nueva guerra de la Independencia. (2)

La diversa apreciación de Tocornal y de Santa María sobre estos sucesos fué completa. Tocornal se inclinó a permanecer a la expectativa porque los peruanos eran unos malvados, porque la España era madre común de estas Repúblicas y porque su espíritu y su educación rendía respeto a los Gobiernos europeos. Santa María, en oposición al criterio del Ministro de Relaciones Exteriores, indicó: «1.º que se pidiesen prontas explicaciones a Tavira (Ministro de España en Santiago) pero de tal manera que no pudiese evitar o eludir una contestación terminante, de manera de enviarle sus pasaportes si no tranquilizaba de lleno al país y al Gobierno, puesto que las islas se habían tomado invocando el derecho de reivindicación, y 2.º— que se enviase la «Esmeralda» al Perú con un Ministro ad hoc para alentar aquel país, si era necesario, y para saber también de un modo fijo, cual debía ser nuestra marcha en adelante».

Esta divergencia de opiniones precipitó la modificación del Ministerio. Se retiraron Tocornal y Santa María, (que conservaron sus cordiales relaciones personales) y el 10 de Mayo de 1864 fueron designados don Alvaro Covarrubias, Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, y don Alejandro Reyes, Ministro de Hacienda. Más tarde, el 28 de Septiembre de 1864, don Miguel M. Güemes, Ministro de Justicia, fué reemplazado por don Federico Errázuriz Z.

Antes de producirse el cambio ministerial, el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, remitió a los Gobiernos de América, su circular de 4 de Mayo de ese año. El Gobierno de Chile protestaba de que se pretendiera ejercitar represalias contra el Perú en violación de todas las reglas de Derecho Internacional. Protestaba de que se considerara al Perú en estado de tregua para invocar un pretendido derecho de reivindicación, cuando esta nación tenía más de cuarenta años de vida independiente, reconocida de hecho por España. Agregaba que las Repúblicas Americanas, que habían obtenido su independencia por esfuerzos comunes y con mutuos auxilios, eran so-

(2) Véase Revista de Geografía e Historia.—Tomo XXVII, N.º 31, 3.º Trimestre de 1918.—Papeles de don Domingo Santa María.

lidarias para mantener esa independencia. Protestaba pública y formalmente contra las declaraciones de principios invocados por los Agentes españoles y contra la ocupación de las islas peruanas afirmando que su Gobierno no reconoce ni reconocerá otro legítimo dueño de ellas que el Perú. Espera que el Gobierno de Madrid no acogerá los principios proclamados, desde que su sanción era establecer implícitamente el derecho de reconquista, lo cual impondría a las Repúblicas Americanas «aunar sus fuerzas para mantener la integridad del territorio de una República hermana e independiente».

La agitación pública de Chile fué espontánea y viva dando lugar a un cambio de notas con la Legación de España para rechazar sus reclamaciones.

Las semanas transcurrían y siempre seguía en pie el problema por la indecisión y completa falta de resolución del Gobierno del General Pezet. En Chile, en el curso de los meses de Mayo y Junio, como más tarde, se sabía que, no obstante las declaraciones oficiales de este Gobierno, había iniciado y tenía pendientes gestiones reservadas y secretas para celebrar un acuerdo con el Gobierno de Madrid. En Arequipa se diseñaba la ola revolucionaria contra el Gobierno de Pezet, bajo los auspicios del entonces Coronel don Mariano Ignacio Prado, que en 1865, ocupó la primera Magistratura del Perú.

El 13 de Mayo de 1864, don Domingo Faustino Sarmiento pidió se le fijara día para presentar en audiencia pública, su carta credencial que le acreditaba como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República Argentina ante el Gobierno de Chile.

El 28 de Mayo de ese mismo año, el Ministro de Relaciones Exteriores Argentino contestaba la circular del Ministro Tocornal adhiriendo por completo a las declaraciones y protestas del Gobierno de Chile. Concluía esa nota diciendo: «y da orden a su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial cerca de V. E. de hacer los acuerdos y convenios necesarios para proveer a la seguridad común de las naciones de América».

A pesar de esta declaración, sólo el 16 de Julio de 1864, Sarmiento, para cumplir las instrucciones recibidas de su Gobier-

no, se dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile transcribiendo, a la letra, aquellas instrucciones, en las cuales se dice, no obstante apreciar que el Gobierno español desautorizará a sus Agentes:

«Después de la protesta a que estos actos han dado mérito y a consecuencia de ella, el Gobierno Argentino cree que los Gobiernos de América deben adoptar las siguientes medidas:

1.º Solicitar del Gobierno de S. M. Católica la desaprobación de la conducta de sus Agentes, principalmente sobre los principios que han invocado para la reivindicación, haciéndole saber que estos principios son considerados como una amenaza y una agresión a las Nacionalidades de América.

2.º Hacer un tratado de Alianza ofensiva y defensiva entre los Gobiernos de América para el caso que la España persistiese en los propósitos revelados por sus Agentes. El tratará de conocer las ideas del Gobierno de Chile sobre estos puntos, e instará para que indague las del Gobierno del Perú y demás del Pacífico.

«Si el Gobierno de Chile estuviese dispuesto a celebrar algún acuerdo o convenio sobre estos puntos, procederá V. E. a ajustarlo».

Sarmiento transcribía el pensamiento de su Gobierno, que, sin duda, era el del Presidente Mitre, tal cual se le expresaba. No debe olvidarse que el Gobierno Argentino tenía pendiente en Madrid diversos puntos en cuestión que estimaba de seria importancia para él.

¿Qué prescribían estas instrucciones que transcribió Sarmiento?

No es dudoso que el Gobierno de Buenos Aires, consecuente con su adhesión a la protesta de Chile de 4 de Mayo de 1864, se manifestaba dispuesto a suscribir tratados de alianza entre las Repúblicas Americanas para repeler actos de España, si persistía en los propósitos que habían manifestado los Agentes del Gobierno de Madrid en el Pacífico.

Con toda evidencia se desprende también, de estas instrucciones, el propósito de guardar a España toda consideración al juzgar que, previamente, debería hacérsele una representación conjunta de las Repúblicas Americanas. Los tratados de alianza, también de todas las Repúblicas Americanas, procede-

rían caso que el Gobierno de Madrid persistiese en las declaraciones hechas por sus Agentes en el Pacífico, es decir, insistiese en reivindicar territorio peruano bajo pretexto de permanecer en estado de tregua con el Perú, desconociéndole su carácter de nación independiente, no obstante que aquellos eran acreditados para concertar convenios y convenciones con esa nación. El número segundo de esas instrucciones bien explícitamente lo consigna. Y relacionado este propósito con el número primero de esas instrucciones, se verá completo el pensamiento argentino. Primeramente debía solicitarse del Gobierno español la desautorización del principio de reivindicación, haciéndole saber que las Repúblicas Americanas lo consideraban como una amenaza y una agresión. Si el Gobierno de Madrid negaba esa desautorización, es decir si persistía en aquel principio, llegaría el evento de concertar y suscribir tratados ofensivos y defensivos contra España.

Se indicaba a Sarmiento que procurara conocer las ideas del Gobierno de Chile sobre estos puntos y le instara para indagar la voluntad del Gobierno del Perú y demás Repúblicas del Pacífico. Este encargo, fácil de cumplir para Sarmiento, que tenía puerta franca en nuestro Gobierno y en nuestra sociedad, pone en claro el propósito argentino de llevar a España una acción conjunta de las Repúblicas Americanas, lo cual requería tiempo y largas gestiones, y no un acuerdo especial con Chile.

Por último, el Gobierno argentino prevenía a su Ministro en Santiago que si el Gobierno de Chile «estuviese dispuesto a celebrar algún acuerdo o convenio sobre estos puntos, procediera a ajustarlo». Al expresarse así el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, deja en evidencia que se autorizaba a Sarmiento para suscribir con el Gobierno de Chile acuerdos o convenios para dirigirse previamente a Madrid en el sentido del número primero de esas instrucciones, para concertar alianza ofensiva o defensiva contra España, si su Gobierno «*persistiese en los propósitos revelados por sus agentes*» y para dar forma a las indagaciones que se hicieran cerca del Gobierno del Perú y otros del Pacífico.

Salta a la vista que, para concertar estos acuerdos entre Chile y la República Argentina, habían elementos previos y princi-

pales que considerar: la actitud que asumiese el Gobierno español y la actitud y las resoluciones que adoptase el Gobierno del Perú, principal afectado por los actos violentos de España.

Transcritas las anteriores instrucciones, el 16 de Julio de 1864, al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, es preciso relacionar entre sí los sucesos de ese mes.

La protesta formulada en Lima por el Cuerpo Diplomático residente allí, con motivo de la ocupación de las Chinchas, acordada y puesta en conocimiento de los Agentes españoles por iniciativa del representante de Chile, había llevado inmediatamente a esos Agentes a declarar que ocupaban esas islas no por reivindicación de ellas, sino a título de represalias. Esos Agentes se dieron cuenta del intenso movimiento que su declaración produciría en América, volvieron sobre ella e invocaron este último derecho, que importaba reconocer la nacionalidad independiente del Perú, y declararon que esas islas se devolverían una vez obtenido el resultado que se perseguía con aquella medida de represalias.

La protesta del Gobierno de Chile, consignada en su nota de 4 de Mayo de 1864, como la adhesión a ella del Gobierno de la República Argentina, era ya conocida desde el mes de Junio en Madrid. El Gabinete español expresó públicamente en el Senado, por boca del Ministro Pacheco, que desautorizaba la declaración de sus Agentes en el Pacífico, en cuanto habían pretendido reivindicar las islas Chinchas invocando estado de tregua; declaró que su Gobierno no se proponía atentar contra la independencia e integridad del Perú, y que aquella ocupación era una medida de represalias para obtener el pago de indemnizaciones y reparaciones a que España tenía derecho. En los primeros días de Agosto se tuvo conocimiento en Santiago de esta pública declaración del Ministro español, como se confirmaron las gestiones del Gobierno del Perú en Europa para llegar a un acuerdo con el Gabinete de Madrid.

Conocido que España «no persistía en los propósitos revelados por sus Agentes» y logrado de hecho el objeto buscado por la solicitud de desaprobación, indicada en el número primero de las instrucciones recibidas por Sarmiento, ¿qué tratado era dable concertar y suscribir con la República Argentina si de-

bía procederse caso de persistencia del Gobierno español en las declaraciones de sus Agentes en el Pacífico? La situación, como se encontraba en Julio, quedó fuera de las instrucciones a virtud de las cuales debía obrar Sarmiento, y, por consiguiente, excluido también el concierto de acuerdos o convenios con Chile a que se refería la parte final de esas instrucciones, desde que ellos eran referentes a las situaciones contempladas en los números primero y segundo de aquellas. A no variarse éstas por el Gobierno de Buenos Aires, este Gobierno se excluía por sí mismo de participar en la cuestión Chinchas. En el hecho, como podrá apreciarse más adelante, así lo juzgó el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, siguiendo los principios a que ajustaba su conducta en los negocios americanos.

Mientras tanto, durante estos meses de Julio y Agosto, el Gobierno de Mitre dedicaba toda su actividad a la revolución uruguaya, que había fomentado. Veía cierta la intervención brasilera en el Uruguay y debía vigilar la actitud de López en el Paraguay. El propio Ministro de Relaciones Exteriores, Elizalde, participaba en una gestión mediadora entre el general Flores y el Gobierno de Montevideo. Dado el capital interés de la cuestión oriental para la República Argentina, ¿prestaría atención a los sucesos del Pacífico y preocuparíase de las dificultades del Perú bajo un Gobierno como el presidido por Pezet? La respuesta se impone por sí misma y, si se toma en cuenta que las instrucciones a Sarmiento no fueron ni adicionadas ni modificadas, se impondrá ella tanto más. No he encontrado rastro alguno de adición y comprueba que no la hubo, el que Sarmiento fué desautorizado posteriormente por haberse excedido de ellas, es decir, de las que comunicó al Gobierno de Chile en 16 de Julio de 1864.

Desde la apertura del Congreso peruano, el 28 de Julio, se presentó en Lima una situación que impedía toda gestión diplomática. El Gabinete Ribeyro fué atacado violentamente por su actuación en la cuestión española y el Presidente Pezet vióse obligado a anunciar que el Ministerio se retiraría. El 11 de Agosto fué reemplazado por el Ministerio Costas-Pacheco. ¿Qué rumbo tomaría el Gobierno peruano bajo este Ministerio? ¿Qué

actitud asumiría el Congreso del Perú? Mientras no se aclararan estos puntos, ¿qué acuerdos o qué convenio podían concertarse y suscribirse en Santiago con el representante argentino, cuyas instrucciones se referían a situaciones ya pasadas y desaparecidas y no a las que se presentaban en ese mes de Agosto?

No era dable generar algún acuerdo hasta que se conociera la actitud peruana. Antes de la segunda quincena de Agosto no hubo proposición argentina determinada de una alianza propuesta a Chile especialmente. Y si la hubo, necesaria para que este hubiera podido rehusarla, esa proposición no habría encuadrado con un acuerdo de alianza ofensiva y defensiva de *todas* las Repúblicas Americanas, desde que no había persistencia española sobre principios de reivindicación.

Sarmiento no necesitaba contestación inmediata a su nota de 16 de Julio, por la sencilla razón que estaba en inmediato contacto personal con los hombres de Gobierno, como con todos los que tenían posición política y social. Sarmiento tenía lugar preeminente, en ese entonces, en la sociabilidad chilena. Tampoco podría darse una contestación positiva si el Ministerio Argentino no formulaba nueva propuesta que encuadrara con los sucesos de ese mes de Agosto y pudiera ajustarse a sus instrucciones, por lo ménos en apariencia.

Sarmiento, producido el cambio ministerial en Lima, creyó llegada la oportunidad de promover un acuerdo, y obtener éste fué su verdadera y única gestión. Los acontecimientos la impulsieron como referente a casos distintos de los contemplados en sus instrucciones. Sarmiento apreció que no era satisfactoria la declaración del Ministro español Pacheco, en lo cual se excedía de sus instrucciones, que no habían sido adicionadas, porque era a su Gobierno a quien incumbía formular esta apreciación. Sarmiento se dirigió privadamente a don Alvaro Covarrúbias, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, quien creyó que debía esperarse aún algunos días para dar forma al acuerdo entre ambos, desde que nada había de positivo en la actitud del Gobierno de Lima. El nuevo Gabinete Costas-Pacheco no había asumido actitud definida con relación a la cuestión española y el Congreso peruano mismo, que había

exigido el retiro del Gabinete Ribeyro, aparecía dividido en su apreciación sobre la cuestión Chinchas.

Pero, las comunicaciones de Lima, la actitud del Mariscal Castilla y las propias expresiones del Manifiesto del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Pacheco, hicieron esperar que en Lima se adoptase una actitud decidida. Se la apreció tal en vista del proyecto, que fué la ley de 7 de Septiembre, que debería llevar a la ruptura con España, aunque tardía. Estos últimos antecedentes indujeron al Gobierno de Chile a creer llegada la oportunidad que se esperaba para expresar al Representante Argentino que concordaba con su opinión, a saber, que no era suficiente la declaración del Ministro español Pacheco, y a juzgar llegado el momento para que don Manuel Montt se dirigiese a Lima, designado ya representante de Chile en el Congreso Americano y ante el Gobierno del Perú.

El acuerdo chileno estaba producido, desde que el Gobierno de Chile y el Representante argentino juzgaban insuficientes las declaraciones del Ministro español Pacheco. Este acuerdo dejó a Sarmiento en libertad para adoptar el temperamento que juzgase más propicio y concordante con las instrucciones de su Gobierno. ¿Aceptaría el Gobierno de Buenos Aires su apreciación de no ser bastantes las declaraciones del Ministro español, a virtud de la cual debía juzgarse que España persistía en las declaraciones de sus Agentes, a fin de encuadrar su gestión dentro de aquellas instrucciones? Parece lógico creer que Sarmiento quiso imponer a su Gobierno, porque su declaración forzaba los términos de las referidas instrucciones.

La prolongada ocupación de Chinchas, no obstante la desaprobación del Gobierno de Madrid, era una amenaza americana porque, mientras ella persistiese, quedaba latente el propósito español que encubría con un propósito de represalias en forma irritante y no ajustada a las prescripciones más reconocidas del Derecho Internacional. Se agravaba la actitud española desde que se le veía formular cargos basados en la pusilidad y nerviosidad de Salazar y Masarredo que, en su viaje de regreso a Europa, vió atentados en Panamá, y desde que se pretendía, indirectamente pero de hecho, inmiscuirse en la jurisdicción propia de la administración de justicia peruana,

como acontecía a propósito de los sucesos de Talambo. Todo ello, en conjunto, semejaban exigencias de soberano a vasallo. No eran aceptables en relaciones entre Estados independientes.

Había justa causa de recelos para con España y más justo motivo para provocar un acuerdo entre las Repúblicas de origen español a fin de ponerse a cubierto de futuros atentados.

El Congreso Americano que debía reunirse en Lima, presentaría oportunidad para llegar a un acuerdo sobre el particular, pues aquel acuerdo cabía precisamente dentro del primer punto de su programa. Dada la situación política de Chile, del Perú y de la República Argentina, era de preveer que un acuerdo entre estos tres países habría sido un acuerdo americano. Se contaba con la concurrencia del Ecuador, Colombia, Venezuela y Bolivia y de algunas Repúblicas de Centro América. Aunque el Gobierno Argentino no había sido invitado, dada la proyección primera que el Perú dió a su invitación, no pudo escapársele, como no se escapó a Sarmiento, que era indispensable la concurrencia de la Argentina a ese Congreso, si se quería producir rápidamente un acuerdo de las Repúblicas Americanas. La ausencia de la República allende los Andes era el fracaso seguro del concierto americano en defensa de la autonomía de las Repúblicas de origen español y en amparo de futuras acciones de la Madre Patria en contra de ellas.

No puede perderse de vista que las instrucciones dadas a Sarmiento, según su propio texto, carecieron de aplicación desde el momento mismo que se comunicaron al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. No obstante, era justo apreciar, dada esa manifestación del Gobierno de Buenos Aires, que no negaría su concurso y su participación para un convenio entre las Repúblicas Americanas que persiguiese un acuerdo común sobre defensa de su independencia, que había expresado aceptar con motivo de la ocupación de Chinchas.

Así lo juzgaron el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile y Sarmiento, Ministro en Santiago de la República Argentina. Este creyó proceder dentro de sus instrucciones y así lo manifestó al Gobierno de Chile. Si bien carecía de credenciales para acudir al Congreso Americano de Lima, no abrigó duda sobre que el Gobierno de Buenos Aires se las otorgaría.

¿Qué procedimiento adoptaría Sarmiento? Iría a Lima o permanecería en Santiago? El Gobierno de Chile le dejó la elección, sin perjuicio de apreciar que todo aconsejaba la presencia de un representante argentino en Lima. Era Sarmiento, que tenía credenciales como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en el Perú, quien debía resolver si se trasladaba a aquella ciudad, creyendo que su Gobierno le habilitaría para representar a la Argentina en el Congreso Americano, o si abría negociaciones en Santiago que fueran, diremos, paralelas con las que se llevarían a cabo en aquella ciudad. Esta doble negociación era ocasionada a demoras y perturbaciones, desde que nada podría acordarse allí, si no se tomaba el mismo acuerdo en Santiago, ni aquí podría finiquitarse alguno, si en Lima no era aceptado. Y recuérdese que las instrucciones argentinas preveían un acuerdo de todas las Repúblicas de origen español. Preveían que Chile indagase la voluntad de las otras Repúblicas del Pacífico para llegar a aquel acuerdo general. No preveía acuerdo especial y único con Chile, pues los acuerdos con este se referían a los dos números de las instrucciones, que no habían tenido aplicación.

Llegados los sucesos a punto de abrir camino a un propósito de Chile y de la República Argentina, porque Sarmiento y el Gobierno de Chile juzgaron que el nuevo Gabinete peruano se decidía a asumir la actitud que aquel acuerdo requería, el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, con fecha 14 de Septiembre de 1864, dió contestación a la nota de Sarmiento de mediados de Julio del mismo año, dando forma a los acuerdos producidos durante las conferencias. Dijo al representante argentino que, no obstante el giro dado por el Gobierno de Madrid, que había desautorizado las declaraciones de sus Agentes y había declarado que no tenía propósito de interir agravio a la independencia del Perú, apreciaba ser necesario un acuerdo entre los Estados Americanos para solucionar honrosa y convenientemente para el Perú la cuestión Chinchas. Insinuaba a Sarmiento la conveniencia de trasladarse a este país, sobre la base de que el Representante de Chile sería provisto de suficientes instrucciones para aceptar y suscribir los convenios que

ambos creyeran necesarios, o bien, dejándolo a su arbitrio, iniciarlos con él en Santiago.

Sarmiento contestó con fecha 15 de Septiembre, que «es su ánimo trasladarse a Lima a la brevedad posible, creyendo así llenar *mejor el propósito de ambos Gobiernos y facilitar los resultados que se esperan*».

Sarmiento agregaba en su nota:

«La nueva faz que, sin cambiar la esencia de las cosas, ha querido dar el Gobierno español a la violenta ocupación de un territorio americano, y *la justificada demora de parte del Gobierno de Chile en aceptar las indicaciones de mi Gobierno*, para iniciar alianzas en previsión de los sucesos, harían hoy inexpediente entrar aquí en arreglos que requieren ser modificados, o por lo menos examinados, por otras partes estipulantes, previa aprobación y ratificación de los Gobiernos, lo que prolongaría las tramitaciones más allá de lo que puede exigir la premura de las circunstancias».

El representante argentino reconoce así, explícitamente, que no había sido dable contestar su nota; que había cambiado la faz de las cosas, pues era diversa de la contemplada en sus instrucciones; y que era «inexpediente» negociar en Santiago arreglos que requerían ser modificados y examinados por otros Gobiernos, estableciendo así que sus instrucciones decían lo que su texto expresaba. A Sarmiento no podía escapársele que se habría prestado al ridículo que Chile y la Argentina discutiesen y acordasen convenios contra España, para obligarla a desocupar las Chinchas, mientras el Gabinete peruano, presidido por Ribeyro, gestionaba directamente en Madrid y pedía mediación y buenos oficios al Gobierno de los Estados Unidos de América y a otros. Toda gestión americana requería un cambio ministerial en Lima.

Es cierto que no se ignoraba que Sarmiento carecía de credenciales para acudir al Congreso de Lima. Pero, dada esta circunstancia y la indicación del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile para ir a Lima o negociar en Santiago, era sólo Sarmiento quien podía apreciar si se le habilitaría para incorporarse en él, donde apreciaba era más eficaz su concurso, o si debería permanecer en Santiago.

Sarmiento juzgó que, no obstante la nueva faz de las cosas, su Gobierno persistiría en su primitivo propósito y que le habilitaría para asumir en el Congreso Americano de Lima la representación argentina. ¿Tuvo Sarmiento antecedentes suficientes para juzgar que su resolución sería aprobada por su Gobierno, o pretendió arrancarle una aceptación poniéndole ante el hecho consumado de presentarse en aquella ciudad como representante de la República Argentina? Sea lo uno o lo otro, es lo cierto que la consecuencia de sus actos, como representante argentino, no son ni pueden ser antecedente en contra de la actitud del Gobierno de Chile.

Parece lo cierto, porque ello se desprende de las propias instrucciones dadas a Sarmiento y de su propia nota de 15 de Septiembre de 1864, que haya querido poner a su Gobierno ante el hecho consumado de su resolución, en la creencia que no sería desautorizado.

Difícil le habría sido seguir gestión en Santiago desde que sus instrucciones le prescribían buscar el acuerdo de «las Repúblicas americanas» para dirigirse a España y solicitar de su Gobierno desautorizase las declaraciones de sus agentes en el Pacífico, «principalmente sobre los principios que ha invocado para la reivindicación», que era una amenaza de hecho contra la integridad e independencia del Perú, cuando ya el Gobierno español, a la fecha en que transcribió esas instrucciones, había declarado que desautorizaba a aquellos sus Agentes, en cuanto declararon proceder reivindicando los derechos de la Corona española, y no pretendía ocupar territorios peruanos ni atentar contra su independencia.

Menos aún habría podido proceder a concertar pactos de alianzas, no con Chile solo, sino con «los Gobiernos de América para el caso que la España persistiese en los propósitos revelados por sus agentes», desde que la declaración española expresaba que no persistía en las declaraciones de éstos, si bien era evidente que aquel Gobierno cubría con nombre de represalias, irregulares procedimientos de hecho que levantaban justos recelos en las Repúblicas americanas.

IGNACIO SANTA MARIA.

(Concluirá).

FLOR SECA

Leonor había pasado toda su vida en la quietud monótona de la aldea. Fué joven, fué bonita, pero dejó que su juventud y su belleza se marchitaran estérilmente. Vegetó al lado de su tío, a su sombra cariñosa pero egoísta. ¿Había tenido algún amor? Nadie podía decirlo. Sabíase que habían pedido su mano, pero que la negó siempre. Era sencilla y buena. Ahora andaba por la casa como una figura silenciosa, deslizándose levemente, más vieja de lo que debían acusar sus cuarenta y nueve años. Pero tan menuda, tan frágil, tan delicada, desgastábase en la actividad de tener la casa siempre en orden. Tenía la manía del aseo. El piso, los rincones, las puertas, los cristales, las cerraduras de metal, todo ostentaba una limpieza, un esmero indecibles: brillaba, resplandecía, parecía nuevo. Hasta lo que ya no podía ocultar la edad resultaba, quizá, más viejo por la exagerada y constante limpieza que por el tiempo. Pero en la casa entera no se encontraba un grano de polvo, ni un lienzo, ni una tohalla que no estuviesen blanquísimos, de una blancura inmaculada. Cuando entraba en una sala cualquiera, su mirada inquisidora la recorría de extremo a extremo, para descubrir la menor infracción a los preceptos de su ideal de limpieza absoluta. Sólo había una pieza que causaba, no su desesperación, porque era incapaz de toda sensación violenta, pero sí su tristeza: era la biblioteca de su tío.

El viejo Antero había sido profesor. Tuvo, también, en una ciudad próxima, un colegio que en su tiempo fué muy frecuentado. Allí enseñaba el portugués, la geografía, la historia y el latín. Apenas tenía otro maestro para el resto del curso, de modo que el trabajo no podía estar muy dividido. Enseñaba las otras materias por necesidad económica, pero el latín era

su pasión. Su padre había sido profesor, también, y por allí comenzó su educación.

El colegio no llegó propiamente a enriquecerlo, pero le dio lo necesario para vivir tranquilamente, sin trabajar, entregado al ocio delicioso de sus lecturas. Estas lecturas eran siempre las mismas: Horacio, Virgilio, Ovidio... los autores usados en las clases, y fuera de éstos muy pocos más: Cátulo y Juvenal. No buscaba, siquiera, otros escritores.

Los que enseñara durante tantos años, lo seducían aún. Todos los días pasaba horas enteras en su biblioteca, leyendo y releýéndolos, ora en voz alta, declamando enfáticamente, ora con una cadencia convencional, recuerdo de los tiempos de clase, dividiendo los troqueos, los dáctilos y los espondeos, para enseñar a los alumnos, marcando con una regla con que golpeaba la mesa, la separación de cada pie métrico. Al final de cada verso enumeraba los pies que lo componían:

Mece-
nas atavis
edite re-
gibus.

Espondeo, coriambo y yambo. Y así se pasaba las horas, leyendo páginas y más páginas. Funcionaba entonces como una máquina. Era evidente que no prestaba atención en tales ocasiones ni a la mayor belleza de lo que estaba recorriendo, porque leía de corrido, siempre con la misma inflexión de voz, atendiendo solamente a la división de las sílabas y a la acentuación de los pies, cantos enteros de Virgilio y Ovidio, docenas de odas y otras composiciones del viejo Horacio.

Entretanto pensaba escribir una grande obra: «Bellezas de los autores latinos». Para esto vivía tomando notas. El libro debía abrirse con un prefacio que ya había escrito más de seis veces y roto otras tantas para rehacerlo, prefacio en que lamentaba la decadencia de los estudios clásicos y en que trataba de probar que el que no sabe latín no sabe nada; hasta, en su opinión, los trabajos manuales de la agricultura ganarían mucho siendo hechos por quien conociera a fondo las Bucóli-

cas de Virgilio! A esta introducción debía seguir el análisis de cada una de las bellezas de los grandes autores. Pero la verdad es, que poco a poco iba aumentando indefinidamente esta lista de «bellezas». Cada día tomaba nuevas notas. Na había expresión que no le mereciese una apología especial en largas explicaciones eruditas. Por fin, estos interminables comentarios llegaban a llenarle los cajones y atestarle la mesa. Algunos rodaban por el suelo, junto al sofá en que se tendía para saborear sus eternos autores. Una vez, su sobrina, aprovechando su ausencia, pensó en arreglar seriamente todo aquello. Pero el viejo Antero, en cuanto vió lo que había pasado, casi se volvió loco. Prohibió, prohibió a gritos—él, que era la mansedumbre personificada,—que su sobrina volviera a tocar nada en su biblioteca. ¡Que arreglase lo que quisiera, menos sus libros y sus papeles! Sólo él entendía aquéllo.

—Basta con que yo sepa, —decía.—dónde están las cosas; para esto, sólo para esto se procede a acomodar!

Y la verdad es que en medio de aquella aparente confusión, el profesor descubría cuando necesitaba. Después se quedó sentado y Leonor juró a sus dioses que nunca volvería a poner los pies allí. No sólo se abstendría de su furia limpiadora, sino que no vería siquiera aquella parte de la casa. La enfermaba pensar en la desorganización, en la polvareda que allí reinaria. Aquello, decía, «era un horror». Si iba alguna visita, el tío se esforzaba por llevarla a la biblioteca y la sobrina por impedirlo. Se avergonzaba de que alguien pudiese ver semejante desorden.

La famosa biblioteca era una especie de alcoba; no pasaba de ser una salita estrecha, en la que había cuatro estantecitos de hierro, una mesa, un sofá y dos sillas. Uno de los estantes estaba lleno de viejos libros de clase muy maltratados, pues había servido a varias generaciones de alumnos. De vez en cuando, el viejo Antero deseoso de distracción, decidíase a tomar un chico cualquiera para enseñarle latín, gratuitamente, por gusto.

Echaba de menos a su último discípulo. Era, efectivamente, un buen chico. Hijo de un médico del pueblo, quedó huérfano muy niño. La madre lo educaba cariñosamente, pero con un

celo tal que el chico se hizo afeminado. Era delicado y tímido; parecía una niña. En la aldea llamaban a la casa de la viuda, la casa «de hablar bajito», porque se decía que, a cada momento, la madre recomendaba:

—¡Habla bajito, hijo!—y así era como hablaba ella.

El médico había dejado lo bastante para que pudiesen vivir en una honesta medianía. Y eran dos situaciones por decirlo así paralelas, la del profesor con su sobrina y la de la viuda con su hijo, dos parejas ociosas y buenas, en la calma de la aldea, aldea que quedaba lejos de los ferrocarriles, olvidada del bullicio de la civilización. Cuando el chico, Mario, cumplió los doce años, el profesor comenzó a enseñarle las primeras letras y el latín; el latín, es claro, constituía para el viejo las «primerísimas letras», y sin eso no había para él educación posible.

La enseñanza continuó durante tres años, con notable aprovechamiento. Pero no progresó únicamente la enseñanza... Sucedió lo que tenía que suceder: El hijo de la viuda y la sobrina del viejo Antero, ambos criados en una reclusión casi completa de relaciones, acabaron por quererse mutuamente. ¿Era aquello amistad o amor? En la geografía de los sentimientos estas dos regiones no tienen límites definidos, y menos en la edad de ambos. Se veían, se gustaban, pero nunca habían cambiado dos palabras que no pudieran oír los demás. Lo que revelaba su cariño era el éxtasis en que se quedaban ambos al hallarse solos, frente a frente. Leonor andaba entonces en los trece años y el niño en los quince.

La madre del chico pensó en llevárselo a la ciudad, para que estudiase derecho. Quería hacer de él un «doctor en leyes».

—¿Para qué, doña Angélica? Sobran los doctores y faltan los labradores—decía el viejo Antero.— El chico no necesita ganarse la vida; deje usted que la goce.

Pero doña Angélica no era de la misma opinión. Creía que el hijo debía tener una profesión cualquiera.

—Sólo que él no quisiera venir,—decía,—porque yo no pienso obligarlo; pero tendría con ello un gran disgusto...

Mario vacilaba entre la idea de dar un disgusto a su madre y el deseo, el deseo inmenso de quedarse, de quedarse por Leonor. Sólo entonces, ante la inminencia de su desgracia, ambos

sintieron cuán indispensables eran el uno para el otro. Lo sintieron, pero no lo dijeron.

La timidez de aquellas dos pobres criaturas marchitas a la sombra de un cariño excesivo, era extremada. ¿Cómo vencerla? No lo sabían; no hallaban palabras; no encontraban la oportunidad... Apenas si sus silencios eran más largos que antes. La amargura próxima les impedía ya todos los juegos, todas las sonrisas. A veces quedábanse con los ojos colorados, casi saltándoseles las lágrimas; pero siempre les faltó el valor de las confesiones supremas...

Por fin se determinó el día de la partida. Mario fué a casa del profesor con doña Angélica, que le dió la noticia.

—De modo que usted insiste... Ojalá no se arrepienta después... —dijo el viejo Antero.

—Dios no lo permitirá. Era el deseo del padre, es también mi deseo, y Mario no se niega. ¿Por qué me habría de arrepentir?

Cuando dijo «Mario no se niega», Leonor alzó hacia él los ojos dolientes y quejumbrosos.

¡Los labios mienten,
los ojos no!

Aquellos ojos decían claramente: «¿Con que de veras te quieres ir?» Y como iban a llenarse de llanto, Leonor se levantó y salió. Mario comprendió la queja. Pero, ¿cómo oponerse a la voluntad de la madre? El profesor decía, entre tanto:

—Al fin y al cabo, quizá tenga usted razón. Los corazones de madre son los más previsores. Nadie debe dificultar la voluntad de una madre en beneficio de su hijo.

Mario salió también de la sala dirigiéndose a la biblioteca. Al día siguiente, víspera de la partida, daría todavía su última lección: el repaso general de cuanto sabía.

—¡Quiero que dé un brillante examen!—había dicho el viejo Antero.

Pero el muchacho no pensaba en aquel momento ni en exámenes ni en latines...

Entró en la biblioteca y se encontró con Leonor, que estaba de bruces sobre la mesa, llorando. Esto sólo duró un instante. En cuanto lo vió, levantóse confusa, turbada. Comprendió que era preciso decir algo, y dió una disculpa ridícula:

—Estaba arreglando los libros, pero no puedo más del dolor de cabeza... Creo que este libro es tuyo... y le presentó un volumen.

Era un tomo de Horacio. En la cubierta en grandes letras se leía: «*Quinti Horatio Flacci, opera*». Pero ni el uno ni la otra pensaban en ello. El libro, mal dado y mal recibido, cayó al suelo, abierto. Mario tuvo, entonces, un momento de valor:

Oye, Leonor, si tú quieres, me quedo...

Leonor palideció. Quedóse sin movimiento, sin palabras, helada de emoción. Vencido el primer obstáculo, Mario sintióse capaz de ir más lejos. Agachóse para recoger el libro, sobre el cual tendría que disertar todavía al día siguiente. De entre las páginas habían caído varias tiras de papel con significados latinos y una flor seca, descolorida, con que solía señalar su lección. Leonor seguía inmóvil.

—Mira, Leonor,—repitió casi con las mismas palabras,—ahora todo depende de tí...

En esto oyeron que el profesor y doña Angélica se levantaban. Quizá se dirigiesen a la biblioteca... Mario supuso que Leonor vacilaba... Tomó, pues, una resolución, resolución pueril, procedimiento de criatura; pero que al fin y al cabo, podía servir tan bien como otro cualquiera. Y le dijo, de prisa, antes de que llegaran la madre y el viejo:

—Mañana vendré a dar mi última lección. Piensa esta noche, y si quieres decirme que sí, para que me quede, escribe una S en esta flor seca y ponla en mi libro.

No pudo agregar nada más, porque el viejo Antero y doña Angélica entraban ya. ¿Habrían notado su cariño mutuo? No es probable. La viuda seguía repitiendo:

—Haré lo que él quiera; pero me parece que debe ir; ese fué siempre el deseo del padre.

¡Decididamente, la conversación no salía de ahí!

Y Mario se fué..

Al día siguiente no encontró la flor en el sitió convenido. ¿Por qué?...

Se fué; pero se fué triste, lleno de amargura, acusando a la jóven de ingratitud. Se fué, pero no adelantó nada. Verdad es que estudió. Verdad que hizo su curso de derecho. Pero durante todo aquel tiempo vivió junto a la madre, que llevaba su desvelo hasta acompañarlo todos los días a la Facultad y dejarlo a la puerta, como si se tratara de un chiquillo. Era cada vez más reconcentrado y tímido.

Aquel cariño exagerado convirtiéndose para él, en la vida, como la sombra de un árbol excesivamente frondoso que cubre perpetuamente a un arbusto para protegerlo. Lo protegía, impidiéndole crecer, robándole el aire, la luz, la libertad! Cuando le faltaban algunos meses para bachillerarse, la madre murió. Mario se volvió inmediatamente a la aldea. Allí vivía retraído, dedicado a sus libros. Al mismo viejo Antero lo visitaba apenas, dos o tres veces al año. Más frecuente era que lo buscara el profesor. Mario no perdonó nunca del todo la ingratitud de Leonor. No que la tuviese odio. ¡Al contrario! Conservábale la misma simpatía. Pero, como le había rehusado su cariño, consideraba que ya no valía la pena de pedirle nada.

¡Y así envejecieron, tan lejos y tan cerca uno de otro! Vivían a pocos pasos de distancia y no trataban de verse. Leonor tuvo quien la quisiese, pero rechazó todos los partidos. Había perdido el único sueño de su vida. Se secó, se empequeñeció, hízose una viejecita minuciosa y maniática, siempre al cuidado de la casa, limpiando infatigablemente pisos, muebles, rincones, vidrieras...

Un día el viejo Antero murió. Tenía sesenta y nueve años y no había terminado su libre «La belleza de los autores latinos». «No he tenido tiempo»—explicaba. Murió serenamente, pacífico, tranquilo, conservando hasta el último instante toda su lucidez.

—Hijo mío—decía a Mario, que a los cincuenta años tenía la cabeza y la barba blanca—tú puedes aprovechar perfectamente los materiales que dejo reunidos. Complétalos: será una grande obra.

El mayor pesar que se llevaba al otro mundo era el de «no haber tenido tiempo» de acabar aquel libro que, por otra parte, nunca habría terminado porque todos los días encontraba nuevas «bellezas», «bellezas inauditas», «bellezas increíbles», en los autores latinos.

Entonces, después de la muerte de su tío, fué cuando Leonor se decidió a arreglar la biblioteca. ¡Aquel «horror» iba a acabar! ¡No quedaría allí ni un granito de polvo! Pero para no desorganizar el trabajo del viejo, pidió a Mario—al doctor Mario, como entonces le llamaba—que fuese a ver aquellos papeles.

—Yo no quiero arreglar nada—le dijo.—El pobre afirmaba que un arreglo mío lo desarreglaba todo...

Mario estaba resuelto a ver si podía aprovechar algo de aquel colosal esfuerzo que había consumido una vida entera. Pasó varios días reuniendo los libros, los papeles, los cuadernos de notas, para llevárselos a su casa. Leonor le ayudaba cuando era preciso.

Hallábase junto a Mario cuando éste abrió un cuaderno en cuya cubierta se leía: «Notas sobre Cátulo». Leonor miraba. Urgíale que aquello acabara de una vez. Sus ojos recorrían siempre el cuarto, de arriba abajo, de un extremo al otro, y solía murmurar:

—¡Ojalá pudiese barrer, limpiar, acomodar todo esto!

Pero, al abrir el cuaderno, desprendióse una flor seca. Allí estaba, consumida por el tiempo, casi desvanecida ya, la letra del «si», la S convenida, que ella escribiera y que Mario no encontrara... Porque, por una de esas negras casualidades que la desgracia hace nacer, el tío abrió el libro, halló la flor, y como se le ocurriese una explicación de cierto modismo de Cátulo, uno de los autores que adoraba, sacóla de allí y la puso en el cuaderno de notas!...

¡Ah, si Mario hubiese sabido! ¡Si Leonor hubiese podido adivinar!...

El viejo profesor no se había fijado siquiera en aquella S. Escribió largos comentarios sobre una expresión del poeta latino:

«La manera de expresarse del gran poeta—decía—es de rara belleza. Una insignificante flor nos trae a la memoria la conci-

sión con que traduce la idea. «Doncella en la flor de la edad» con la maravillosa frase: «Viridisimo fiore puella»...

Y el inepto comentario seguía adelante... Y quizá ni siquiera se acordara de la frase por su perfección, sino simplemente porque era uno de los ejemplos de *Magnum Lexicon*...

Mario y Leonor miraban aterrados, con indecible asombro, aquella flor seca. Sin pensarlo olvidaron las fórmulas ceremoniosas que usaban entonces, llamándose «señor» y «señora». Dos ansiosas interrogaciones brotáronles de los labios:

—¿Me habías contestado?

—¿No la habías visto?

¡Qué tristeza!... Los ojos se les llenaron de lágrimas... Mario tomó la mano arrugada y seca en la suya, seca y arrugada también, y la estrechó con emoción...

—¡Sólo ahora! ..—murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Sólo ahora veo, siento, sé que nuestra vida podría haber sido otra, tan buena, tan luminosa, tan llena de amor... —esto quería decir su exclamación...

¡Sólo ahora!... Pero ya era tarde: él tenía 51 años; ella 49... ¡Sólo ahora!

Afuera resplandecía una mañana de Mayo, luminosa y serena... Era cerca de medio día... Parejas de mariposas revoloteaban por los prados, por las flores... ¡Tanta luz, tanto amor! Ya ¿para qué?...

MADEIROS E ALBUQUERQUE.

LA COPARTICIPACION FRANCESA EN NUESTRA ECONOMIA

I

No se han puntualizado todavía suficientemente las proyecciones económicas y comerciales de la reciente Embajada Mangin.

Los eminentes emisarios de la Francia nos aproximaron, con gradual intensidad, al alma fuerte y renovada de la gran nación victoriosa. Precisa destacar de las impresiones que han dejado la presencia y las palabras de tan autorizados mensajeros, aquellas que, por vía ejecutiva, encaminan las vinculaciones tendientes a satisfacer necesidades positivas verdaderamente impostergables para los dos países.

El Departamento de Expansión Comercial y Económica del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, dirigido, con tanta autoridad como acierto, por el distinguido diplomático y miembro del personal superior de la Embajada, M. Dupeyrat, reanudó, oportunamente, los estudios y planes de su competencia, y ha puesto su vista en Sur América, seguro de hallar, para la iniciativa francesa, en tan extensas regiones casi vírgenes, campos inagotables de labor variada y remuneradora.

Por el lado de Chile y de su Gobierno, no habrá quien no anhele dar facilidades de toda índole, compatibles con nuestros intereses, a estos ardientes y fieles cooperadores de nuestro adelanto general y de las actividades del comercio franco-chileno.

La política comercial de Francia tiene calificados puntos de contacto y de coincidencia con la nuestra. En la hora actual, que es de angustiado apremio, no hay tiempo ni ocasiones que perder. Busquemos, con ahinco, los medios de hacer efectiva esa concordancia de aspiraciones e intereses. Ofrezcamos a los

hombres de negocios franceses, dispuestos al sacrificio y al trabajo, coparticipación en la explotación de nuestros veneros de carbón, de fierro, oro y demás minerales, de nuestros yacimientos salitres, de nuestro suelo maravillosamente fértil, que sólo aguarda mayor número de manos perseverantes y de cerebros dirigentes para prosperar en proporciones recíprocas de incalculable rendimiento.

Nuestro país podría satisfacer parte muy considerable de las necesidades del mundo hoy extenuado; pero, para producir y exportar lo suficiente, le hacen falta muchos elementos y, por encima de todo, la organización, la confianza en las propias fuerzas y el espíritu cooperativo.

A propósito del régimen cooperativo y de la educación correlativa de que carecemos casi totalmente en Chile, podemos subscribir a ciencia cierta una sabia conclusión del eminente profesor y economista M. Charles Gide, sentada al clausurar las sesiones de un reciente Congreso del ramo. Es la siguiente: «Obtener el máximo de satisfacción con el mínimo de gasto no es tan sólo el principio fundamental de toda organización cooperativa de producción y de consumo, sino también el de toda la ciencia económica».

La Francia, no obstante la formidable crisis que atraviesa, nos ofrece, a más de su concurso, un ejemplo digno de la imitación universal. Sus recursos prodigiosos, las admirables cualidades de sus moradores le aseguran un porvenir brillante. El corazón de esa nación está sano; ha domeñado el cansancio y desaliento que fueron refugio momentáneo en las horas primeras de la vuelta a la paz. Una abnegación indefectible vincula al ciudadano francés a su patria y un sentimiento muy despierto y feliz de las realidades sociales lo preserva de las exageraciones demagógicas para asociarlo sólidamente a los verdaderos principios republicanos.

La gran nación latina posee, como ningún otro país, una masa compacta de pacientes campesinos cuyos hábitos de trabajo, cuyo amor a las tradiciones de orden y de ahorro constituyen virtudes salientes de la raza. Esa es la población ciudadana que, al través de los siglos, ha respondido siempre al llamado vibrante de las armas, y ha sabido, en las circunstancias más

extremas, reconstituir la riqueza pública y las finanzas del Estado. La historia, en interminable rueda de acontecimientos, se repite, en espiral ascendente y lógica sucesión, como afirmación eterna de la filosofía del progreso y de la libertad. Las lecciones del pasado preservan hoy a la Francia de todo pesimismo debilitante y la mantienen, imperturbable, en la conciencia de su misión ejemplarizadora.

El feliz predicamento de aproximación a Chile que el pueblo francés y su Gobierno han manifestado, viene, en estos momentos de desorientación y desconcierto universales, a aportarnos un factor importantísimo de trabajo, de ayuda técnica, de formación e incremento de capitales. Esas fuerzas vendrán, vigorosas, a dar mayor impulso a la producción nacional, a favorecer nuestros intercambios que son riqueza, si sabemos interesarlas generosamente. Debemos sacudir la somnolencia, la inconcebible indiferencia de nuestra gente para aquilatar el valor de la conjunción de esfuerzos productores, cuando la cooperación procede de un pueblo grande y prestigioso que está dispuesto y habilitado para prestarla.

La Francia conserva la estructura necesaria que le permite figurar, en línea primera, entre las naciones que comercian con nosotros, que consumen nuestras materias primas para alimentar sus fábricas y que concurren, en una palabra, al progreso y prosperidad nacionales. Larga es la lista de las obras públicas, empresas e industrias de Chile en que han cooperado el trabajo y los capitales franceses. Su espíritu emprendedor perdura y son esas energías siempre renacientes las que el Gobierno de la gran República amiga se propone alentar, a fin de que vengan a buscar aplicación y prosperidad entre nosotros. Abramos, por nuestro lado, ancha vía a esas legítimas aspiraciones que, armonizadas con las nuestras, se convertirán en beneficios generales para el desarrollo vigoroso del país.

Un impresionante relato de la misión financiera activamente desempeñada por don Eliodoro Yáñez a fines de 1919,—que su autor ha hecho circular privadamente,—da realce justiciero a la pujanza extraordinaria con que la Francia se levanta de la postración guerrera y se apresta a reconstituir sus negocios,

sus finanzas, sus manufacturas y, como consecuencia de ello, a restablecer la plenitud de sus relaciones comerciales.

Esa publicación oportuna, concebida sagazmente, reproduce las alocuciones pronunciadas en el Círculo de la Prensa de París y en el Comité Central France-Amérique, al ser recibido el señor Yáñez, en el seno de esas instituciones, por sus respectivos presidentes, M. Louis Loucheur, Ministro de la Reconstrucción Industrial, y M. Gabriel Hanotaux, el gran historiador y el estadista. El señor Yáñez, al par que su propio pensamiento, da a conocer el concepto perfectamente cimentado que esos preclaros hombres públicos franceses se han formado de Chile y de sus recursos naturales de riqueza, en cuyo desenvolvimiento puede Francia concurrir con capitales, intenso tecnicismo, probada experiencia y una intrepidez consciente que se remonta a las esferas superiores después de las tormentas.

En comprobación de mi aserto, voy a reproducir en estas apuntaciones algunas de las ideas expresadas por el Ministro Loucheur en la ocasión recordada.

«Hemos combatido, dijo, no sólo para nosotros mismos y para nuestros aliados y asociados, sino también para vosotros, los pueblos neutrales, que, justo es reconocerlo, nunca dejaron de acompañarnos con su adhesión y simpatías. Llegó el momento de reorganizar el comercio del mundo, profundamente perturbado, y tenemos un vivo interés en extender la influencia intelectual y comercial de Francia en países como Chile, donde nuestros productos pueden ser colocados con ventajas y que cuentan con materias primas que pueden ser la base de intercambios mutuamente beneficiosos. Conocemos muy bien las riquezas de vuestro suelo, y especialmente los yacimientos mineros y las fuerzas hidráulicas en que el territorio chileno es tan excepcionalmente rico. Es cierto, agregó, que en esta materia Chile no ha tenido una política clara y estable. Si me fuera permitido, diría que ha valsado un poco alrededor de sus caídas de agua. Nosotros hemos hecho lo mismo, hemos hecho nuestras vueltas de vals por falta de una concepción definida de la importancia de nuestra hulla blanca y del desarrollo de que es susceptible; pero hoy se impone a uno y otro país la

necesidad de establecer sobre sólidas bases su política comercial y abordar con elevado espíritu los problemas que en mayor o menor escala pesan sobre vosotros y sobre nosotros mismos.

«La Francia se prepara para las nobles luchas de la paz después de haber cumplido los grandes deberes de la guerra».

Estas palabras, preñadas de sustanciosa significación, fueron subrayadas por el señor Yáñez, de inmediato, con un comentario tan certero como despejado. Si el recuerdo me acompaña, la prensa diaria dió cuenta elogiosa del discurso a que aludo y lo publicó *in extenso*, augurando, al propio tiempo, la resonancia que ha tenido en las recientes pruebas de cordial amistad que hemos recibido del Gobierno de Francia.

II

La situación que al presente nos abruma es atribuida, exclusivamente, a la crisis de la exportación salitrera; pero su verdadera raíz está en la imprevisión y la inercia que nos tiene adormecidos olímpicamente desde muchas décadas atrás.

La hora ha llegado del despertar y de la reacción, sin medir sacrificios.

El horizonte oscurecido empieza, afortunadamente, a disiparse i luego se verá la luz de la verdad. Chile no ha perdido sus virtudes fundamentales de raza: el valor moral y la sensatez. Ha olvidado, sin embargo, que sin trabajo tenaz y producción estable, no hay progreso ni prosperidad posibles. Su condición de país joven, de escasa experiencia, lo compele a mirar hácia fuera en busca de determinados elementos de preparación profesional y de acción financiera que le hacen falta.

Aventurado sería acudir desmesuradamente, como antes, al crédito exterior a objeto de proseguir las innúmeras obras de expansión, puertos, vías férreas, caminos, canales de regadío, captaciones de fuerza motriz hidráulica, etc., que a gritos pide la opinión pensante, rara vez interpretada por la palabrería parlamentaria,—pero, a falta de capitales contantes y sonantes, podemos solicitar, con cargo al porvenir, la cooperación

asimilada de las grandes naciones industriales, la Francia entre ellas y en línea destacada.

Nos urge utilizar los elementos yacentes de actividad, las materias primas que poseemos al alcance de la mano en todo el territorio nacional, y crear o robustecer nuestro engranaje industrial y fabril. La agricultura, desde luego, entraña múltiples explotaciones que, inteligentemente impulsadas, darán vida palpitante a la producción potente y remuneradora. La fabricación quesera, de incalculable porvenir, el cultivo frutal y sus derivados, la ganadería en todos sus aspectos y aplicaciones,—excuso la enumeración prolija,—tienen un horizonte, sondeado apenas, más extenso y seguro que el sonado para la industria vinícola. Y si la vini-viticultura chilena necesitó en su infancia de la mano experta, la experiencia y la preparación extranjeras, hay muchas otras industrias, grandes y pequeñas, que reclaman la misma o análoga asociación propulsora entre nosotros.

Excusado será repetir la eterna canción de los que, a brazos cruzados o atraídos por la expeculación estéril, aseveran dogmáticamente que Chile está llamado a convertirse en país fabril capaz de abastecerse, en numerosos artículos manufacturados, a sí mismo y a surtir una parte considerable de la América Occidental. Esta verdad, grande como nuestras fuentes de producción prima, nuestras inagotables riquezas carboníferas y nuestra desdeñada hulla blanca, permanece inerte en las regiones de la utopía, aguardando algún advenimiento milagroso que la fecunde. Viene al caso recordar las apreciaciones platónicas que, de tiempo en tiempo, aparecen acerca de la abundancia extraordinaria de nuestros mares en peces y mariscos. A qué ponderar lo bastante nuestra incuria e ignorancia en pesquerías, a no ser para probar cuán imperdonable sería seguir desperdiciando esa fuente generosa de alimentación fortificante y sana para el pueblo y reglón valioso de consumo mundial? Nos convenceremos de ello si examinamos un momento las estadísticas del Japón, Noruega, Canadá, Estados Unidos, Francia, España u otros países que saben entrelazar su organización pesquera, sus intercambios, su marina mercante y su personal naviero en combinaciones acertadísimas. El esfuerzo

propio, secundado por la experiencia y el saber ajenos, nos permitiría crear empresas pesqueras que, utilizando las recias aptitudes marineras de nuestra población costanera y barcos y frigoríficos accesorios, harían descender, en poquísimos tiempo, una verdadera lluvia de oro sobre el país.

Probablemente se habrá olvidado en nuestro medio el silencioso fracaso que, por ceguera o descuido, sufrieron, hace más de un década, ciertas concesiones administrativas hechas a un grupo japonés, para el fomento de las pesquerías en nuestras aguas australes. De esa concesión engañosa, ligera y mal estudiada, no queda nada en el país, ni siquiera una enseñanza o un ejemplo. De tan oscuro y perdido intento no puede culparse al Japón, que obtuvo para sí todo el partido que se le brindaba sin compensaciones para Chile, sino al Gobierno que, en medio del desconcierto reinante, no supo descubrir a tiempo las habilidades de los concesionarios. No recojamos de ahí desalientos indignos de un pueblo animoso y digno.

El personal técnico y práctico en explotaciones y empresas como las enumeradas, puede venir de varios países. La Francia competirá ventajosamente con ellos. La voluntad de trabajo y demás laudables condiciones mentales de los franceses hallan admirable adaptación en nuestro medio; están acá como en propio hogar. Ellos lo comprenden así perfectamente, y saben valerse de las facilidades que nuestro país ofrece a los extranjeros que nos aportan su contingente de ilustración e inteligencia y nos ayudan a crear o incrementar las industrias fabriles, mineras, agrícolas y las empresas complementarias de movilización y transporte.

El problema de la industrialización de Chile está subordinado a la reforma o perfeccionamiento de nuestra legislación administrativa y de nuestro régimen fiscal. Sin otorgar primas adecuadas, sin ofrecer la explotación generosa de terrenos, bosques y caídas de agua, sin conceder franquicias aduaneras y portuarias, será ilusorio pretender que los extranjeros hábiles, honestos e idóneos, vengán a esterilizar esfuerzos en condiciones mezquinas inspiradas por un régimen proteccionista mal entendido y peor aplicado.

La Francia está llamada, por múltiples factores y consideraciones, a contribuir, en creciente escala, en obras de alumbrado y tracción eléctrica, de agua potable, de regadío, de desagües y alcantarillas, de dársenas, etc., para nuestros puertos, campos y ciudades que carecen de esos servicios o no los tienen suficientemente perfeccionados.

Las empresas bancarias y líneas marítimas francesas serán el corolario de toda intensificación de las relaciones comerciales y económicas franco-chilenas. Hoy, como ayer, es la verdad que bancos, vapores y buques de carga son armas esenciales que esgrimirá la Francia si persigue el propósito de afianzar el sitio prominente que ocupa en nuestros mercados. Así han opinado invariablemente los más hábiles consejeros de su política comercial y de expansión en todos los dominios de la actividad económica. Hoy cuenta, entre otros muy eficientes, con el alerta e ilustrado concurso del digno Ministro M. Lefevre-Méaulle.

Al Comité France-Amérique incumbe una acción utilísima, coadyuvadora de la oficial, en la prosecución de la política comercial franco chilena. Puedo decir que este deber es una de las razones capitales de la existencia de ese importante organismo.

Son pocos los chilenos que están penetrados de la esfera de acción e influencia que abarca el Comité France-Amérique. El Comité Central y su mecanismo de dependencias forman una institución pletórica de vida; su fecundidad se deja ver en diversas empresas y trabajos de todo orden conducente a los fines de su creación y en manifestaciones de hospitalidad que son sumamente gratas para los viajeros, diplomáticos, hombres públicos y de negocios americanos que visitan a París.

El desenvolvimiento del Comité de Santiago dependerá, como bien se comprende, del número y fervor de sus adherentes. A nosotros los chilenos que deseamos ver difundida, cada vez más, la cultura francesa, que deseamos sentir a diario, si posible fuera, las palpitaciones espirituales e intelectuales del alma idealista y generosa del gran pueblo latino, a nosotros, repito,

corresponde alimentar el fuego sagrado de un noble y elevado movimiento que, debilitado y un tanto silencioso durante los años aciagos de la terrible guerra, renace con todo el vigor que le es inherente. Ese movimiento de expansión y de vida se halla encarnado en el espíritu del Comité France-Amérique.

MARCIAL A. MARTÍNEZ DE FERRARI.

CROQUIS LUGAREÑO

¡La murga del circo viene en carretela!
Tras ella, pintado de harina y carmín,
un tony que el ojo guiña a una chicuela,
y al fin, Arlequín!

Llegan a una esquina. Descienden de prisa.
Recita el payaso romance banal.
La gente se agrupa y estalla la risa
cuando una pirueta del tony matiza
un fracaso de salto mortal.

«¡Taitita, el payaso!»,—suspira el chiquillo,—
hijo y lazarillo
de Bautista, un ciego que toca el violín.
El ciego, en sus brazos, por sobre la gente
levanta al granuja impaciente...
Se ríe el chiquillo jubilosamente...
¡Que viva Arlequín!

La alegría ondula como una culebra
por todos los nervios del rapaz. Bautista
sonríe y le palpa, mientras que se quiebra
el sol en sus ojos sin vista.

Bautista
su risa en la risa del pequeño enhebra...

Cruza por su espíritu brusca llamarada,
y pasa un asombro de pétalos rojos
nadando en su nada...

Luego, en un milagro de alucinación,
se queda mirando la luz por los ojos
del hijo que estrecha sobre el corazón.

J. LAGOS LISBOA.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y LA HIGIENE

(Conclusión)

Este fenómeno ha sido explicado de diversas maneras. La crueldad es la más generalmente acogida, por lo que se refiere a las horas trágicas del descubrimiento y conquista. En los tiempos de la Colonia se dijo que el trabajo forzado a que sometían al indio en las minas, deterioraba su salud y limitaba su existencia a muy pocos años. Otros escritores, tratando de descender a las profundidades del alma indígena, quisieron señalar en la raza, no sin fundamento, una tristeza atónica, una melancolía perdurable y colectiva, que parecía comprometer los manantiales mismos de la vida y que seguramente se acreció con el espectáculo de la conquista. La llegada de hombres nuevos, la lucha con elementos misteriosos, el odio a sus soberanos, predisponían a la indolencia moral. Además de esto, los aborígenes habían llegado a un punto elevado de refinamiento en materia de placeres. La iconografía peruana nos enseña con un descaro inocente, en las publicaciones del Profesor Krause, que la lujuria entre los Incas había descubierto todas las sabias inversiones y conversiones del sentido genésico en cuyo ejercicio y propagación tienen fama universal y moderna París, Viena, Berlín, Nápoles. A más de esto, existía el divorcio en una forma franca y sin complicaciones. «Lo más ordinario falta por las mujeres que repudian a los maridos», dice el Padre Figueroa, «si las maltratan o las desagradan por dejarlos o casarse con otros. Algunas veces truecan mujeres en sus fiestas o cuando les parece. En otros las quitan por fuerza a los maridos y aun se matan por ellas o las hurtan y se casan con ellas. Y hay mujeres que han mudado de esta suerte muchos maridos, estando todos vivos. Y también varones que han teni-

do del mismo modo muchas mujeres». Si no fuera por el sabor añejo de la frase, por la ausencia de retórica, y por lo descosido del pensamiento, podría uno imaginarse que estaba leyendo una crónica social de Chicago o el pormenor de un juicio de divorcio en Londres. Cuanto a la sabiduría en materia de vicios, ya había dicho el mismo autor en su famoso informe sobre los Maynas: «Vencida esta dificultad quedan otras... como son... muchedumbre de mujeres en algunos... supersticiones y otros vicios, principalmente de la lujuria». Por lo que hace a su manera de apreciar las cosas desde el punto de vista de la utilidad y la belleza, habían llegado los indios a coincidir con los más refinados entre los estetas de fines del siglo XIX. En estas opiniones no se mezcla para nada el humor ni la imaginación. No me pertenecen desde luego, y para ello cito con la debida humildad estas frases del profesor Ratzel en su grave tratado de etnografía: «Se descubre un vicio fundamental de esta civilización (la de los indios americanos) en el hecho de que le daban más valor a lo bello que a lo útil; hacían mucho uso del oro y la plata y ninguno del hierro» (1), en lo cual coincidían menudamente con Théophile Gautier, con Flaubert y con el cenáculo de los estetas ingleses. El trabajo en las minas es otro de los azotes a que atribuyen historiadores de nota la despoblación de América en seguida de la conquista. En su bella obra sobre la independenciam de las colonias hispanoamericanas, Julio Mancini fija en su manera vibrante y ágil una escena de aquel terrible drama cuyo desenlace fué la destrucción de algunas razas americanas: «Le système du *tributo* ou la *mita* en contraignant les indies au surmenage d'un travail incessant dans les mines, les épidémies qui en résultèrent, les tortures, la déportation aux Antilles, ou ces malheureux étaient vendus comme esclaves, avaient fini par provoquer une effroyable dépopulation». Mancini toca aquí la causa principal, que es, en mi concepto, la epidemia. Pero las epidemias no provenían, como lo señala el lamentado historiador, del trabajo en las minas, sino de una causa más remota y

(1) F. Ratzel, *Völkerkunde*.

más complicada. Provenían del contacto de dos razas que tenían de la vida concepto distinto.

Antes de pasar adelante, conviene, para eliminar los factores de destrucción señalados por Mancini y por historiadores no menos perspicaces que él, hacer una comparación entre la América Ibérica y el Africa contemporáneas. La parte del continente americano que fué descubierta y colonizada por españoles y portugueses, tiene más o menos una extensión superficial igual a la de Africa. La población de Africa llega ya a los doscientos millones, a pesar de la obra de exterminio ejecutada por los explotadores, en tanto que la América hispanolusitana, con clima más favorable, apenas alcanza a setenta y dos millones. La diferencia se acentúa como tomemos en cuenta la parte del territorio africano absolutamente refractaria a todo género de cultivo, y, por consiguiente, a la propagación de la especie humana. En Africa, lo mismo que en América, hubo y hay aún, para vergüenza de la cultura judeo-cristiana, negros a quienes se trae por fuerza a trabajar en las minas; existió y existe la tortura; los negros eran hasta hace poco deportados en calidad de esclavos y en cantidades suficientes para reemplazar en América a los indios que iban desapareciendo en su contacto con los blancos. No fué, pues, ninguna de estas causas la que produjo la despoblación en América, puesto que el africano se reproducía copiosamente, y continúa reproduciéndose, bajo un régimen semejante.

En la obra del Padre Figueroa, citada en otra parte, dice aquel buen corazón: «Puédense contar los daños que padecen por una de las más poderosas y graves dificultades que tiene el Santo Evangelio en estas partes. Porque se ha experimentado que cuando se les entra por sus casas la luz del cielo la siguen las tinieblas y horrores de pestes y mortandades lastimosas. Estas se ocasionan principalmente, como he tocado en varias partes, a las primeras vistas de españoles cuyo vaho parece les infunde pestes... De estas vistas y enfermedades se ha seguido el consumo de la mayor parte que es más de la mitad y no sé si diga los dos tercios de la gente que se ha hallado en las naciones que se han pacificado». Parece que los indios de Méjico se dieron cuenta, antes que el Padre Figueroa, de la existencia

del vaho mefítico, porque tomaban, para acercarse a los españoles, precauciones de las que más tarde ha recomendado la higiene. Bernal Díaz del Castillo, uno de los testigos más competentes entre los cronistas españoles, por su ingenuidad y sus sorprendentes cualidades de observador, tiene estas frases en su *Conquista de Nueva España*: «y aquellos papas (los sacerdotes mejicanos) nos trajeron zahumerios, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzaron a zahumar». En nuestros días el cronista hubiera dicho fumigar, como se desprende de lo que en adelante verá el lector.

¿De dónde provenía este vaho letal a que se debió, en mi concepto, no sólo la exterminación de la raza sino también la facilidad de la conquista? (1). Provenía a todas luces de que los americanos del siglo XVI eran un pueblo sano, pulcro y débil, en tanto que las ciudades europeas de la misma época eran un conglomerado infecto en que la higiene no era conocida y en que la suciedad y los parásitos dominaban señorialmente. No exagero ni un ápice. Un pensador escandinavo de nuestros días, Troels Lund, ha escrito una obra, apoyada en documentos de una evidencia irresistible, para hacer el balance de los valores morales entre el siglo XVI y la época actual. Las conclusiones a que llega son poco lisonjeras para el género humano. No nos diferenciamos de las gentes de aquella época sino en que prestamos ahora más cuidado al aseo de la persona y a la higiene pública. En lo moral somos tan cultos o tan salvajes como lo eran nuestros antepasados. Somos acaso un poco más disimulados o hipócritas, y las depredaciones y las torturas se ejercitan cubriéndolas con otros nombres. George Brandès hablando de Lund y de su obra, dice: «En toda Europa vivía el hombre (en el siglo XVI) rodeado de olores infectos y poseído del dominio de los parásitos. Algunas personas se

(1) Cuanto a la facilidad de la conquista, el argumento es obvio. Los indios eran en extremo supersticiosos. El Padre Figueroa, de cuya *Relación* me valgo, dice: «No hay enfermedad ni dolor o hinchazón que no digan es hechizo de alguno». De modo que las infecciones ocurridas al ponerse en contacto con los peninsulares, los indios las tomaban por resultado de un hechizo, con que se aumentaba el terror que les inspiraron siempre aquellos hombres.

lavaban, si acaso, una vez por semana; y bañarse, nadie se bañaba. Todavía en el siglo XVIII, bajó Luis XVI a la tumba sin que a él ni a sus lacayos y camareros les hubiera ocurrido que al Monarca pudiera convenirle un baño general» (1). Es muy posible que esas enfermedades horribles de que murieron Felipe II y el papa Alejandro VI (2) hubieran tenido su origen en la negligencia absoluta de todo principio higiénico en que se solía vivir en aquellos tiempos. Tal era la pulcritud de los monarcas. No es difícil imaginar la que gastaban los soldados, los aventureros, los conquistadores. Esos héroes de la codicia y del amor a lo desconocido, cruzaban los mares en barcos mal atendidos, sin mujeres a bordo que cuidasen de la limpieza de las ropas. Llegaban a tierra firme y vestían todas sus armas. Debajo de la pesada coraza estaban las ropas, que acaso no se mudaban en todo el tiempo de las marchas antes de encontrar al enemigo en la altiplanicie de Méjico en el reino de los Chibchas, en la capital del Imperio Inca. La vida estaba demasiado llena de sobresaltos para que a esas gentes, procedentes de tierras donde el desaseo era regla en las cortes, pudiera ocurrirles que era preciso mudarse de ropas. Los soldados no caían enfermos bajo aquel régimen de incuria personal, porque en generaciones de abandono el hombre europeo había acabado de inmunizarse, en una serie de generaciones, contra el ataque de multitud de gérmenes que engendra el desaseo. Pero los pobres indios que eran gente sana y pulcra, según consta de numerosos testimonios, caían fulminados por el *vaho* del conquistador, si hemos de expresar la penosa expresión del Padre Figueroa. Dos tercios de la raza se fueron en esta contaminación que dejó, por otra parte, infestado el continente. Los españoles volvían de América con las leyendas más pavorosas sobre la insalubridad de los climas. Lo cual era cierto desde el día en que los europeos habían puesto allí la planta. La limpieza era entre los naturales de América una condición de existencia y uno de los placeres de la vida, de que solían privarse para hacer penitencia o para captarse con oraciones la buena voluntad de un hado inclemente. Dice Restrepo Tirado

(1) G. Brandés, *Gestalten und Gedanken*.

(2) P. Villari. *Machivielì e i sui tempi*.

en su libro sobre los aborígenes de Colombia: «Se recogía (el indio penitente) en el encierro más absoluto, no siéndole permitido ni bañarse ni cambiar de manta». «Lauan las criaturas», expone en su obra el cronista López de Gomara, «con agua fría porque se les endurezca el cuero y *aun ellas* (las madres) se bañan también en agua fría recién paridas y no les hace mal». Todavía en la descendencia española de América que se ha librado del contacto con el mundo moderno, prevalecen algunas de estas preocupaciones contra la hermana agua. En lugares remotos las señoras se meten a la cama en cuanto nace la criatura y rehusan sistemáticamente ponerse en contacto con el agua o con el aire puro durante cuarenta días con sus noches, en tanto que la india, la compañera estoica del soldado en las marchas forzadas que suelen imponerles las guerras civiles, sobrecogida de los dolores, se acerca a un torrente, recibe la bendición del nuevo fruto, lo lava en el agua de Dios, se lava ella y continúa la ruta en seguimiento de su hombre. Indudablemente los españoles le daban a la pulcritud de los indios cierto mérito de costumbre estrambótica, porque sobre el aseo de esas gentes vuelven con mucha frecuencia. De los indios del Darién, dice López de Gomara, que «acostumbran a lavarse dos o tres veces al día, especial ellas, que van por agua, ca de otra manera hederían a sobaquina, según ellas confiesan». El Padre Gumilla en su famosa descripción del Orinoco, hablando de los Otomacos, pone el mismo concepto en estos claros términos: «Cosa muy desusada de las demás naciones (del Orinoco) que se echan a dormir al anochecer y madrugan con la primera luz del día a lavarse al río o arroyo, *sin que haya esto falta alguna*». El Reverendo trata de disculpar la costumbre higiénica de los indios. Es digna de memoria su misericordia, porque para ejercitarla tenía que vencer sin duda grandes repugnancias. Hablando de los mismos otomacos, que dormían de día y dedicaban otras horas al aseo de la persona, exclama impacientado el Padre Gumilla: «No se puede llevar en paciencia su escrupulosa pulidez y aseo».

La importancia que los cronistas del descubrimiento y la conquista suelen darles a las costumbres higiénicas de los indios, tiene su origen en un hecho de observación diaria. Visi-

lavaban, si acaso, una vez por semana; y bañarse, nadie se bañaba. Todavía en el siglo XVIII, bajó Luis XVI a la tumba sin que a él ni a sus lacayos y camareros les hubiera ocurrido que al Monarca pudiera convenirle un baño general» (1). Es muy posible que esas enfermedades horribles de que murieron Felipe II y el papa Alejandro VI (2) hubieran tenido su origen en la negligencia absoluta de todo principio higiénico en que se solía vivir en aquellos tiempos. Tal era la pulcritud de los monarcas. No es difícil imaginar la que gastaban los soldados, los aventureros, los conquistadores. Esos héroes de la codicia y del amor a lo desconocido, cruzaban los mares en barcos mal atendidos, sin mujeres a bordo que cuidasen de la limpieza de las ropas. Llegaban a tierra firme y vestían todas sus armas. Debajo de la pesada coraza estaban las ropas, que acaso no se mudaban en todo el tiempo de las marchas antes de encontrar al enemigo en la altiplanicie de Méjico en el reino de los Chibchas, en la capital del Imperio Inca. La vida estaba demasiado llena de sobresaltos para que a esas gentes, procedentes de tierras donde el desaseo era regla en las cortes, pudiera ocurrirles que era preciso mudarse de ropas. Los soldados no caían enfermos bajo aquel régimen de incuria personal, porque en generaciones de abandono el hombre europeo había acabado de inmunizarse, en una serie de generaciones, contra el ataque de multitud de gérmenes que engendra el desaseo. Pero los pobres indios que eran gente sana y pulcra, según consta de numerosos testimonios, caían fulminados por el *vaho* del conquistador, si hemos de expresar la penosa expresión del Padre Figueroa. Dos tercios de la raza se fueron en esta contaminación que dejó, por otra parte, infestado el continente. Los españoles volvían de América con las leyendas más pavorosas sobre la insalubridad de los climas. Lo cual era cierto desde el día en que los europeos habían puesto allí la planta. La limpieza era entre los naturales de América una condición de existencia y uno de los placeres de la vida, de que solían privarse para hacer penitencia o para captarse con oraciones la buena voluntad de un hado inclemente. Dice Restrepo Tirado

(1) G. Brandés, *Gestalten und Gedanken*.

(2) P. Villari, *Machiaveli e i suoi tempi*.

en su libro sobre los aborígenes de Colombia: «Se recogía (el indio penitente) en el encierro más absoluto, no siéndole permitido ni bañarse ni cambiar de manta». «Lauan las criaturas», expone en su obra el cronista López de Gomara, «con agua fría porque se les endurezca el cuero y *aun ellas* (las madres) se bañan también en agua fría recién paridas y no les hace mal». Todavía en la descendencia española de América que se ha librado del contacto con el mundo moderno, prevalecen algunas de estas preocupaciones contra la hermana agua. En lugares remotos las señoras se meten a la cama en cuanto nace la criatura y rehusan sistemáticamente ponerse en contacto con el agua o con el aire puro durante cuarenta días con sus noches, en tanto que la india, la compañera estoica del soldado en las marchas forzadas que suelen imponerles las guerras civiles, sobrecogida de los dolores, se acerca a un torrente, recibe la bendición del nuevo fruto, lo lava en el agua de Dios, se lava ella y continúa la ruta en seguimiento de su hombre. Indudablemente los españoles le daban a la pulcritud de los indios cierto mérito de costumbre estrambótica, porque sobre el aseo de esas gentes vuelven con mucha frecuencia. De los indios del Darién, dice López de Gomara, que «acostumbran a lavarse dos o tres veces al día, especial ellas, que van por agua, ca de otra manera hederían a sobaquina, según ellas confiesan». El Padre Gumilla en su famosa descripción del Orinoco, hablando de los Otomacos, pone el mismo concepto en estos claros términos: «Cosa muy desusada de las demás naciones (del Orinoco) que se echan a dormir al anochecer y madrugan con la primera luz del día a lavarse al río o arroyo, *sin que haya esto falta alguna*». El Reverendo trata de disculpar la costumbre higiénica de los indios. Es digna de memoria su misericordia, porque para ejercitarla tenía que vencer sin duda grandes repugnancias. Hablando de los mismos otomacos, que dormían de día y dedicaban otras horas al aseo de la persona, exclama impaciente el Padre Gumilla: «No se puede llevar en paciencia su escrupulosa pulidez y aseo».

La importancia que los cronistas del descubrimiento y la conquista suelen darles a las costumbres higiénicas de los indios, tiene su origen en un hecho de observación diaria. Visi-

tando un país extraño, la atención del viajero se detiene con preferencia en los usos y formas que se diferencian sensiblemente de los que a diario observa en su propio país. Antes de llegar a las profundidades del alma japonesa, el viajero occidental se dilata en la descripción del saludo japonés, en observaciones humorísticas sobre la costumbre de dejar el calzado en la puerta de la casa o sobre la frecuencia de los baños y la altísima temperatura del agua en que suelen tomarlos. Los buenos padres que refirieron las primeras hazañas de la conquista americana, o los militares que se complacieron en hacer más tarde el recuento de sus hazañas, hallaban un poco extrañas y acaso demasiado íntimas las relaciones del indio con el agua, porque acaso el conquistador había vivido con ella en neutralidad armada o en absoluta indiferencia. En generaciones donde la higiene se había convertido en una segunda naturaleza, vertió la Europa, con un movimiento inconsciente, el tren de las basuras que se habían acumulado en dos siglos. El europeo vacunado, inmunizado ya en su tierra, sobrevivió a las pestes en cuyo hervor desaparecieron las razas americanas. Era menester decir esto para salvar a los europeos del cargo de crueldad que les están haciendo de siglo en siglo historiadores prevenidos y poetas grandilocuentes.

Sería muy injusto sacar de aquí la consecuencia extrema de que la vida en Europa había tenido siempre estos caracteres de repugnante suciedad. Hubo siglos más pulcros que el XVI, antes y después de esa época; la mala ventura de las tribus americanas quiso que Colón hubiera descubierto aquellas tierras en el momento en que el viejo mundo se estaba convirtiendo en una pocilga. El Africa, que fué descubierta y colonizada más tarde, no padeció las consecuencias del vaho tremendo, porque la higiene de Europa se había modificado en provecho de la salubridad. Se necesita una poca de ruda franqueza para reconocer que el cristianismo tuvo en esta enemistad con el agua una vasta influencia. Jesús no predicó nunca el evangelio de la incuria personal. Hizo de la pulcritud un rito cuando dobló las rodillas para lavarles los pies a sus discípulos. Sin embargo, en esto, como en otras muchas cosas, la doctrina original se fué desvirtuando entre los pueblos a cuyos oídos llegaba

desde otras comarcas. Como Cristo decía que su doctrina era de pobreza y mansedumbre, y como hacía llamamiento especial a los desheredados, a los humildes, a los pobres de espíritu y de hacienda, a las mujerzuelas y los tímidos, una inversión natural de las ideas llegó a hacer creer que aparentando la pobreza o ejerciéndola real y efectivamente se llegaba con más presteza al camino de la perfección. Ha sido una desagradable coincidencia que la pobreza en sus formas extremas ostente las apariencias de la suciedad. El cristiano, según Nietzsche, era por antonomasia el hombre mal hallado con la limpieza. A más de esto, el contacto con el agua tibia y elástica asumía los preliminares de la caricia lúbrica. Por eso los primeros cristianos le tenían horror al baño. Los anacoretas, no todos, desde luego, huían de las sollicitaciones de la carne que solía producirles el baño. Esa preocupación se afirmaba en la mente del pueblo o desaparecía según las épocas. Pasado el renacimiento, cuando los albores de la reforma echaron un velo de ascetismo sobre las desnudeces y los primores de la vida, volvió el mundo a mirar con ojos de sospecha las caricias del agua. Los protestantes, en el norte, quisieron ser ascetas como los primeros cristianos, por odio al mundo latino; y los españoles, queriendo hacer sombría la doctrina de Cristo, en competencia con Lutero, dieron también en hacer del agua un ente sospechoso. Fué en este tiempo tenebroso cuando la Europa vertió sobre las Indias Occidentales el pozo infecto de su población.

B. SANÍN CANO.

ERRORES DE LA PINTURA EN EL MODERNISMO

I

Ya en otra ocasión hemos dicho que las obras del arte plástico, antes de pasar al cerebro, deben satisfacer, ante todo, el sentido de la vista, como las del arte musical, el oído.

Dentro de esta tesis, y como cultores del oficio, hemos analizado, en su conjunto, la obra más importante producida en los siglos 15, 16, 17 y 18; y comparando tan valiosa producción, con la pintura ejecutada en todo el siglo 19, se deduce que existe, en relación a su nobleza y calidad de materia, una *notable diferencia* intrínseca, creada por la tiranía de un artista, de un jefe de Escuela, y que merece estudiarse.

Deseamos exponer el resultado de estudios personales hechos, a través de museos y galerías, y si los reparos consiguiéntenos hieren la susceptibilidad de alguno de mis respetables amigos, pido desde luego excusas, porque no es tal mi ánimo, sino expresar mis ideas, pero queremos ser francos en su expresión, y manifestarlas como las sentimos. Osaremos, pues, emitir esta crítica, por delicada y severa que sea, sobre el presente de la pintura en su relación con el pasado, y contra el dictámen que generalmente cree que el progreso debe andar a parejas en todas las manifestaciones del saber humano.

Empezaremos, definiendo lo que es pintura, lisa y llanamente.

La pintura no es la reproducción de la realidad, como la mayor parte o el vulgo lo pretende. La pintura, es verdad, tiene su punto de partida en la realidad, y nada más.

La realidad, es la Naturaleza, que sirve de base, de punto de partida al arte, pero ella no es, de ninguna manera, el arte mismo.

Todos los pintores de todas las épocas, han visto esta realidad: el gran Leonardo, Miguel Angel, Rafael, Ticiano, Rembrandt, Van-Dyck, Velázquez, Rubens... no vieron más que la naturaleza, y no hicieron otra cosa que traducirla, que expresarla.

¿Qué podrá entenderse por realidad en arte, o qué podrá entenderse al exigir al artista que se conforme a ella?

Condenar al artista a seguir literalmente la naturaleza, sin recurrir a ninguna de sus facultades intelectuales o emotivas, sería negar la originalidad, y aun la personalidad en el arte.

Ello equivaldría a negar la razón, y convertiría al artista en un aparato mecánico, para reeditarnos el punto de partida. Y esto, no es el arte: el arte es, el hombre, el yó, la personalidad, agregada a la naturaleza.

Es, pues, pintar o esculpir, hacer una interpretación, una transposición de la realidad natural, en otra realidad adaptada al espíritu de los diferentes *modos del arte*, valga decir, una interpretación humana de la naturaleza; y bajo nuestro especial punto de vista, adaptándola al *modo pictórico*.

El arte está en la manera de ver, de pensar, de sentir, de penetrar, de humanizar la naturaleza, gracias a una visión interna, a un *don* que viene de fuera, y, si se quiere del más allá...

Hay que aspirar, en la obra pictórica, a la expresión de vida, de realidad, a que alcanzaron los grandes maestros antiguos, quienes señalan, para nosotros, las cumbres hasta aquí no superadas de la pintura.

Si comparamos la mayoría de los retratos (para no referirnos más que a este género) de los más eminentes pintores contemporáneos, con los de los antiguos, con los de La-Tour, Mme. Vignée-Lebrun, Philyppe de Champagne, en Francia; Reynolds, Gainsborough, Lawrence, en Inglaterra; Van-Dyck, Rubens, Franz Hals, Rembrandt, en Flandes y Holanda; Tintoretto, Rafael y Ticiano, en Italia; Velázquez y Goya, en España... no resisten la comparación, por ser las obras antiguas, admirables de calidad y expresión de arte ¡superiores! a todo lo que hoy se hace. La ciencia en la ejecución y la bella calidad de las materias empleadas por esos virtuosos de la pasta, oponen, tan gran defensa a la actual pintura, que parece la antigua verda-

deramente extraordinaria; y seguirán esos Maestros primorosos, desde sus altas cimas, alumbrando las escuelas y tendencias de la pintura. Tales son las enseñanzas que hemos deducido, y la alegría que hemos experimentado al analizar el estilo maravillosamente expresivo de esos verdaderos monumentos del arte.

Hay maestros dirigentes que pretenden debemos inspirarnos en los clásicos... y tratándose de pintura, por un mal entendido espíritu de extensión, hasta en los griegos (en los escultores griegos), como lo hizo o impulsó, por vez primera en la historia, el célebre pintor francés, Luis David, fanatizado por las formas helenas.

Esta tendencia no se opone al desarrollo de las facultades artísticas; al contrario, la encontramos muy justificada, pero siempre que se vaya a buscar la luz, tratándose de pintura, en los gloriosos clásicos del pincel y del Renacimiento Italiano, o en las obras de los grandes flamencos u holandeses, sus continuadores; y siempre que se respete «la pintura» en su esencia y valor absolutos, en su potencia de realización, que informan la «expresión pictórica», pura, sin teorías literarias, ni consideraciones de sentimiento...

No hay grande artista que no comulgue con la belleza de esta «expresión pictórica» la cual es de importancia tan grande que puede considerársela fundamental.

Y esta expresión se encuentra, sin embargo, generalmente descuidada, y hasta despreciada por la enorme falange mundial de los petulantes o indisciplinados.

Si consideramos la pintura del Renacimiento Italiano, élla nos demuestra, que se nutrió en las fuentes antiguas, cuidando de no desconocer ni destruir, el espíritu y los recursos de los artistas anteriores. No se creyó entonces necesario, como lo hizo desgraciadamente David, quién imperaba, a fines del siglo XVIII, en el mundo de las artes, *inventar principios o procedimientos nuevos*...

La influencia perniciosa de David ha sido dejada en oscuro, por los que han escrito sobre crítica y desarrollo del arte

pictórico en el último siglo. Lo único que nos refieren, sin más explicaciones, es que el estilo de ese artista hace época, señalando el fin de la escuela del siglo 18 en Francia, o, cerrando un período para dar lugar a otro.

Nos ocuparemos en este acontecimiento como amantes sinceros del grande arte, de la verdadera pintura.

Las obras de los maestros del pasado, que llegaron a la suprema manifestación en el arte de pintar, comprueban que no atentaron a las bases o principios del mismo arte; al contrario, juzgaron definitivos los que les fueron legados.

El momento inicial del desconcierto en la producción moderna, proviene de la única escuela que prevalecía y dominaba en toda la Europa, en los albores del siglo 19: la de la Francia. En Italia reinaba una especie de sueño letárgico, con relación a los suntuosos creadores de Arte en los pasados tiempos. La pérdida del Tiépolo, el último príncipe de su pintura, en 1770, fué la llama postrera de esa formidable legión de genios que comenzó en Europa tres siglos ántes, y se concentró más tarde, en Flandes con Rubens, en Holanda con Rembrandt, en España con Velásquez, y en Inglaterra con Van-Dyck.

Hace ciento treinta años, era París, como lo es hoy, la ciudad vibradora y sugerente, la gran capital de las artes. El esplendor de sus exposiciones, su acogimiento de los artistas, la superioridad de su gusto excitaban el interés y el afecto universales, e imponían su preeminencia intelectual y artística, convirtiéndole en el centro del globo, así para los pintores o escultores, como para los «amateurs» o coleccionistas, fueran éstos aristócratas, millonarios, emperadores, o reyes.

Efectuábanse ya las escavaciones en Italia, que descubrían monumentos, y desenterraban palacios de las épocas greco-romanas. Herculano y Pompeya, constituían verdaderas revelaciones mundiales; la emoción que se experimentó al tocar esos sagrados restos, tuvo influencia profunda en las artes, en las ideas, hasta en la política.

Por otra parte, en el ocaso de su vida, hacíase notar por lo convencional y amanerado el célebre pintor y maestro de

Mme. de Pompadour, Francisco Boucher, encarnación y corifeo artístico del siglo de Luis 15, y, por entónces, jefe único de la escuela francesa.

Opérase con todos estos acontecimientos, una profunda revolución en el gusto, la cual comienza a manifestarse en el arte de la arquitectura, que produce monumentos de pureza clásica, como son San Eustaquio, San Sulpicio, el Panteón, la Moneda, la Plaza de la Concordia, la Magdalena, el Teatro de Burdeos, etc. Se desea volver a lo antiguo; se quiere arte austero, en oposición con la frivolidad reinante. Se tiene sed de heroísmo, de heroísmo republicano, pues está aún fresco el derumbe de la Bastilla...

Debilitada, y dócil a tales cambios, no tarda la pintura en convertirse a estos ideales de transformación.

Para coronar diríamos, ese movimiento, regresaba a París, Luis David, premio de Roma,—«trop grand prix de Rome»,—convertido en un clásico de pantomimas, como lo demuestran sus telas: «Belisario», «Andrómaco», y la que más fama le dió, «El juramento de los Horacios».

En circunstancias tan turbulentas y confusas, a este pintor, entonces famoso y popular, y que había actuado con participación importante y adoradora del éxito, como convencional en la Revolución Francesa, se le confía... la alta dirección de las Bellas Artes; o sea, por falta acaso de un maestro con la suficiente autoridad de jefe, la Francia revolucionaria y el Primer Imperio entregan a David, a este presuntuoso pintor, la dictadura artística...

Desde ese instante, se produce el momento histórico, cuya tendencia tenemos a honra criticar.

Con el respeto y admiración que nos inspira la Francia, declaramos que por idolatría a los escultores greco-romanos dió David ese golpe de «zapa» a las artes, y les impuso su fórmula funesta que produjo la ruptura de la tradición y lo perturbó todo cambiando hasta los hábitos de la hábil, mesurada y tradicional escuela francesa, personificada en su antigua Academia de Pintura.

Nadie lo hubiera pensado ni creído, cuando David partió a Roma, pues decía a sus amigos y maestros: «No temáis cosa alguna: lo antiguo no me seduce, ni tiene acción sobre mí».

He aquí la iniciación del nuevo período, del clasicismo moderno, confundido con lo clásico antiguo que, en forma de estilo del Directorio y del Imperio, empieza con un político, en plena Revolución.

A partir de esa zancadilla (1793-1800), el desconcierto, el equívoco, o por mejor decir, la desorientación de la ignorancia, se han esparcido por el mundo, y se ven en todas partes, y especialmente en los centros de enseñanza artística.

Son, hasta cierto punto, responsables del desorden, los mismos grandes artistas de ayer y de hoy, que, obligados, a sostener su representación social, hacían o hacen, la mayor parte, obra de *buhoneros*, con el verdadero arte de pintar.

¿Cual es pues, el «valor» de esta innovación de David, continuada por sus satélites, y entre ellos, por el más riguroso, por monsieur Ingres, que ha estado a punto de ser deificado, que llegó hasta sellar en una sentencia, como cosa nueva y desconocida, que «*el dibujo es la probidad del arte*» y cuyo influjo aún subsiste en la escuela francesa, y en casi todas las del orbe?

El error fundamental de David y de su escuela, está en haber desconocido los «eternos principios de la pintura, y en haber procurado volverla a sus fuentes por otro camino, con lo que cayeron en el más funesto convencionalismo.

Como cortesano que fué, siguió ese artista las modas de entonces, a fuer de hombre destituido de profundo concepto moral.

Habría debido inspirarse en los principios que impregnaron el alma del siglo 18, puesto que heredó esos principios de sus antecesores; habría debido, por lo menos, al preferirles el nuevo y falaz espíritu de su tiempo, conservar la técnica tradicional, religiosamente intacta y continuarla en su desarrollo: pues fuera de ella, no hay pintura respetable, y que valga el nom-

bre de tal. Lawrence, en todo su apogeo, como se le vé en el castillo de Windsor, Fragonard, Bonington, Turner y Goya, su amigo íntimo, geniales contemporáneos, así lo comprendieron. Por eso, la obra de tales maestros, es superior y admirable en su valor artístico. El estudio comparativo y el análisis de sus pinturas, esparcidas por los museos y galerías particulares, nos lo han justificado.

Se perdió... sin duda, David, en las teorizaciones de anticuarios, filólogos, eruditos, escritores, historiadores, y hasta del prestigioso escultor Cánova, otro íntimo amigo suyo—muerto en 1822—restaurador de la escultura italiana, y empapadísimo también en la obra de los griegos y romanos.

Imbuído como estaba David, por los ideales de la moda, dejó de considerar las teorías y prácticas de los verdaderos pintores.

No comprendió que las estatuas y las pocas pinturas, (meros frescos de ornamentación), recién encontradas en Herculano o Pompeya, no eran sino arte de superficies, y no tenían sino relación lejana con la pintura al óleo, o, sea, que entre la Escultura y la Pintura hay un mundo de distancia...

Persuadido de que pintaría, como en el arte sublime que ejercieron los griegos, llevó inocentemente la pintura hacia la escultura; y transformó la verdadera técnica del arte en un formulismo personal.

Se puede hablar y discutir sobre la naturaleza, la vida, lo antiguo, el secreto en pintura (si se quiere), y procurar la aplicación de todo esto, pero, conforme a la manera pictórica, con respeto al *modus operandi*.

Valga a este propósito una observación, que servirá para establecer la diferencia entre la pintura y la escultura.

El escultor ejecuta formas reales, que la mano puede palpar y profundizar; y el espectador gira alrededor de la estatua. El pintor, opera sobre una superficie plana, lo que lo obliga a transponer en apariencias los planos ulteriores.

La escultura no obedece a los escorzos, los cuales reinan en la pintura.

Para el escultor, el contorno no existe como en pintura, pues reproduce exactamente la forma de la realidad, mientras el pintor debe hacer comprender que el borde o límite aparente que se llama «contorno» no constituye, en verdad, detención, puesto que la forma continúa tornando... como si dijéramos, por detrás de la tela.

Podrían citarse aún otras circunstancias diferenciales: detrás de la figura del escultor existe el ambiente; para el pintor, en la superficie de la tela, no hay nada: es él quien debe crearlo todo, aire, espacio, sombra, luz, color, relieve... Esto era lo que, para los antiguos, constituía el objeto de los recursos, de la técnica, amorosamente desarrollada, sólidamente realizada.

No dándose tal vez cuenta profunda de estas diferencias substanciales, y bajo el influjo exclusivo de su devoción por los griegos y romanos, patrocinó David una especie de SEUDO-«RIGOR» en el dibujo, y privó con ello a la Pintura, de vibración, de potencia, de encanto, en una palabra, de todas LAS CUALIDADES REALMENTE PICTÓRICAS.

II

Según su biógrafo y contemporáneo, el señor Délecluze, y conforme a la legítima apreciación histórica, no ha tenido David el mérito de innovación alguna, sino es haber introducido en pintura el espíritu escultural; lo que no pasa de una negación, de una herejía, que nada tiene que ver con los maestros universalmente acreditados, ni con la verdadera pintura.

Más aún: esa desgraciada innovación es un hecho único, un desatino no igualado en la historia del arte.

Encaró, David, la simplicidad en la expresión pictórica; pero esa virtud excelsa, a que aspiran los verdaderos maestros, obtiéndose de otro modo que por el escamoteo, el cual produce el vacío: se obtiene únicamente por el saber total, puesto al servicio del genio, que se lo asimila hasta el punto de emplearlo espontáneamente.

Dibujar, no consiste en aferrarse al rigor de la línea: ésta es sólo un medio, no el fin; dibujar para el pintor es, en todo momento, expresar, expresar el equilibrio, el ritmo, el gesto, la

forma, el carácter... en su esencia y aún, el efecto, el color y la luz, debiendo todo concurrir al objetivo, que es la expresión integral del pensamiento.

La sencillez y la grandeza no podrían confundirse con la sobadura solamente exterior, que aparece en la obra reaccionaria de David, la cual se derrumba rápidamente, como que no es otra cosa que sequedad e insuficiencia.

Esta tendencia a un falso neo-clasicismo, iniciada por David y continuada por Ingres, imitador de Rafael,—sin el genio de éste,—ha causado la desmoralización que reina hoy día.

La fórmula que el porfiado maestro implantara, queriendo reaccionar contra la ligereza, frivolidad y amaneramiento de fines del siglo XVIII, le instó a cometer la irreparable falta de confundir en una misma reprobación el espíritu y el oficio del arte que pretendía renovar.

Ese pretendido arte nuevo, convertido en Escuela, no exigía sino sobriedad en el pensamiento y sencillez en los medios de expresión, cualidades capaces de satisfacer el estoicismo de su época. La verdadera pintura que David había aprendido y practicado, como lo demuestran sus retratos, entre ellos el de Gérard du Mans, el de Pécoul (1783), el de Pío VII, el de la señora de Récamier y los de la gran tela de La Coronación, tan diferentes a las figuras de Las Sabinas, de Leonidas en las Termópilas o a las del Juramento de los Horacios, cedió el paso a una pintura lisa, igual, seca, pobre, con insuficientes color y efecto, privada de muchos de los recursos del pasado pictórico, al cual se juzgaba indigno de la severidad greco-romana, a cuyos temas, solemnes y meramente artificiales, se rendía pleito homenaje.

Luis David, educado por el siglo XVIII, y despótico por naturaleza, supo mucho, sin duda, y fué tan hábil que transformó a su imagen y semejanza las costumbres artísticas de su tiempo.

Su índole tiránica la probó como miembro de la Convención Nacional. Bayard, nos dice: «Conocida es la súplica que su colega Carlos Vernot le hiciera durante el Terror, para que influyese en el sentido de salvar la cabeza de su hermana, casada

con el arquitecto Chalgrin, la cual había sido detenida por sospechosa. David contestóle: «He pintado a Bruto, y nada quiero solicitar de Robespierre». Y la señora Chalgrin, como Luis XVI, fué guillotizada...

Tal fué el maestro que, por exceso de estimación propia, muy común en naturalezas vanidosas, y obedeciendo a la moda reinante —al «vélum» helenista— impuesto por el célebre arqueólogo, esteta y filósofo alemán, Winckelmann, no titubeó en pervertir el sentido de la vista con su tiránica fórmula, y en perturbarlo todo, repudiando y suprimiendo de un revés el oficio antiguo.

Conocidos son los singulares estribillos que usaba amenudo ante sus discípulos: «Aprended a pintar un griego que no sea un romano, y un romano que no sea un griego»: «Cuida tu contorno, y, escupe adentro» ¡Valiente pintor!

Substituyó, en una palabra, el «academismo antiguo», si se quiere, lo que se llamaba entónces «la escuela francesa», o sea, los clásicos, por un «academismo nuevo», inanimado, frío, imitación de los grandes escultores griegos o de la Roma decadente... Pues, antes de David, no se conocía lo que hoy se llama clasicismo, simbolismo o naturalismo...

Abrióse la puerta a los malos vientos y desde entónces... LA PINTURA quedó ¡condenada!... a pesar de la admirable y asombrosa sacudida que le dieran Géricault y el genial Delacroix, observadores penetrantes de la naturaleza y de la obra del pasado. Hicieron nacer estos pintores, en la interpretación artística, el movimiento de la vida verdadera, con el abandono de la rigidez en la línea, y se inspiraron para el colorido, vibración y efecto en la armonía del natural.

Quedó aún condenado el arte, a pesar de toda esa escuela que se llama de 1830, «flor» de la pintura en el siglo 19 y que honran, además de los nombrados, Corot, Daubigny, Millet, Rousseau, Díaz, Troyon, Ricard, Decamps, Vollon, etc., artistas que hacen lo posible por romper con el arte dogmático, convencional y mezquino; generación de artistas que conti-

núan, en nuestros tiempos, Harpignies, Fantin-Latour, Degas, Carrière, Thaulow, Israëls, Whistler, Lhermitte, Blanche, Besnard, Ménard, William Chaisse, y unos pocos más... Unos y otros realizan esfuerzos de investigación para recuperar el hilo perdido, para reconquistar los medios, los recursos pictóricos, y comprendiendo *todos* que hace falta un método, se esfuerzan en crearlo... Ninguno tan bueno, sin embargo, como el de los antiguos maestros.

Propusieronse muchos inventar, no se escribió nunca tanto sobre pintura; y jamás se ha pintado peor, bajo los puntos de vista de la CALIDAD y de la SOLIDEZ.

Nace de este caos el titulado Arte Moderno, que apareció, algo más de medio siglo há, en la persona del maestro-pintor Gustavo Courbet, comunista, quién en ese tiempo representaba él solo la Escuela del Naturalismo, continuada después por Manet.

Rehusaba Courbet, toda intromisión del espíritu en la pintura: el pintor, decía, debe ser *realista*, y pintar únicamente lo que ve, tal como lo ve, a su modo... ¡No más pensamiento, no más fantasía, no más composición, todo eso... es ¡vieja historia!

Sobre la base de semejante teoría, la llamada SINCERIDAD moderna, encadena al artista con la exacta sujeción de la copia textual.

He aquí la aurora de la libertad modernista, destinada a desarrollarse en el Impresionismo, que simplificará la representación de la naturaleza, para no darnos sino la «impresión» de suyo vaga y relativa a cada temperamento... a fin de halagarnos con el brío de la factura superficial; en vez de satisfacernos con la *profundidad* del saber convencido.

Y la degeneración en el criterio estético, y los cenáculos que la alimentan en Francia y otras partes, continúan a tal punto, que la verdad se transfigura hasta hacerse inconocible.

Al principio del siglo XIX, fueron responsables de ello los diversos románticos, con los pretendidos clásicos italianizados a la manera de David; más tarde, los realistas contra los odia-

dos académicos neo-griegos, representantes o discípulos de la enseñanza oficial impuesta por Ingres; hoy, los naturalistas o novadores contra el espíritu de la Escuela, que prevalece aún, y los sistemáticos impresionistas, puntillistas y demás maniáticos. Lucha de ideales, partidos o sectas, que se manifiesta sobre todo en los «Salones» parisienses de las sociedades. Nacional, de Otoño, de los Independientes y de los Artistas Franceses, representante esta última de la controvertible enseñanza oficial a nombre del pasado.

La entrada en escena de las «fieras» como se les llama a los cubistas, futuristas, orfeistas, fascistas, no obstante las protestas de defensores del arte oficial, parece consecuencia lógica, y como si dijéramos, la continuación, del Impresionismo. ¿No se preocupan también en darnos impresiones? Y ¡de qué manera! La cosecha es conforme con la siembra.

Estos esfuerzos se traducen, las más de las veces, a los ojos del público profano, por la oposición entre el dibujo y el color, con el natural sacrificio o escamoteo del uno o del otro, que no admiten vasallaje.

La extrema diversidad de tendencias y sistemas, que suelen ser patrimonio de los ignorantes, y pretextos de su nulidad, ha producido este grave trastorno, que, sin dejar de ser interesante anarquía, malogra o expone a extraviarse al artista dotado de verdadero talento, y a menudo le confunde, por la ausencia de método, unidad y disciplina, así en las ideas, como en el lenguaje pictórico.

¡Qué de víctimas hace, desde muchos años, en todas partes, este desordenado modernismo, que sigue produciendo otras degeneraciones en ismo, como el complementarismo en el color, el puntillismo etc., que desvían a jóvenes o viejos con ilusiones sin rumbo, propias de la impotencia! (Materia es esta que estudiaremos en otra ocasión al analizar la obra de los maestros cabecillas de tales apostolados).

Evidente es, en consecuencia, para el que posee un elevado concepto del grande arte, la necesidad de volver al amor apasionado de las formas, en pintura, de los volúmenes, en escul-

tura; y la necesidad de apreciar ante todo, la hermosa calidad de la materia, y la armonía en la orquestación de los bellos tonos. La importancia de la obra pictórica se acrecienta así porque el objeto sustancial del cuadro es el poema de la luz, realizado por una técnica como la que poseían los antiguos.

Los más ilustres pintores del Renacimiento, y los holandeses o flamencos, eran grandes ejecutantes, que hicieron del «oficio» su base verdadera, por los profundos conocimientos que poseían en la ciencia del arte, y que supieron aplicar en sus relaciones con el dibujo, el color y la práctica; el «todo» con profunda y superior buena fé. A este respecto, estamos de acuerdo con el pintor francés Federico de Mercey, miembro del Instituto de Francia, que dice: «El número de pintores, que sepan pintar, es mucho más reducido de lo que parece»... Y es claro: La pintura, como la ciencia, está hecha de tradiciones. Querer desconocerlas, es como si un químico o matemático rehusase aprender lo que ha sido descubierto antes de él. El adelanto artístico no puede cumplirse sino sobre la tradición, o más precisamente las tradiciones de cada arte, puesto que a menudo cada gran maestro, crea un procedimiento o aporta un progreso. Y cuando se exige que el arte debe ser de su tiempo, se ignora que necesita hallarse en posesión de todas sus fuerzas, pues debe contribuir a formar su época, lejos de ser su tributario.

Ningun tiempo presentó en esta materia espectáculo tan embrollado y lamentable como el actual. Los artistas que precedieron a la madurez del arte no soñaban sino en aprender: en las épocas de floración, sus descendientes poseían el saber y su imperio; hoy se ignora, y se niega lo que se ignora... se ha llegado hasta la locura. Y hay que salir del círculo de los interesados en propagandas extravagantes para encontrar personas de criterio recto, independiente de prejuicios.

El arte ha caído en el comercio, y el artista lo explota. Falto de orientación, no sabe el público a donde dirigirse, y entrega su juicio al de las muy honorables personas que hablan sobre arte, en su loable deseo de empujarlo a la perfección, o a los simples explotadores, que le condimentan teorías dispa-

tadas. Es el mundo al revés: lo que constituía la verdad, para un espíritu advertido, conviértese en el error... Cada uno juzga de estas cosas, confiándolas a su propia digestión mental y el derecho de hablar sobre ellas, más aún, el de ENTENDERLAS, está acordado a todos. Cada cual se vale presuntuosamente del antiguo, maléfico refrán: «Lo bello, es lo que a mi me gusta, y mi juicio vale tanto, a lo ménos, como el de cualquier otro». Esta es la mejor manera de enterrar la luz...

Si creyéramos a muchos presuntos sabios, prestigiosos en la actualidad, el arte pictórico habría marchado de conquista en conquista: desgraciadamente es lo contrario, desde que, hace ya más de un siglo, empezó a perder sus medios de expresión, su lenguaje característico...

Pretende el modernismo haberlo inventado todo, haber encontrado riquezas de expresión que desconocieron los siglos pretéritos, haber encontrado la visión moderna, haber desentrañado el sentimiento, y revelarnos poesías múltiples, la verdadera verdad, la vida, la luz, el ambiente, los valores, la síntesis, el eclecticismo... el ¡Ave Fénix!...

Para probar el error vaya un ejemplo:

Lo que llamamos vulgarmente «valores» en pintura, es la relación que hay entre las luces, las medias tintas, las sombras y los reflejos; y la apreciación o lectura de tales *valores* se hace más delicada y difícil, en los objetos de coloraciones vivas.

Los valores son el objeto de una de las leyes fundamentales del arte de pintar. Este término es nuevo, consagrado, y aunque verdadero teóricamente, es impropio en cuanto a la aplicación que de él se hace.

En las obras de los antiguos maestros, verificamos que «LOS VALORES» son el resultado de dos perspectivas, la aérea y la lineal; perspectivas que establecen entre los objetos las relaciones de distancia, por la variedad de los volúmenes, que disminuyen, alejándose, y, por la variedad de las coloraciones, que decrecen igualmente con el aumento progresivo de la curva de aire.

Los «valores» existen en la naturaleza, apesar de que suelen desvanecerse. En pintura, por la inversa, son de necesidad ab-

soluta: pues, aunque no se quiera verlos, tratándose de superficie plana como la tela, hay que hacer creer en una diferencia de distancia entre dos figuras, o entre una figura y el fondo; y no podría llegarse a ello, acercando dos tonos de igual poder, dos materias idénticas.

Si el pintor es incapaz de realizar sobre su lienzo, a semejanza de la naturaleza, y como lo practicaban los antiguos, la variedad de las materias, no puede satisfacer la ley de los valores.

Y este es el caso de la pintura moderna, que, no obstante expresar las diferencias de valores o matices, sin lo cual no sería pintura, trata las materias más o menos idénticamente, como que son en ella constituídas por pastas, terrosas o grises, de unos mismos espesor i opacidad.

No pueden darnos, en consecuencia, las telas modernas la ilusión de escalonamiento de los planos sucesivos, sobre una superficie plana, que es precisamente lo que constituye toda la pintura.

Los antiguos proveían al relieve, atendiendo a los valores, como hoy se dice, por la variedad de las materias, por su riqueza y su calidad, no sólo con respecto a cada objeto, sino aún a la colocación de cada uno de ellos en el cuadro.

El concepto filosófico del eclecticismo también se ha desnaturalizado. So capa de ese concepto, se pretende comprender y admirar las más absurdas contradicciones...

Todo recomienda, pues, preparar un movimiento sano de arte con selección rigurosa, y de una reforma en las altas esferas directrices de la enseñanza artística.

¡Qué honra sería que ello se iniciara en nuestra patria!

Arrojando buenas semillas... ¡cuántos cerebros descubriríanse aptos para hacerlas germinar en nuestro rico medio ambiente!...

En las grandes Escuelas, donde se aprende el arte actual, no se enseña de ordinario otra cosa, que una rutina más o menos prolija, que no tiene ninguna relación con los conocimientos ni las enseñanzas de los antiguos maestros.

Se acusa a los impresionistas y... a los modernos: y aquéllos y éstos acusan, a su vez, a los que dirigen la enseñanza en las Escuelas.

Por otra parte, en vista del sinnúmero de exposiciones, salones, etc., que distribuyen medallas, frecuentemente por medio de intrigas o influjos, más a los que aspiran a obtenerlas, que a los que logran merecerlas, es de preguntar ¿qué arte se propicia, ¿creen mistificadores y mistificados, que eso basta para proporcionar talento?

¿Qué se enseña en las Escuelas? ¿Qué tradición se sigue? ¿es la de los grandes artistas del siglo pasado, o de los siglos anteriores, o son las audacias de los novadores modernos?

No hemos visto en ninguno de los países europeos, escuela que enseñe el modo de pintar de un Chardin, de un Fragonard, de un Delacroix, de un Tintoretto, de un Rubens, de un Vermeer o Pieter de Hooch, de un Van-Dyck, de un Rembrandt, de un Ruysdaël, de un Goya... de un Velázquez!

Tal sería la tradición.

Pero de ello, no se dice palabra.

¿Por qué? A nuestro humilde juicio, porque no se sabe sino apenas construir una figura *teóricamente* de acuerdo con las indicaciones anatómicas.

No se enseña, pues, sino muy superficialmente, no se transmite casi nada en las Escuelas, salvo pequeñas modas o maneras caprichosas o hábitos irreflexivos.

El arte no reconoce modas. El arte ha sido siempre *uno*.

No falta quienes lo adviertan, pero todo continúa... sin resistencia.

Por semejante carencia de conocimientos, no tienen sucesores los grandes artistas.

Vivimos como en aguas estancadas: hay que restaurar la ciencia, hay que volver a los verdaderos métodos.

Como dice el célebre crítico e historiador francés, Taine, «no está obligada una Escuela a fabricar genios: debe sólo proporcionar el hogar y el combustible: la chispa, viene de afuera».

De análoga manera, para formar sabios o literatos, necesita

la Universidad la colaboración propia de la naturaleza y la observación de la vida en sus múltiples manifestaciones.

No debe, pues, una Escuela de Bellas Artes prometer orgullosamente, a los que en ella se educan, los privilegios del genio ni los esplendores de la fama, sino que, respetando el libre desarrollo de la personalidad, debe enseñar a sus discípulos lo que existe de general y eterno en la Belleza, y las cualidades que hacen al eximio Maestro, y vemos aplicadas en las obras más célebres; de modo que, cuando sople para el joven artista el viento de la inspiración, sea un impulso fecundo y no el hábito de la impotencia!

No se entrega el grande arte al primero que pasa, pero realizado, perdura: a la vista están en los Museos del mundo, las producciones «impertérritas» de todas las épocas; es necesario saber leerlas con sinceridad, y descifrarlas con acierto.

He aquí nuestro propósito, al exponer estas ideas, a fin de que sigamos investigando los procedimientos expresivos de la pintura, de la verdadera, con espíritu amplio e imparcial; y sirvan, a lo menos, de refugio reconfortante para los que tienen a honra considerarse artistas en la hora actual; y contribuyan a convertirlos, en los celosos veladores de las sanas tradiciones que dominan el lenguaje estético.

Y es fuerza arribar a esta conclusión junto con Guillermo Dubufe: que el gran pintor de mañana, será aquel que, aprovechándose de la confusión de las ideas, proporcione de nuevo a la obra de arte materia bella, y técnica apropiada, sin que deje por esto de reconocerse la relativa y parcial utilidad de las indagaciones o conatos que han conducido a tantos errores de nuestro tiempo.

PEDRO RESZKA,
Miembro de la Sociedad Nacional
de Bellas Artes de Chile.

EÇA DE QUEIROZ (1)

LA VIDA

José María Eça de Queiroz nació en Villa do Conde y no en la Puebla de Vazzim como por un melindre familiar se hizo creer—en 1864, hijo del Dr. Teixeira de Queiroz, que fué uno de los compañeros literarios de José Freire de Serpa, en la *Nova Academia Dramática*, de Coimbra, en 1887, y que en la carrera de la magistratura alcanzó el alto puesto de juez del Supremo Tribunal de Justicia. Hizo en Oporto sus estudios secundarios y entró en la Universidad de Coimbra en 1861, licenciándose en Derecho en 1866. No se distinguió en la vida académica por su aplicación, antes parece que, mediante la indiferencia, se defendió cuidadosamente de la acción de los leyentes y de los compendios, de que tan execradas reminiscencias conservó siempre. «En torno de ella (2), negra y dura como una muralla, pe-

(1) La traducción del presente estudio de Figueiredo—que es uno de los capítulos de su *Historia da Litteratura Realista*—se emprendió con el fin de dar a conocer entre nosotros a este crítico portugués, quien hace unos meses se encontraba en el Brasil y anunció como posible su visita al Río de la Plata, que luego no realizó.

Esta circunstancia no resta interés, naturalmente, a las páginas de uno de los más autorizados historiadores de la literatura portuguesa sobre el gran novelista de *La ilustre casa de Ramires*. Servirán para hacer ver cómo se le juzga en su tierra y aportarán más de un dato ignorado del lector.

Fidelino de Figueiredo es profesor en uno de los Liceos de Lisboa, ha sido director de la Biblioteca Nacional en la misma capital lusitana y dirige la «Revista de Historia». Ha publicado los siguientes libros:

O Espírito Histórico, Historia da critica literaria em Portugal, A critica literaria como Sciencia, Historia de Litteratura Romántica, Historia da Litteratura Realista, Historia da Litteratura Classica, Portugal nas guerras europeas, Caracteristicas da Litteratura Portuguesa, Estudos de Letteratura (2 v.), *Como dirige a Bibliotheca Nacional, Antologia geral da Litteratura Portuguesa, O sr. Julio Dantas, Revista de Historia* (7 volúmenes, dirección y colaboración), etc., etc. *Nosotros*, de Buenos Aires.

(2) Refiérese a la generación coimbreense.

sando, dando sobre las almas, estaba la Universidad. Por toda aquella Coimbra, de tan lavados y dulces aires, del Salgueiral hasta Cellas, se erguía ella, con sus diferentes formas de comprimir, de oscurecer las almas: Su autoritarismo, anulando toda libertad y resistencia moral; su favoritismo, deprimiendo, acostumbrando al hombre a temer, a fingir, a doblar el espinazo; su literatismo, representado en la horrenda *Sebenta*, en la exigencia del *ipsis verbis*, para el cual toda creación intelectual es dañina; su foro tan anacrónico como las viejas alabardas de los «verdeaes» que lo mantenían; su negra torre, de donde partían, resucitando el *precepto* de la Roma jesuítica del Siglo XVIII, las campanadas de la «cabra» entre el vuelo de los murciélagos; su «llamada» derramando en los espíritus el terror disciplinario del cuartel; sus leyentes crasos, sus Britos y sus Neivas, el practicismo polvoriento de sus Paes Novos, y la rigidez peñascosa de sus Penedos!». En Coimbra fué un chanceador, un diletante superficial y un observador ya de gran agudeza, sí, pero en quien nadie podía prever el futuro gran novelista. Pero a pesar de ser estos los aspectos más característicos de su manera de ser, en Coimbra, fueron menos reconocidos y aplaudidos que otro más ostentoso, el de actor apreciado, principalmente en el papel del poeta Garçao, protagonista del drama del señor Teófilo Braga, *Resignação*, representado en 1865.

Tres grandes influencias obraron sucesivamente sobre su carácter, las que, acompañadas por el gran esfuerzo de crítica y perfeccionamiento que sobre sí mismo ejerció el propio novelista, formaron el alto espíritu que se reveló en su madurez artística. La primera fué la del medio académico de Coimbra, influencia de iniciación, recibida por la convivencia y la lectura cuyas principales corrientes intelectuales rápidamente resumimos en el capítulo de Introducción.

En este estado de espíritu—tan bien encarnado en Coimbra por Anthero de Quental—surgió a la vida práctica ejerciendo profesiones por ventura poco conciliables con sus tendencias, como las de periodista político y administrador de concejo en Leiria. El haber estado en Leiria, el haber sido comparsa en la rastrera vida de la ciudad provinciana proporcionó campo de observación, intriga y personajes para su primera gran novela,

El Crimen del padre Amaro. Pero antes que publicase esta novela, aparecida en 1875, su biografía recorre otras gradaciones que merecen ser apuntadas. Pasando a Lisboa, bajo la égida del padre, ejerció por algún tiempo la abogacía y entró como folletinista en la *Gazeta de Portugal*, dirigida por Teixeira de Vasconcellos. Desde Octubre de 1866 a Diciembre de 1867 publicó en ese periódico los folletines póstumamente reunidos bajo el título de *Prosas Bárbaras*. En 1869 realizó un viaje a Oriente. Egipto y Palestina, países siempre tan evocadores de leyenda y de recordaciones históricas, tenían para Eça de Queiroz un particular encanto, porque, para Eça, admirador entusiasta de Renán, el historiador magnífico del cristianismo, aquellos eran lugares que el gran escritor francés había poblado de sus más bellas e inspiradas evocaciones, y que le satisfacían el amor de exotismo clásico e histórico, el gusto de ese Oriente, cuyo secreto iba penetrando día por día una generación de historiadores, de filólogos y de arqueólogos.

Después, aquella curiosidad, más poética que intelectual, de descubrir los orígenes de la civilización, entonces indiscutiblemente juzgada como oriundo del valle de Ganges, que preocupaba los espíritus mozos en cuyo círculo Eça se formó, encontraba en la contemplación de esos lugares una parcial saciedad. Para Eça de Queiroz el Oriente fué siempre una grata fuente de imágenes e ideas poéticas. Amábalo con su religiosidad dominadora de toda la vida social y toda la cultura, amábalo en la inutilidad de sus instituciones, que aún no disgregó la piqueta de la crítica, quería por su vivo color y hasta como cuna del mesianismo. Asistiendo a la fiesta de la inauguración del Canal de Suez, pudo conocer muchos tipos étnicos, los trajes y algunos ritos, ver el Oriente en su vasta y colorida multiplicidad. Y ello fué para Eça un supremo gusto, que por la repercusión que vino a tener su obra, consideramos como la segunda gran influencia en la constitución de su espíritu. En el artículo *De Port-Saïd a Suez*, de 1870, en el cuento *La Muerte de Jesús*, del mismo año, en algunas páginas de la *Correspondencia de Fradique Mendes*, de 1891, y en *La Reliquia*, de 1887, el escenario oriental y el pasado Oriental dan asunto a descripciones y pensamientos de los más bellos y sutiles de su

obra. La *agiología*, que en muchos de sus protagonistas evoca el escenario oriental, despierta en Eça de Queiroz una viva y simpática curiosidad, un poco por esa circunstancia, y algo también por el elemento fantástico que contiene, que concordaba mucho con su estado moral anterior a su iniciación en el realismo.

De regreso en Portugal, con varios amigos, tomó parte en Conferencias democráticas del Casino Lisbonense, organizadas por Anthero de Quental, tocándole discurrir sobre el realismo en el arte. En esa conferencia, Eça, repitiendo sin originalidad las ideas de Proudhon, citó como ejemplos de arte realista los cuadros de Courbet, alabándolos sin haberles visto nunca. Esta ligereza sería más tarde apuntada por los que no comprenden que el alto valor intelectual pueda tener en su evolución graduaciones iniciales de vulgaridad.

En 1872 obtiene por concurso el nombramiento de cónsul en la Habana. Comienza entonces a ejercerse la acción de los ambientes extranjeros, duradera y saludable. Y esa acción no sólo se ejerció intelectualmente, sino en todo el conjunto de su individualidad, porque se le enriqueció el espíritu con nuevas ideas y nuevos sentimientos; dióle también algunas desilusiones y enseñóle a ver la vida, que ahora conocía en sus más variadas y más elevadas manifestaciones, por un prisma más verdadero, un poco escéptico, y substituyó a su impulsibilidad juvenil, que le llevaba a juzgar tan mal su patria, esa generosidad, esa nostálgica simpatía que fueron inspiradoras de *La Ciudad y las Sierras*.

Como cónsul en la América Central, de 1873 a 1874, obtuvo, con perjuicio de sus propios intereses, la abolición del comercio de esclavos en Santo Tomé, lo que hizo honor a su filantropía, y pudo observar de cerca las democracias latino-americanas, católicas y despóticas, con su desasosiego y malestar, y conoció directamente el espíritu norteamericano. Ya en 1866, en Lisboa, confesaba una irresistible antipatía por el mercantilismo norteamericano y presentía «el profundo tedio por el vacío que deja en el alma la adoración del dios Dollar». Pero, con el contacto directo, ese sentimiento aumentó. De ahí le vino su pesimismo respecto a las democracias y también respecto al jacobinismo, aún como partido de oposición solamente, que

dictó las siguientes líneas: «Uno de los espíritus más profundos y seguramente el más lógico de la Revolución, el hombre que en la Iglesia Socialista tiene la preeminencia simultánea de un Santo Tomás y un San Agustín, P. J. Proudhon, encontraría en el jacobinismo—a través de largos años de observación experimental—tanta carencia de concepto filosófico, tanta hostilidad al espíritu crítico, tanta incompreensión de la justicia, tanta desconfianza de la libertad, tanta intolerancia terrorista, tanta malicia inquisitorial, tanta tendencia a gobernar por medio de los instintos y groseras pasiones, tanto celo en imponer formulas autoritarias, tanta confusión de ciencia y conciencia, tanta inmovilidad intelectual, tanta arrogancia, tanta garrulería, tanta futilidad, que terminó por considerar seriamente el jacobinismo, no como una doctrina, sino como una enfermedad maligna del corazón y del cerebro» (1). Y más adelante: «Para él no hay tradición nacional, pues que la Nación sólo data legítimamente del día en que él se coronó y reinó» (2). En otra parte lanza la siguiente calificación: «...la gran confraternidad democrática de América es la más divertida de todas las pillerías sociales de este siglo» (3). El espíritu norteamericano le dejó un vivo sentimiento de enfado. El énfasis y la suficiencia de un pueblo lleno de ufanía por la civilización que ostenta, cuya originalidad es esteramente europea, ufanía que tuvo en la política pan-americana, llamada de Monroe, una arrogante expresión desagradaban a Eça de Queiroz, cuyo espíritu no seducían por completo los mejoramientos materiales y los inventos de aplicación. El recuerdo de aquel contacto con el pueblo norteamericano, que a él, celoso representante de la cultura de la vieja Europa, le hiriera tanto, como que para ella reivindicaba toda la originalidad creadora, le sirvió veinte años más tarde, en París, para hacer una acerba crítica de la doctrina de Monroe y del nativismo (4). En un artículo de 1888 analiza también la furia imitativa del Brasil (5).

(1) V. *Notas Contemporáneas*, pág. 523, ed. 1909.

(2) Idem, pág. 524.

(3) V. *Cartas familiares e Billetes de París*, pág. 194, ed. 1917.

(4) *Cartas Familiares*, etc., pág. 129.

(5) *Últimas páginas*, p. 447, ed. 1912.

En 1874 fué transferido a New-Castle, y en 1876 a Bristol, consulado sin movimiento donde permanece hasta 1888. Esta larga residencia en Inglaterra, sólo interrumpida por breves huídas a Portugal, dióle oportunidad de conocer menudamente la vida inglesa. No nos dió sus impresiones sobre toda la complejidad de la vida inglesa, sino apenas algunos aspectos del vivir de Lóndres y de la política interna y exterior, en las *Cartas de Inglaterra*, artículos destinados a los periódicos. Pero a pesar de nuestras deficiencias de información respecto a sus sentimientos sobre Inglaterra, podemos asegurar que el modo de ser británico le mereció aprecio, pero no entusiasmo ni siquiera benévola simpatía. La poca flexibilidad y el rigor pragmático del tipo nacional, la serena indiferencia del estado por las grandes miserias de Irlanda, y la arbitraria política practicada con Egipto, merecieronle comentarios, no menos punzantes y sinceros por ir velados por la ironía. Consideraba la literatura inglesa «incomparablemente más rica, más viva, más fuerte y más original que la de Francia» (1).

Transferido en 1888 a París, logró al fin establecerse en el ambiente que le atraía hacía mucho tiempo. Allí, en la capital de la cultura latina, en uno de los centros creadores de la originalidad de la civilización europea, en la cuna de la literatura que lo había formado espiritualmente, el novelista se sintió en su verdadera patria espiritual. Como en el ejercicio de sus funciones consulares no aspiraba a sobrepasar una oscuridad subalterna, sino solamente a ser puntualmente cumplidor, sin innovar, pudo observar la múltiple vida, francesa y cosmopolita, de París, estudiar los hombres y las ideas, y entregarse a la benedictina construcción de su pequeña y hermosísima obra. Sus amigos, en la pintoresca residencia de Neuilly-sur-Seine, no volvieron a encontrar al *blagueur* improvisador de Coimbra y de los tiempos de burocracia, al improvisador de una conferencia sobre Courbet, sino admiraron al supremo artista y al pensador ingenioso, al moralista, al gran conocedor de la vida, cada vez más escéptico para los fantasmas de la juventud y cada vez más creyente en aquel breve puñado de verdades,

(1) *Últimas páginas*, pág. 489.

cuya defensa tan brillante y elocuentemente se hace en sus últimas obras.

Oscuro como cónsul, cada vez más retraído como hombre y cada día más amado como escritor, murió en 1900, en París, en pleno esplendor intelectual, cuando su espíritu prometía brillar por caminos nuevos.

EL HOMBRE

Eça de Queiroz era más bien alto que bajo, de delgadez extremada, brazos excesivamente estrechos y comprimidos, espalda algo encorvada, nariz grande y aquilina, ojos oscuros un poco velados, cabellos lisos y bigote abundante, unos y otros oscuros. Como se puede inferir de estos rasgos, era poco característico físicamente. Y este cuerpo quebrantado; que una rivalidad literaria caricaturizó cruelmente, abrigó una de las almas más sedientas de perfección y uno de los espíritus más bellamente originales que hayan resplandecido en la literatura portuguesa.

Como casi todos los que piensan, nunca sintió ímpetus de valerosa acción práctica, de obrar y dominar; era una voluntad tibia, un reconcentrado que prefería ver pasar la vida a intervenir en ella. Hasta sentía ante la fuerza moral de los que mandan, de los que por necesidad vital han de imperar, un temor respetuoso, reflejo del recelo que le inspiraba la potencia física. La convicción de su inferioridad en este punto le hizo admirar tanto la grandeza moral de Anthero de Quental como su fuerza física, y empleó en ese problema moral—la cobardía—una curiosidad interrogadora que le llevó a analizar la personalidad del emperador Guillermo y a calificarlo de *diletante de la acción*, y a reconstituir en *La ilustre Casa de Ramires* la psicología íntima de esa enfermedad de la voluntad. Fué también sin duda esa falta de energía para la acción dominadora lo que hizo de él un mal educador práctico.

La oposición vehemente que hay entre el folletinista de la *Gaceta de Portugal*, el novelista de los primeros años, trasvasando a la novela las intrigas que presenciaba y exhibiendo con el máximo relieve del arte tipos caricaturales, el *blagueur*,

el *dandy* entusiasta de cuanto sea moderno y tenga la marca de París,—y el gran espíritu de la *Casa de Ramíres*, evidencia no solamente una gran lectura, sino también una gran meditación acompañada de un grande esfuerzo de autoeducación. A la risa de muchos, a la antipatía y emulación de algunos y a la amistad de una pequeña minoría, sucedía una unanimidad de admiración recogida y de tierno respeto, porque al escritor según una moda pasajera como todas las modas, sucedía el alto espíritu que enseñaría a una generación, bajo la forma rutilante de una belleza superior, algunas duraderas verdades sobre algunos aspectos de esta complicada humanidad, cuya comprensión es el fin de todo pensamiento. Su evolución mental puede encerrarse toda en este programa único: buscar una comprensión más exacta de la vida. Hablando de su juventud, escribía estas palabras en 1896:—«No éramos enteramente desorientados y vanos—porque si el fin de toda la cultura humana consiste en comprender la humanidad, ya es un loable comienzo discurrir sobre ella en poemas, aunque sean pueriles».

Como veremos, al estudiar su evolución literaria, alcanzó ese ansiado propósito, la comprensión más exacta de la humanidad, por medio de un perfeccionamiento de los medios; en lugar de poemas pueriles, un realismo superior.

Su evolución lo nacionalizó; adquirió un creciente y amoroso interés por las cosas portuguesas; hizóse bibliófilo, recorre con curiosidad los libreros de viejo parisienses en busca de especies no citadas por Inocencio, funda la magnífica *Revista de Portugal*, patrocina la *Revista Moderna* y organiza el piadoso homenaje a Anthero de Quental, del *In Memoriam*.

Un hombre de intensa meditación no puede ser un sentimental, pero puede ser, y lo es frecuentemente, un hombre de sentimiento, de ese sentimiento melancólico, intelectualizado, que a la prontitud y violencia de la emoción sustituye la profundidad y la duración. Y Eça era un alma tierna, llena de generosidad para comprender a los otros, y que dió buena parte de su corazón al culto de la amistad. Entre otros, el artículo sobre Anthero de Quental, valiendo también críticamente, es testimonio de una ternura fraternal, de cuanto la amistad le aguzaba la perspicacia psicológica, y es también un tesoro de sen-

timiento, un cofrecillo de tranquilas y hondas emociones, si es lícito juntar estos adjetivos. ¡Y cuánto sentimiento y delicadeza de alma había en su devoto amor al arte, en su ansia de perfección! En una carta particular acerca de *El Primo Basilio*, fechada en 1878, está la siguiente exclamación, casi de desesperanza, en que se traduce la grande preocupación suya de hacer obra duradera:—«¡Pobre de mí, que nunca podré dar la sublime nota de realidad eterna, como el divino Balzac, ni la nota justa de realidad transitoria como el gran Flaubert! Estos dioses y semidioses del arte están en las alturas, y yo, desdichadillo, me arrastro por los suelos!» En una carta a Bernardo Pindella, conde de Arnoso, tiene expansiones y confidencias que muestran bien su indecisión en examinarse y su amor a la perfección, y como éste exageraba más aquella:—«Mi mal es el amor a la perfección—este absurdo afán de querer hacer las cosas más vulgares siempre del modo más completo y brillante. Si se trata de estornudar, trato de tal manera de que el estuendo sea suave y musical, que la cosa termina siempre en mueca, ronquido e inmundicia.»

«Si se trata de mandar a un diario la sencilla nueva de que llegó un amigo, repulo y cincelo tanto que la noticia parece hecha en el *Leitao ourives* y da la sensación de que el amigo ha partido!

«Si se trata de escribir seis líneas a mi viejo Bernardo, yo espero hasta tener el vagar necesario para escribir una epístola muy llena, muy completa, muy divertida, muy amistosa, y la consecuencia es la oportunidad nunca viene ni se comienza la primera línea...

«Tú atestiguarás que hace días, por un libro sin importancia que quería el hermano Vicente, removí todas las librerías de París, aburrí a todos los especialistas, puse en agitación todas las escuelas agrícolas, retardé infinitamente el libro y el hermano Vicente terminó por enfurecerse!

«Todo este año lo he pasado casi con el pié en el estribo para marchar a Lisboa; por eso no he escrito a ningún amigo, ni contestado, con la idea de hacer una cosa mucho más perfecta, aparecer yo mismo, con una estampilla en la espalda: conse-

cuencia, todos mis amigos están disgustados conmigo! ¡Y todo por amor a la perfección!»

Excusado es advertir que este amor a la perfección no hacía de él una esteta amoral que avaluase las cosas como fuentes de belleza y no como valores morales. Su vida demostró claramente lo contrario. Ni siquiera en política mantuvo la impasibilidad que decía. En un artículo sobre Ramalho Ortigao declaraba: «Constitucionales, socialistas, miguelistas, jacobinos... para mí, como novelista, son todos productos sociales, buenos para el arte cuando son típicos, todos igualmente explicables, todos igualmente interesantes. El deber del artista es estudiarlos, como la botánica estudia las plantas, sin que le importe que sea la belladona o la patata, que envenene o que alimente». Pero en este mismo artículo, como en otros lugares ya apuntados, Eça dejó transparentar muy evidentemente su gusto e inclinaciones políticas, lejos por consiguiente de la deseada impasibilidad.

Hacia el fin de su vida, Eça tornábase melancólico, ejemplificando con su propio espíritu aquel efecto entristecedor de la cultura inmensa que tan elocuentemente expuso en el artículo *La Decadencia de la risa*. Esa misma melancolía, signo de una activa vida interior, unida a la nostalgia de la patria, llevóle a estudiar el problema psicológico en *La Ciudad y las Sierras*.

Los que le trataron íntimamente darán testimonio de su cautivante bondad, de su ternura ante el sentimiento ageno, del poder de insinuación que de él todo irradiaba, de su noble y generosa tolerancia, cualidades superiores que en la convivencia y en la conversación se evidenciaban bellamente con un relieve de especial encanto y seducción. Era Eça como él escribió de *Eradique*, «de aquellos singularmente escasos que, encontrando en un agrio día de invierno un chicuelo que pide limosna, transido de frío, se detienen bajo la lluvia y el viento, y se quitan los guantes para buscar en el fondo del bolsillo una moneda de plata que será el calor y el pan de un día».

Eça versificaba con facilidad, y algunos amigos suyos dicen que si hubiese cultivado esa forma del arte, sería un poeta de superior inspiración; amaba las flores, que siempre acompañaban, a su lado, su trabajo; las violetas, las rosas, los claveles,

las camelias, se sucedían con las estaciones sobre su mesa de trabajo, marcándole la época del año, como a aquel Fadrique en quien puso tanto de su espíritu y de su corazón. Dibujaba con facilidad, que aprovechaba para esbozar los principales personajes de sus novelas. Así, atribuyéndoles una determinada figura física, se hallaba más compelido a mantenerles el carácter forjado primitivamente.

Como hemos dicho, Eça de Queiroz, ávido de perfección, ejerció sobre su propio espíritu, sobre sus ideas y su gusto artístico, un profundo esfuerzo educativo, y la persistencia de ese severo esfuerzo, resultando eficaz, imprimió a su carrera literaria un movimiento progresivo, que hace perfectamente verificable su evolución. Habiendo procurado reconstituir el *substratum* psicológico que dominó siempre en él y mostrando la adquisición de algunas de sus más dominantes impresiones e ideas, al analizar su obra seguiremos también el criterio evolutivo, caracterizándola en sus principales fases.

LA EVOLUCION LITERARIA

Primera fase. — 1866-1875

Es el lapso de tiempo que va desde sus primeros ensayos en la *Gazeta de Portugal*, de Teixeira de Vasconcellos, recogidos después en edición póstuma bajo el título de *Prosas Bárbaras*, hasta la aparición de su primer novela, *O Crime do Padre Amaro*. En esta época Eça de Queiroz era espiritualmente un romántico, y decimos espiritualmente porque su romanticismo era un estado de alma transitorio y no una manera literaria, según el gusto de la generación que los recién llegados a la lucha intelectual habían impugnado. Ese romanticismo fatal en todos los espíritus, porque todas las mocedades son arrulladas por quimeras, reviste como estado pasajero formas variadas. En Eça de Queiroz revestía una apariencia fantástica, con que se coloreaba la exuberancia del lirismo, satánico a veces, que es como decir lirismo invertido, de un misticismo humorístico en cuanto a los temas y en cuanto al estilo; abandonada calculadamente la expresión clara, transparente, complaciéndose en

lo vago sugestivo que la imaginación llena e interpreta arbitrariamente, sembrando la narración de imágenes abundantes, pero inexpresivas, que oscurecen la idea. Pero sus *Prosas Bárbaras* no sólo atestiguan un estado moral, el inicial en la carrera de Eça, sino que muestran también ya un escritor original que, a despecho de la tortuosidad de la imagen, de la perífrasis, de la vaga fantasía deformadora de la realidad, conseguía crear un estilo propio que a los contemporáneos, prevenidos por la sospecha, sorprendió y detuvo la curiosidad por un momento. Otra particularidad, sin embargo, juzgamos nosotros más digna de ser puesta en evidencia, porque la que apuntamos, el estilo, no tuvo consecuencias en su evolución literaria, mientras que ésta comprende y resume esta misma evolución, y es que en estos primeros escritos coexisten o alternan cualidades aparentemente inconciliables, por acusar actitudes extremas del espíritu. Al par del irónico simbolismo del *Milhafre*, del satanismo puro del *Senhor Diabo*, del trascendente sensualismo de la *Ladainha da dôr*, del fuerte sarcasmo de las *Memorias duma forca*, al par de esas prosas rebuscadas y artificiales, revélase en otras el gran paisajista de la *Cidade e as Serras*, en el *Lenhador*, y el observador ironista en el artículo *Lisboa*. La ironía y el gusto de la fantasía errabunda perjudicaron su observación, porque la exageraron a veces, tornándola caricaturesca, pero la observación y el vivo deseo de seguir rígidamente un programa de escuela han de reaccionar, alcanzando ese largo triunfo hasta 1887, cediendo desde esa fecha ante las seducciones de la «abeja dorada de la fantasía».

FIDELINO DE FIGUEIREDO.

(Continuará).

NOTAS Y DOCUMENTOS

● **Humanidad y patria.**—A raíz de aquellas alarmas internacionales del año pasado, y, como burbujas de la ebullición política y social entonces culminante, empezaron a levantar cabezas entre nosotros ciertas invenciones importadas del extranjero, de donde nos llegan tantas novedades útiles y tantas novelorías perniciosas.

Fuerza es contar entre estas últimas el turbión de doctrinas inconexas que ha venido súbitamente a inundar el campo inculto o mal cultivado de muchas inteligencias en las cuales prende con facilidad todo género de utopías y quimeras.

Algo de esto ha ocurrido con las nociones de *humanidad y patria*.

Debo declarar, desde luego, que no me asiste la pretensión de exponer a este respecto cosas inusitadas; sé muy bien que, aunque lo pretendiera, no lo conseguiría. Me conformo con reunir y ordenar algo las múltiples reflexiones que el buen sentido sugiere a cualquiera que piensa un momento en estas cosas.

Las ideas de *patria y humanidad* no son contradictorias, sin duda; pero, sí, distintas e irreductibles a un concepto común, como quiera que no las vinculan las relaciones de coordinación o de subordinación indispensables para formar un todo homogéneo.

La *humanidad*, si nó es la mera expresión de aquellos caracteres o cualidades comunes a todos los hombres, no viene a ser otra cosa que la designación en abstracto del linaje humano, considerado en su totalidad, sin referencia a ubicaciones geográficas, ni a tiempos, razas o civilizaciones.

La *humanidad*, vista así en conjunto, es la muchedumbre de los hombres, antiguos, contemporáneos y venideros; un conglomerado informe y vastísimo, en el cual no se echa de ver—hasta hoy, por lo menos—una inmediata y común aspiración que pueda servir de nexo a sus disgregados elementos: la suma de todos estos puede formar un *total*, pero no un *todo* sustantivo y orgánico.

La *humanidad* contemporánea está fraccionada en porciones más o menos numerosas, de muy diversas razas, lenguas, reli-

giones, mentalidad, historia; cualidades o atributos que nunca será dable reducir a una armonía suprema, aún sin contar los contrapuestos intereses materiales, germen de rivalidad entre las naciones.

Obstáculos que se alzan a modo de barreras fronterizas e infranqueables, impiden que el género humano se constituya en un solo cuerpo social y político, de aspiraciones y tendencias uniformes.

No parece imposible que al cabo de los años mil, como suele decirse, ya sea por una paulatina y natural compenetración, o bien, en virtud del poder absoluto de un conquistador y «universal tirano», llegaran a concertarse todas aquellas innúmeras divergencias hasta formar una especie de mosaico político, social, antropológico o como quiera llamársele. Con todo, no resultaría de eso más que una taracea de naciones, frágil y quebradiza, no un cuadro de empaste homogéneo y armonioso. Cualquier golpe o sacudida podría quebrantar sus partes y desbaratar el conjunto.

Para una fusión íntima y estable se necesita un aglutinante espiritual, como ser un fin altísimo, universal y determinado. Los intereses económicos o políticos sólo forman conexiones endebles y tornadizas.

Por otra parte, los que opinan que la *humanidad*, con el transcurso del tiempo, puede llegar a constituir un complejo indisoluble, no paran mientes en la imposibilidad de vaciar en un molde único los diversos elementos fisiológicos, étnicos y tradicionales de los pueblos.

¿Qué objetivo o ideal tendría hoy eficacia bastante para mancomunar los dispersos elementos de la *humanidad*? ¿Qué tópico de trascendencia suma conseguiría orientar su pensamiento? ¿Hacia donde podrían converger sus anhelos hoy tan divergentes? ¿Qué eslabón de tan recio temple se hallaría que pudiese estrechar en un haz todas sus fuerzas materiales y morales?

Puede convenirse en que la filantropía, el amor, es un nexo poderosísimo e indestructible. Muy cierto. Pero el amor no termina en sí mismo, no lleva en sí su propia finalidad, ni tampoco es dable que tenga por objeto una entidad abstracta. Podemos y debemos amar a todos los hombres en cuanto tales, considerados singularmente; más, no se concibe amarlos bajo una denominación general y común, como a un ser anónimo e insubsistente.

Sin duda que una fé superior a los intereses relativos y deleznales de esta vida sería un conglutinante espiritual fuerte y nobilísimo; pero en nuestros días parece excusado pensar en la unidad de la fé. La religión, en concepto de los modernos

inventores de sistemas filosóficos y sociales, es un edificio en ruinas, una sombra que proyecta el pasado y que todavía no logran desvanecer del todo las claridades de la ciencia contemporánea; un sentimiento depresivo del carácter; la supervivencia de un mito; algo, en fin, completamente inútil cuando no vitando.

Algunos políticos fundan su confianza de paz inalterable y perpetua en una legislación única para todos los países, una especie de argamasa que concertaría a todas las naciones, velis nolis, en un conglomerado gigantesco.

Sin embargo, a despecho de las lucubraciones de una gran estadista y de los últimos dudosos resultados de la «Liga de las Naciones», dicha legislación, hoy por hoy, no pasa de una halagadora tentativa y, quizá, no es más que un sondeo.

Y aunque tan loable proyecto lograra un éxito cumplido no se realizaría con ello el ideal de la *humanidad* tal como se la imaginan los teorizantes: tendríamos, cuando mucho, una gran confederación, no un cuerpo indivisible y orgánico.

Tampoco faltan idealistas que sueñan en la futura unidad humana por virtud de una especie de democracia intelectual y moral cimentada en una amplísima difusión del saber; de donde resultaría en todos los hombres—némine discrepante—cierta invencible tendencia al bien y, por ende, una cooperación unánime y ordenada para la conquista del progreso y de la felicidad. Agregan que éste es el camino para ir formando la *conciencia de la humanidad* y el concierto armonioso de todas las aspiraciones e intereses individuales hoy tan discrepantes.

Conviene observar de paso, como a medida que se va perdiendo o menoscabando el imperio de la conciencia personal, la única, se habla mucho de esa conciencia colectiva, sin responsabilidad ni sanción, que ni se sabe dónde existe ni hay modo de conocerla. Me imagino que esto es un recurso de que se echa mano para sacudirse de la propia responsabilidad endosándosela a un público innominado.

Ello es que esa utópica teoría de los intelectuales, tan fascinadora como se la suponga, no es más que una visión etérea que se cierne allá, muy distante de las realidades objetivas.

Forzoso es convencerse de que el mayor ahinco de la raza humana en los actuales tiempos se cifra en comprar y vender, producir y consumir. Para tal objeto ya se echa de ver cuán innecesario es que se reduzca a la unidad la muchedumbre de los pueblos y de las naciones.

Por los motivos someramente indicados hasta aquí es obvio que no podemos lisonjearnos por ahora con la ilusiva idea de hacer de la humanidad terrestre una sola familia. Cabe decir que lo es efectivamente, mirada desde una cumbre altísima y

teológica, en cuanto los hombres todos, por su primitivo y común origen son llamados a un mismo inmortal destino.

Considerándola así, es indudablemente una sola familia; pero familia espiritual que atañe sólo a las almas, las cuales viven una vida superior, muy otra y diferente de ésta, ordinaria y visible que se desarrolla apegada al terruño y circunscrita por el tiempo.

Mientras no se mezclen y confundan las razas, ni se vacien en un molde único las civilizaciones, leyes y costumbres de los pueblos, ni se resuelven en uno todos los idiomas (cosa punto menos que imposible); y mientras no se consiga, principalmente, congregar a todas las naciones del universo bajo la enseña de un ideal común, magnífico y perdurable; no tendremos esa patria única, incircunscripta morada de la pro genie de Adán; familia inmensa cuyos miembros viven dispersos en continentes e islas innumerables, desconocidos unos de otros y, por lo común, indiferentes a sus mutuos destinos.

La diversidad de las razas, contrapuestas entre sí por sus respectivos caracteres y tendencias y hasta por el concepto que cada una se ha formado de la cultura, hacen sobre manera difícil sino imposible su asimilación. ¿Quién no conoce el antagonismo ingénito que existe entre todas ellas? ¿Cuánto no difiere de la semítica la civilización indo-europea? No parece humanamente hacedero que algún día se refundan en una masa armónica y organizada; ni se columbra cuál sería en tal caso la resultante.

Y aunque tan fausto acontecimiento se realizara ¿qué ganaríamos con ello? Mucho se puede conjeturar de lo futuro tomando en consideración las realidades presentes o pasadas: ¿qué ha hecho la *humanidad* hasta ahora, así en conjunto? Todas las conquistas de la civilización se deben al genio e impulso de los pueblos o de las naciones.

Procuraré establecer algo más este punto en el artículo siguiente.

II

El hombre, limitado por el espacio y por el tiempo, no puede extender su acción más allá de dichos límites: el espacio le circunscribe a un escenario relativamente estrecho; el tiempo se lo cierra de modo absoluto con la muerte.

Para dilatar la esfera de su actividad y prolongarla, necesita el hombre cooperadores y sucesores, y los haya en primer término en la familia. Las familias, células constitutivas de la *nación*, conviven organizadas bajo ciertas leyes y ocupan un territorio.

La nación, por lo tanto, se funda, originariamente en las fa-

milias, y, su condición de existencia estriba en la conformidad de miras para conservarse, progresar y defenderse: de una y otra causa deriva su unidad armónica.

La nación es la *patria*, vocablo cuya etimología—*pater*—declara por sí mismo la unidad de su origen y naturaleza.

En la idea de *patria* hay un principio interno y activo que ordena y vivifica los sentimientos de un pueblo. Las tradiciones, las glorias, las esperanzas e ideales se asocian en una sola tendencia colectiva que viene a ser como el espíritu de una nación, informado en primer término por el genio de la raza. *Familia, patria y raza*, son, en consecuencia, tres conceptos íntimamente unidos.

La idea de *patria* comprende algo más que la suma de individuos oriundos de una región o de cuantos en ella habitan. No forman estos por sí solos una república, un reino; así como una multitud heterogénea de hombres armados no forman un ejército. Lo que le da individualidad y ser a la nación es el orden, o sea, las relaciones de coordinación y subordinación que la constituyen en un cuerpo moral y político; coordinación de derechos y obligaciones mútuas entre los ciudadanos; subordinación de estos a una autoridad, a un jefe, a un estatuto, a un código.

Todos estos requisitos y además el de la territorialidad integran el concepto de nación, la cual es un cuerpo vivo, capaz de crecimiento y desarrollo, dotado de aspiraciones expresivas de su carácter y de su fuerza, que es lo que llaman hoy «el alma nacional».

Ahora bien, la nación considerada por su aspecto afectivo es algo más hermoso y más vasto que una entidad política y civil. Ella es como una madre a cuyos pechos nos criamos y en cuyo regazo vivimos; matrona venerable que inscribe y guarda en su archivo los nombres, las obras y los ejemplos de las generaciones que indefinidamente se suceden; foco de virtuales anhelos y esperanzas: la nación, en cuanto colectividad viviente que cría, educa y sustenta, es lo que se denomina la *patria*.

La *humanidad*, aun cuando llegara a formar algún día un inmenso Estado, no sería sino un conjunto de elementos heteromorfos y discordantes, que podría crecer por yuxtaposición, más no en virtud de una potencia orgánica interna, inherente a su naturaleza.

Anulado el concepto de *patria* o embebido en el de humanidad, desaparece uno de los más nobles estímulos de perfeccionamiento, cual es la emulación.

Moral, intelectual y económicamente, decaería o se retardaría el progreso, marchando éste paso a paso hasta convertirse en una especie de estancamiento o reposo universal.

Absorbida en la *humanidad*, la *patria* se esfuma y desaparece al perder sus caracteres étnicos, su idiosincracia nacional. Olvidaríanse las glorias y los sacrificios de los grandes obreros de su civilización: muerto el pasado, quedaría destruído el engrace de amor y de gratitud que ligan a unas generaciones con otras.

No empee a lo dicho, la conveniencia de que el verdadero amor patrio coopere al bien general de todos y cada uno de los pueblos que componen la gran sociedad humana. El patriotismo no incluye en su determinación el odio o malevolencia al extranjero: ya no llamamos bárbaros, conforme al uso griego y romano, a los pueblos de una cultura distinta de la nuestra.

La amistad internacional, el intercambio de ideas y de productos, la concurrencia de esfuerzos, en una palabra, es condición ineludible de adelantamiento y prosperidad para las naciones; la que se aísla, por este sólo hecho se descamina o se rezaga: ninguna se basta a sí misma por industriosa y opulenta que sea.

Cada nación representa en síntesis las cualidades dominantes del pueblo que la constituye. Así como los individuos difieren entre sí por sus vocaciones y talentos, de igual manera se diversifican los pueblos según sus peculiares dotes y caracteres; y de esta variedad de aptitudes resulta esa armonía política, social, comercial, científica, industrial, artística, etc., que se comprende con el nombre de civilización de esta o aquella época de la historia.

La *humanidad* nada ha hecho, nada ha construído. La civilización actual es obra de las razas o de los pueblos, no de la *humanidad*.

El conocimiento del origen y destino del hombre, la idea espiritualista y religiosa, se le debe al pueblo hebreo; al Egipto, la agricultura y la mecánica; a Grecia y Roma, la filosofía, las artes, la literatura y el derecho. Si de los antiguos pasamos a los tiempos medios y modernos, Francia aparece como el portavoz de la cristiandad y la divulgadora expansiva de la cultura; España descubre, puebla y civiliza un nuevo mundo; Italia nos ha conservado el arte y el saber antiguos y ha sido la cuna del arte moderno; Inglaterra y Alemania han creado la industria y difundido el comercio. Podría extenderse más esta enumeración; pero bastan los ejemplos citados.

Puede agregarse, todavía, que el singular florecimiento político, filosófico, artístico, literario, etc., de ciertas épocas lo atribuye la historia a la preeminencia de algunos individuos cuyos nombres conserva como epónimos de sus tiempos respectivos y así se dice: el siglo de Pericles o de Platón; el de Augusto, el de Dante, el de León X, el de Luis XVI, etc.

Los grandes promotores o artífices de la civilización han sido las razas, los pueblos y los individuos de genio. Ningún gran impulso se le debe a la *humanidad* anónima; jamás ha creado nada.

*
* *

Dícese que la idea de *patria* carece de fundamento científico, que no es mas que la «poesía del recuerdo», un afecto inconsciente propio de la infancia a las sociedades. Es un afecto, sin duda; pero un afecto que arraiga hondamente en un instinto racional, como es el amor a los padres, a la familia, a los amigos, a los antepasados; afecto que hincra sus raíces en el amor inextinguible de nosotros mismos y de cuanto nos concierne; sentimiento natural y legítimo, en el cual no ya sólo se concentran los afectos de la familia y de la amistad sino que favorece también el consorcio de voluntades para la explotación de las riquezas del suelo.

La «lucha por la vida», postulado o apotegma de un egoísmo completamente zoológico puesto en boga por la teoría evolucionista, encuentra explicación (no digo aplicación) en la vasta anchura de la humanidad, donde es imposible que sus miembros se relacionen y propendan a la conquista de un ideal común.

En cambio, dentro de los límites de la patria, la recíproca ayuda y la concomitancia de esfuerzos se determinan y concretan a la vez que en beneficio particular, en honra y provecho de la República toda.

El incoercible afán de las agrupaciones europeas, afines de raza o idioma, por erigirse en Estado autónomos, después de la gran guerra, es un argumento que nos convence de cuan instintivo es en los pueblos el anhelo nacionalista. Todos ellos han luchado tercamente por desgregarse, a pesar de que al desgregarse pierden en el concierto mundial mucho de su valer político y buena parte de las ventajas económicas que su unión les reportaba.

III

Hay espíritus descontentadizos que tienen en poco y desestiman a su patria porque no empareja en primores de cultura material o espiritual con las naciones que van a la cabeza del mundo contemporáneo. (Me refiero especialmente a las nacionalidades que no han alcanzado todavía su pleno desarrollo.

Quisieran esos espíritus inquietos e irreflexivos trepar de salto a las cumbres de la civilización, sin detenerse a considerar que la vida de los pueblos, como la de los individuos obe-

dece a unas mismas normas y leyes. Así como no es factible acelerar el crecimiento de un adolescente de suerte que sus facultades alcancen antes de tiempo la plenitud de su vigor y lozanía, es de igual modo imposible precipitar el desenvolvimiento ordenado de un pueblo sin convertirlo, a fuerza de dislocaciones, en un ser teratológico y contrahecho.

¿Cómo un país nuevo, de escasa población y de aun más escasos recursos materiales, podría conseguir en el primer siglo de su vida autónoma y soberana aquellos progresos y adelantos de los pueblos que cuentan diez o más centurias de constante brega civilizadora?

Conviene tener muy en cuenta, asimismo, que el progreso es regulado y lento de suyo; se va adaptando pausadamente a la índole de la raza, a sus creencias y costumbres, al medio en que sustenta y vive. No avanza en ascensión continua; tiene sus quiebras y descensos, o—mejor dicho—no siempre avanza: suele equivocar el rumbo y alejarse de la meta que se propone alcanzar.

No consiste el progreso en una constante agitación y movimiento, sino en un positivo adelanto hacia la perfección; y este adelanto—según lo acreditan la experiencia y la historia—no se verifica en conformidad a una marcha rectilínea; bien al contrario, parece ser condición suya inevitable (condición inherente a la falible naturaleza humana) seguir un trazo oblicuo, un zig zig, cuyos ángulos unas veces se aproximan al camino ideal de la perfectibilidad y otras veces se desvían de él hasta perderse como en un desierto.

Importa reconocer, sin embargo, que la marcha natural del progreso, es la continuidad, sin saltos bruscos; estos lo interrumpen o, por lo menos, lo retardan.

Por lo que a nuestra República atañe debemos confesar asimismo que, a despecho de su forzado crecimiento, no se halla todavía en plena virilidad y no tiene una visión clara y distinta de sus futuros destinos. A fin de acelerar el avènement de nuestra mayor edad, nos hemos dedicado a trasplantar a nuestro suelo los sofismas filosóficos, las alucinaciones políticas y hasta los vicios y resabios de las propectas naciones del viejo mundo: estamos persuadidos de que este es el medio más rápido y seguro para hombrearnos con ellas desde luego. Es el caso del niño que fuma cigarros a fin de pasar por hombre.

Las sociedades, en su edad juvenil, acogen sin mayor discernimiento todo lo que parece una novedad y una reacción contra lo antiguo: de aquí dimana su turbulenta inquietud. Dominados los pueblos jóvenes por la pasión y el entusiasmo, desoyen los consejos de los hombres maduros; no creen en la

sabiduría de la experiencia y se resisten a la austeridad de su enseñanza.

Bien sabido es que el error (en especial, cuando halaga nuestras inclinaciones naturales) se difunde con rapidez y fertilidad asombrosa; mientras que la verdad es lenta en propagarse, pues requiere un cultivo esmerado de la inteligencia y una vigorosa disciplina de la voluntad. Las malezas brotan y se extienden a maravilla en el terreno inculto; las plantas útiles han menester una tierra bien labrada y un trabajo asiduo.

Otra causa hay, también, que entorpece y ofusca la serena percepción de las cosas presentes y es el afán de preocuparnos en demasía de lo futuro olvidando el bien próximo y que tenemos al alcance de la mano, el nuestro. Se sacrifica la generación actual en aras de las generaciones futuras, cuyos anhelos de felicidad no podemos antever, por donde es factible que nuestra solicitud resulte a la postre malograda.

Sólo el presente es nuestro; del porvenir dispondrán los que en él vivieren: *sufficit diei malitia sua*, bástale al día su propia tarea.

Las mal trabadas conclusiones expuestas en este artículo (que ojalá los lectores hayan acogido sin desabrimiento) van encaminadas no más que a manifestar el contenido trascendente de estas dos nociones—*patria y humanidad*—y las graves consecuencias a que suele dar margen su interpretación antojadiza.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

Estados Unidos de Norte América y la América Latina.—El mundo entero ha podido apreciar claramente los móviles de la política internacional de los Estados Unidos. Los Estados Unidos son un adolescente de gigante que conoce sus fuerzas y aspira a obtener con ellas lo que puede alcanzar. No es eso raro. Cada cual codicia cuanto está dentro del radio de sus posibilidades, y son muy pocos los que tienen dentro de la conciencia un freno bastante poderoso a contenerlos cuando llegan a los linderos del derecho ajeno: cuestión de física, de la cual queda la moral excluida. Si el contenido es mayor que el continente, aquél se desborda o lo quiebra.

Los Estados Unidos no podían prever los medios ni el momento; pero se señalaron a sí mismos el objetivo: «obtener en el mundo un puesto igual a su potencia interna», cuando considerasen oportuna la ocasión.

El primer paso evidente, en esa preparación, fué la guerra con España. La victoria les quitó un vecino enojoso, reemplaza-

zándolo por otro subalterno; les dió la posesión de Puerto Rico, en las Antillas, y en Asia los hizo dueños de las Filipinas y otras islas.

El segundo paso fué la secesión de Panamá. Ella les dió el dominio del Canal, con orillas estadounidenses, lo cual hizo posible que la escuadra del Atlántico y la del Pacífico constituyeran una sola unidad.

La tercera gestión fué la intromisión en Nicaragua y en casi todo el resto de la América Central. Con eso se alejaron peligros del vecindario; se tuvo mayor seguridad de que no se construiría un Canal enemigo, y se prevenía cualquiera clase de aventuras imprevistas.

La cuarta gestión fué la toma de Veracruz. Eso tenía las probabilidades de abatir la soberanía de un vecino poderoso.

Quedaba un punto oscuro: la isla de Santo Domingo, próxima vecina de los Estados Unidos y posesión estratégica peligrosa para ellos, en caso de serles hostil. Se dijo que la República de Haití quería entenderse con Alemania, el enemigo ya declarado de los Estados Unidos. La República Dominicana no se había mostrado jamás contra los Estados Unidos, aunque es verdad que algunos de sus escritores, por intereses de la política interna, fingían de vez en cuando estar indignados con la República del Norte. Eso no era cuestión en que se interesara el pueblo. Pero los Estados Unidos dieron el quinto paso preparatorio, ocupando militarmente a Haití.

La sexta gestión fué la ocupación militar de la República Dominicana, primero so pretexto de la rebelión del Ministro de Guerra y Marina contra el Gobierno constitucional; luego aduciendo violaciones, que no existían, al artículo 3.º de la Convención de 7 de Febrero de 1907; y, finalmente, alegando la conveniencia de pacificar y civilizar el país. Procedimiento absolutamente nuevo, por primera vez en el mundo un país fué ocupado militarmente por un amigo con el cual estaba en perfecta paz.

Pero nadie se llamó a engaño. Al año siguiente de la ocupación apareció la causa de ella: el vecindario estaba limpio de todo peligro posible, y los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania. A la verdad, la ocupación había sido un exceso de prudencia. El pueblo dominicano es mental y moralmente latino, y por latinismo era aliadófilo. Sólo la violencia de la ocupación pudo hacer germinar en él algunos brotes de germanofilia.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ.

La baja de precio en las materias primas, es normal, como artificial fué el alza.—La baja de precio en las materias primas, es la expresión de una crisis general ocasionada, en mucha parte, por exceso de producción. Esta baja ha venido a alarmar a los comerciantes, agricultores, industriales y banqueros de todo el mundo. Las Repúblicas de América que viven de la exportación de materias primas, no sólo se han alarmado, sino consternado, a causa de que habían logrado, de cinco años a la fecha, invertir la balanza de su exportación, constituyéndose, de la noche a la mañana, en acreedores de los grandes países, en vez de deudores.

¿Se debe creer realmente, en la existencia de una super-producción cuando la producción mundial es necesaria en Francia por las devastaciones de la guerra, cuando en Alemania y en Europa Central faltan materias primas, y en Rusia están exhaustos de ellas, por el bloqueo soviético? ¡Sorprendente contradicción, dentro del sistema capitalista!

En efecto los números índices del economista inglés, los del Bradstreet americano, acusan una baja constante de precio en las materias primas. Y los precios bajan en los países donde mejora la moneda. Lo que quiere decir, que la disminución de precios es independiente del curso del cambio. En Francia, por ejemplo, explican la baja de precio en las materias primas, por el alza del franco; pero la baja es mundial (Estados Unidos, Japón, Inglaterra). En el Japón, el pánico ha sido verdadero para los productores de seda y por repercusión para los Bancos que hacen operaciones de crédito garantizados con la misma seda. El *yen*, moneda japonesa, tiene prima; sin embargo la seda bajó de precio. El *dólar* es actualmente la mejor moneda del mundo, y la libra esterlina no está mal; no obstante esta mejora general en los cambios, la baja del precio en las materias primas también es general. Estos fenómenos son precisamente lo que caracteriza la crisis actual.

Los números indicadores de Brandstreet acusan una baja constante en los precios de materias primas. En el mes de Mayo la baja acusa un porcentaje de 7,3% lo que significa para los 106 artículos una baja general de 37% (término medio) en todo el tiempo que se ha producido la baja de precios. Hay materias primas que han reducido su precio a un 600% del precio máximo que alcanzaron en 1917, como la lana de Argentina.

La baja de los precios comenzó por los metales, signo de una segura crisis.

En Méjico la plata fué necesario declararla exenta de derechos de exportación, cosa indebida, porque produjo la huída del oro, y las minas ricas, por mucho tiempo no pagaron el im-

puesto. La exención de derechos de la plata debió haber sido para los minerales pobres de plata. Pero la Secretaría de Hacienda hizo extensiva la exención de derechos de exportación a los minerales pobres y ricos de plata.

El cobre llegó a bajar en Londres de 121 libras esterlinas a 90; el estaño de 418 a 270; el zinc de 61 a 15 libras esterlinas; y así sucesivamente los demás metales.

El algodón de 30,75 dólares bajó a 11,56 y en Inglaterra de 42 a 35, igual movimiento se produjo en Havre y en Liverpool. El café es el que menos ha sufrido: en New York de \$ 15,67 bajó a 15.13. El Café de las Repúblicas centroamericanas, lo envían los Estados Unidos a Europa, donde aumentan las existencias sin encontrar compradores.

El petróleo se había librado, un tanto, de la baja de precio así como los demás combustibles: carbón, coque y otras materias similares. Debióse al desarrollo de la super-producción que produjo la crisis actual, a que los yacimientos franceses de carbón no están en explotación, y a la dificultad de explotar las minas carboníferas de Silesia.

Las maderas también han bajado de una manera considerable.

La baja de precios en las materias primas será de consecuencias y de duración, porque toda crisis viene acompañada de una restricción económica por largo tiempo, caracterizada esta crisis por una gran rebaja progresiva de precios; por la disminución de valores; por un aumento en la cifra de obreros sin trabajo; por disminución en el rendimiento de los impuestos.

El economista M. Charles Gide, hace ver en un artículo publicado en el mes pasado, que la cuna de la crisis fué el Japón, pasando por América hasta llegar a Europa, dice que tiene causas diferentes al resurgimiento de la moneda de papel en general y que los precios bajarán más si el desinflamiento del papel se lleva a cabo rápidamente.

No hay, pues, que arrojar la culpa a tal o cual fenómeno, a tal o cual impuesto o contribución, porque entonces surgirá esta hipótesis: la falta de compradores produce la baja de precios en las materias primas; o, la baja de precios, causa la falta de compradores. M. Eychéne, director de «L'Information Universelle» dice que los compradores rehusan adquirir materias primas, esperando mayor disminución de los precios y esto ocasiona una baja mayor.

Hay que seguir exportando aunque sea a precios bajos, si no queremos estar en peores condiciones monetarias, por la huida de oro hacia el extranjero.

C. D. LÓPEZ.

¿Nombró O'Higgins General del Ejército Chileno a Albino Gutiérrez, el vencedor de Carrera?—Así lo afirma perentoriamente el Teniente Yates en un artículo publicado en el núm. 45 de esta *Revista*. «Albino Gutiérrez, dice, recibió del Gobierno de Chile, por habernos arruinado, el rango y sueldo de brigadier general y fué hecho miembro de la Legión del Mérito» (pág. 467).

Pero Barros Arana (*Historia General*, XIII, 400), autoridad respetable como ninguna, por su parte dice: «Se ha dicho muchas veces que este mismo (el Gobierno de O'Higgins) confirió grados militares en el Ejército de Chile a algunos de los jefes de Mendoza que hicieron la campaña contra Carrera, y que dió el de General de Brigada a Godoy Cruz y a Gutiérrez. Don Benjamín Vicuña Mackenna aseguró (*El Ostracismo de los Carrera*, Capítulo XXIV) haber visto el título de Godoy Cruz, y que este tenía la fecha de 26 de Noviembre de 1821. Sin embargo, ni en las publicaciones de ese año, ni en los acuerdos del Senado se encuentra constancia de esos nombramientos. Así, en el *Almanak nacional para el Estado de Chile en 1824*, curiosa guía administrativa de este país en aquella época, se halla en la página 78 la lista de los generales de Chile, así de los que residían aquí como de los que habitaban en el extranjero, y allí no se hallan los nombres de Godoy Cruz y de Gutiérrez. Estos fueron nombrados generales por el cabildo de Mendoza, como solían practicar otros cabildos de esas provincias. El Gobierno de Chile acordó la medalla de la Legión de Mérito a Godoy Cruz en el rango de oficial y a Gutiérrez en el de simple legionario, y en ambos nombramientos se les daba el título de brigadieres que tenían en Mendoza. Es esto, sin duda, lo que ha hecho creer que el Gobierno de Chile les confirió ese grado. Por lo demás, la medalla de legionarios de esa orden fué conferida a todos los individuos que en el rango de jefes de cuerpo hicieron la última campaña contra Carrera».

Entre estas dos afirmaciones contradictorias, no cabe para nosotros la menor duda. Optamos sin vacilar por la de Barros Arana. El teniente Yates, apasionado por la causa de Carrera, fué deportado al Perú pocos días después de la ejecución de ese caudillo. Afirmar, por lo tanto, en sus *Recuerdos* algo de que oyó hablar, no algo que personalmente le constara. Distinto es el caso de Barros Arana. Muchos años después de aquellos tristes sucesos, sin pasión alguna, investigó, como él sabía hacerlo el punto y llegó a la conclusión irrefutable de que el generalato de Albino Gutiérrez no pasaba de ser una de las tantas consejas que la pasión política inventa y trasmite a la posteridad.

O'Higgins pudo tener odios y quién está exento de ellos en períodos de pasiones enconadísimas, de luchas feroces como los

que a él le tocó en suerte atravesar? ¡pero, antes que enemigo de sus émulos, fué chileno y, como tal, incapaz de discernir los honores de general del Ejército de su patria a hombres, como Gutiérrez, indignos por todos conceptos de ellos.

S.

Dos documentos sobre el ofrecimiento que en 1879 hizo Bolivia, apoyada vigorosamente por el Perú, a la República Argentina del territorio chileno entre los grados 24 (un poco al sur de Antofagasta) y 27 (altura de Caldera más o menos) a condición de que participara de la alianza Perú-boliviana contra Chile.—En *El Comercio* de Lima de 30 de Septiembre del año en curso publicó don Pedro Irigoyen, distinguido publicista peruano, dos documentos que demuestran así, por lo menos, él, lo cree, que, contra lo que afirmó en el Senado Chileno don Gonzalo Bulnes, «no hubo nunca, en ningún momento, ni en el Perú, ni en Bolivia, propósitos de invasión o de conquista sobre Chile; y que jamás se pretendió, tampoco, incitar a la Argentina en contra de Chile, ofreciéndole la desmembración de esta República».

Como esos documentos, a pesar de lo que afirma el señor Irigoyen, constituyen para nosotros la mejor y más completa demostración de la efectividad de los propósitos indicados del Perú y Bolivia, los reproducimos en seguida en la misma forma en que el señor Irigoyen los publicó:

«Buenos Aires, Abril 26 de 1879.

(«Reservada núm. 72»).

«Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.—S. M.

«El 12 del presente, tuve el honor de recibir la importante nota de U. S., fechada en 26 de Marzo próximo pasado, en la que ocupándose de la cuestión chileno-boliviana, se sirve darme instrucciones para que *iniciada por parte del gobierno boliviano*, la negociación por la cual esa república cederá a la Argentina desde el grado 24 hasta el 27 *de su litoral*, apoye dicha combinación manifestando que el Perú, lejos de poner obstáculo a semejante idea, vería con placer que la Confederación Argentina tomase asiento entre los Estados del Pacífico.

«En el correo anterior, al ocuparme de este asunto, manifesté a U. S., que consideraba demasiado grave la cesión que se pretende, pues con ella la República Argentina vendrá a ser una nación tan poderosa que destruiría por completo el equilibrio continental. Respecto al Perú, necesitaría en tal caso, de los departamentos de La Paz, Oruro y Cochabamba, en el Sur y

de Guayaquil en el Norte, a fin de mantener de algún modo el equilibrio sudamericano. Esto no obstante, y debiendo cumplir las órdenes que U. S. me comunica, aguardo la llegada del señor Quijarro, Ministro de Bolivia, que se anuncia para dentro de 2 o 3 días, a fin de proceder de acuerdo con él, habiendo entre tanto, adelantado algunas ideas de un modo indirecto, como se impondrá a U. S., al darle cuenta en esta nota, de la conferencia que tuve en la noche del 22 con el señor Montes de Oca.

«Antes de ocuparme de ella, pondré en conocimiento de U. S., la que celebré con el mismo señor Ministro de Relaciones Exteriores, el 17, en su despacho.

«Dos cuestiones hemos tratado durante la conferencia, relativas a la guerra actual del Pacífico:—la adhesión al tratado secreto de 6 de Febrero de 1873 y la cuestión del comercio de armas.

.....
«Manifestóme, también, que el plan de ceder a la República Argentina, parte del *litoral boliviano* era tan vago en la *correspondencia del señor Urriburu*, que no podía ser tomada en consideración; y que si el agente boliviano lo presentaba en forma, se daría cuenta también al Congreso, indicando las ventajas y desventajas presentes y futuras de ese negociado.

.....
«El 22, como he dicho a U. S. al principio, recibí la correspondencia de ese Ministerio y en el acto mandé al secretario al despacho del señor Montes de Oca, con el objeto de indicarle, que no pudiendo pasar personalmente, por hallarme ese día enfermo en cama, le agradecería de acercarse en la noche a la Legación, pues deseaba conferenciar con él. Contestó aceptando, y tuvimos en la noche una conferencia de cerca de dos horas cuyo extracto verá U. S. en seguida.

«Empezó el señor Ministro por asegurarme, que a tener noticias de mi enfermedad, habría venido en el acto; pero había comprendido que se trataba de asuntos políticos y tal vez de la propuesta que debiera hacer el señor ministro de Bolivia, cuya demora lo tenía impaciente, pues necesitaba conferenciar con él, antes de tomar una resolución definitiva. Aprovechando de la ocasión que me presentaba, le hice presente, que el rumor sobre la cesión de una parte del *litoral boliviano* a la República Argentina, tomaba consistencia, no sólo en esta ciudad sino en el Perú, pues había recibido carta del norte y sur de mi país en las que se me hablaba del asunto en sentido favorable, de modo que estaba seguro de que el pueblo peruano, que tantas simpatías tenía por el argentino, vería con placer el pabellón de la Confederación en el litoral del Pacífico. Recibió al pare-

cer como gusto la idea y me repitió, que esperaba con ansia la llegada del señor Quijarro, pues entonces podríamos los tres conferenciar sobre esta materia bajo bases ciertas y seguras.

«Díjele en seguida, que el objeto principal de la conferencia era manifestarle, que mi gobierno al contestar mi correspondencia de Febrero, y mucho antes, por cierto, de que pudiera presumirse un rompimiento con Chile, me reiteraba sus órdenes para perfeccionar la adhesión al tratado de Febrero de 1873.

.....
«Dígnese U. S. elevar esta nota al conocimiento de S. E. el Presidente, y aceptar los respetos de su atento servidor.

«(Firmado).—ANÍBAL VÍCTOR DE LA TORRE».

«Ministerio de Relaciones Exteriores.

Lima, Marzo 26 de 1879.

(«Reservada»).

«Señor doctor don Aníbal Víctor de la Torre, Encargado Especial y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

«La rapidez con que se desarrollan los sucesos consiguientes a la ocupación del litoral boliviano por fuerzas chilenas, o a la *reivindicación* de dicho territorio por Chile, obligan al gobierno de la república a proceder activamente, en el sentido de que no vengán a sorprenderle graves complicaciones, y a trabajar con empeño, de acuerdo con la previsión que el caso exige, y a emplear cuantos medios permite el decoro, para que no sufran los intereses de la nación. Porque es indudable que, así como si Chile no acepta nuestra mediación y no cede a nuestras amistosas instancias, el Perú tomará parte en la lucha, en defensa de sus derechos amenazados, así también *podrá verse aquel país en la necesidad de entrar en el campo de la aveniencia y del arreglo, en cualquiera circunstancia, si vé que hay tres repúblicas unidas, que ejercen poderosa influencia.*

«Por consiguiente, *trabajar por la participación de la República Argentina en el conflicto chileno boliviano, importa tanto como trabajar por la buena armonía, por un resultado pacífico y satisfactorio y por la paz del continente.* Si a la mediación o, más tarde, a la intervención del Perú, se agrega el contingente de fuerza de la República Argentina, es indudable que la solución tranquila no se hará esperar mucho tiempo.

«Planteadas la cuestión bajo esta importante faz, considera el gobierno indispensable que agote a U. S., con tal fin, los

medios de persuasión cerca de esta cancillería, procediendo con la requerida actividad.

«*Se ha informado el gobierno que el de Bolivia propondrá, bajo ciertas condiciones, a la República Argentina, cederle el territorio comprometido entre el grado 24 hasta sus verdaderos límites con Chile, que alcanzan hasta el 27, en cambio de los servicios que preste dicha república para recuperar el territorio «reivindicado», el 14 de Febrero último, por las fuerzas chilenas. Iniciada esta negociación, cuyos detalles debe estudiar U. S. oportunamente, conviene que, en sus conferencias con ese gobierno, U. S. apoye dicha combinación, manifestando que el Perú, lejos de poner obstáculo alguno, verá con placer que la Argentina venga a tomar asiento entre los Estados del Pacífico y a favorecer la consolidación del equilibrio continental. Este delicado asunto puede arreglarse consultando las conveniencias del Perú y de Bolivia; y antes de dar a U. S. nuevas instrucciones sobre él, necesito conocer el resultado de los pasos que de den el diplomático boliviano y U. S., cerca de ese gobierno. Pero si la declaración de U. S. puede hacer que la República Argentina asuma pronto una actitud favorable y terminante, debe U. S. servirse de ella para evitar con tiempo una guerra cuyo término no es fácil prever.*

«Dios guarde a U. S.

«(Firmado)».—MANUEL IRIGOYEN.

BIBLIOGRAFIA

Raúl Simón.—La situación económica-política de los Ferrocarriles del Estado.—Santiago.—1921.—1 vol. de 172 págs.

Existe la idea, bastante generalizada por desgracia, de que el ingeniero es un hombre fuerte en la matemática, con ayuda de la cual resuelve problemas de índole más o menos restringida: el cálculo de un puente, la medición de un terreno, etc. Se olvida, en efecto, el papel preponderante que el ingeniero debe desempeñar en todos los problemas que afectan a la producción y distribución y que son esenciales a la vida misma de la colectividad.

El standard de la vida y su costo dependen en absoluto de la producción; pero es indispensable que el transporte, uno de los elementos principales de la distribución guarde proporción con la producción. Es inútil que hablemos de la necesidad de aumentar la producción de nuestros campos, de nuestras minas de carbón, de nuestros aserraderos, si no contamos con medios de transporte adecuados. En nuestro país la falta de una marina de cabotaje hace que el tráfico nacional esté monopolizado por los Ferrocarriles del Estado. De aquí deriva el interés de lo que se diga o escriba tendiente a resolver la crisis ferroviaria por que atravesamos.

El ingeniero señor Raúl Simón, en su libro «La situación económico-política de los Ferrocarriles del Estado», publicado recientemente como contribución al Congreso de Ferrocarriles, estudia la crisis ferroviaria desde puntos de vista

nuevos, considerando causas que antes no habían sido debidamente apreciadas. Indirectamente, también el libro del señor Simón viene a corroborar lo que habíamos dicho al principio—ya que el movimiento se prueba andando—de que la esfera de acción del ingeniero no es tan restringida como se imagina «the man in the street», sino que, al contrario, es justo i conveniente que su criterio se aplique a la resolución de los más altos problemas de interés nacional. Y aún diríamos mundial, si recordamos el papel que le ha cabido desempeñar al ingeniero Herbert Hoover, actual Secretario de Comercio de los Estados Unidos, en su tarea de organizador de los socorros para evitar que media Europa se muriera de hambre. Evitó la hambruna, aplicando, como el mismo Mr. Hoover ha dicho «sound engineering principles» (sanos principios de ingeniería).

El estudio del señor Simón se compone de los siguientes capítulos:

I. Causas determinantes de la crisis ferroviaria.—En este capítulo se analizan las causas de la crisis, se anotan los antecedentes económicos, históricos y técnicos y se precisan las conclusiones.

II. La tarifa flexible y el nuevo régimen ferroviario.—Basándose en las conclusiones del capítulo anterior se establece que el problema ferroviario es un problema de tarifas. Observando los regímenes establecidos en Europa y Estados como consecuencia de la crisis derivada de la guerra, se llega a la conclusión de que la *tarifa flexible*

y la *administración indirecta del Estado* constituyen la forma lógica de una explotación comercial que satisfaga a la vez las necesidades y conveniencias nacionales.

III. Inflencia de la variación de la moneda en las tarifas y presupuestos de los Ferrocarriles del Estado.—Determinadas en los capítulos anteriores las causas de la crisis ferroviaria habiéndose demostrado que su solución dependía de la aplicación de una tarifa justa y oportuna, se estudia la forma de aplicación de esa tarifa en relación con las fluctuaciones de la moneda nacional.

IV. Las alzas de tarifas y sus efectos económicos.—En este capítulo se estudia la relación entre el precio del transporte y el precio de venta de los artículos transportados. Se compara las fluctuaciones del precio de venta provocadas por alza de tarifas y esas mismas fluctuaciones producidas por causas económicas independientes del transporte y que tienen su origen en el valor de la moneda y en las leyes de la oferta y la demanda. Se demuestra así que—exceptuando los artículos de poco precio y gran distancia de transporte—las alzas de tarifas no producen efectos apreciables sobre el comercio y la producción. Este hecho queda comprobado, por otra parte, con las movilizaciones ferroviarias en Europa y América después del alza general de tarifas en 1919 y 1920.

Cada uno de estos capítulos ha sido estudiado con acopio de datos estadísticos y las demostraciones y exposiciones van complementadas con gráficos que ayudan a fijar las ideas y a esclarecer las materias tratadas.

En resumen, el libro del señor Simón, junto con las conclusiones que el mismo libro contiene y que serán propuestas en forma de votos ante el Congreso de Ferrocarriles, constituye una de las más valiosas contribuciones a ese Congreso y al estudio de la crisis ferroviaria.

Del buen éxito que indudable-

mente ha de tener este primer Congreso de Ferrocarriles se derivará la necesidad, ya sentida y expresada en los círculos ingenieriles, de celebrar en una fecha próxima un Congreso Chileno de Ingeniería, donde deberá estudiarse, entre otras materias, todo lo que se refiera a política de comunicaciones: ferrocarriles, caminos, puertos, etc. Las conclusiones del primer Congreso de Ferrocarriles serán de importancia primordial para el estudio de los problemas de viabilidad que se tratarán en el Congreso Chileno de Ingeniería, que se celebrará, no lo dudamos, en fecha no lejana.

CARLOS KRUMM S.

Louis Frédéric Choisy.—*Sainte-Beuve. L'homme et le poète.*—Paris. 1821.

De ordinario cuando se trata de Sainte-Beuve, se recuerda tan sólo al autor de *Port Royal* y al crítico de los *Lunes*, esto es al escritor, y no al hombre, olvidando que si su obra literaria es considerable, su vida es, por más de un título, interesante y a las veces conmovedora. Antes de vivir en la intimidad de los señores de Port Royal, antes de entrar en relaciones con los filósofos, poetas, historiadores del pasado, Sainte-Beuve fué un joven, fué un hombre que vivió y sufrió. Fué José Delorme, fué el Amaury de *Volupté*. Ese es el hombre que nos presenta en su magnífica monografía Choisy; la biografía psicológica de ese hombre es lo que nos da. Estudia con rara penetración a un Sainte-Beuve harto diverso de aquel que los libros que nos son familiares nos permiten ver, a un Sainte-Beuve de quien, «a pesar de sus errores, de sus malos hábitos, de sus pasos en falso, de sus frecuentes faltas de equidad, en el conjunto de su vida, se desprende una incontestable belleza. Su inmensa labor, su preocupación constante por la verdad, su agudeza de percepción, de sentimiento de la medida, su horror por los cenáculos y los prejuicios, su necesidad de afec-

ción siempre viva y jamás satisfecha, manifiestan que era de verdad una naturaleza superior.»

Suscribimos, sin vacilación alguna, esta síntesis, aguda, penetrante, finamente puntualizada con que Mr. Choisy termina su estudio sobre Saint-Beuve.

P.

A. Bossert.—*Schopenhauer et ses disciples, d'après ses conversations et sa correspondance.*—París. 1920.

Es un estudio del hombre más que del filósofo. De este último se ha escrito mucho, hasta el punto de que casi nos era familiar, a lo menos para los que por su doctrina nos interesamos. En cambio, del hombre poco, casi nada sabíamos. Este libro lo pinta de cuerpo entero, con sus cualidades y defectos. Estos últimos son, principalmente, originalidades, pequeñeces de ordinario, que no apocan su personalidad. Es un libro que se lee con interés sumo.

H.

J. H. Rosny.—*Torches et lumières.*—París. 1921.

Este título, halagador para algunos, desdeñoso para muchos, anuncia los recuerdos literarios del mayor de esos dos gemelos de las letras que, bajo el pseudónimo colectivo de J. H. Rosny, publicaron numerosos libros originales, variados y a las veces verdaderamente sólidos.

Rosny, en este libro, recuerda los comienzos de su carrera literaria, refiere su iniciación con la publicación de *Nell Norn*, sus relaciones con los Goncourt y con Alfonso Daudet, sus colaboraciones en el *Gil Blas*, en el *Figaro*, en la *Justicia* y en la *Revista Independiente* y sus impresiones durante el período del boulangismo.

S.

Claude Saint André.—*Louis XV.*—París. 1921.

Biografía poco cargada de hechos, más psicológica que erudita, más apologetica que crítica, de Luis XV.

Escrita, por lo demás, en un estilo excelente, muy armonioso y artístico.

H.

Luis Alberto Sánchez.—*Historia de la literatura peruana y los poetas de la colonia.*—Ciudad de Lima. 1921. 8°, 302 p.

Importante contribución al estudio de la historia literaria del Perú es este tomo, en el que su autor presenta a los poetas de la Conquista, a los poetas cortesanos, los poemas de Arauco, el ciclo araucano, Oña y Barco Centenera, Diego de Hojeda, la Cristiada, *Amarilis*, la incógnita de la poesía peruana, monja admirable que expresó a Lope de Vega sus amores en una bella epístola; el gongorismo, el notable Caviédes, el conde de la Granja, Peralta, el ciclo de Antequera, los pródromos de la Revolución y los poetas de la Libertad. Tiene el Perú tradiciones literarias y tiene archivos y bibliotecas en los que el investigador puede encontrar informes sobre los escritores coloniales. En ellos ha podido reconstruir Luis Alberto Sánchez todo el pasado de la poesía peruana. A la inteligente y honrada tarea de investigación ha añadido observaciones propias, juicios, deducciones; con lo que su obra es de consulta, además de ser de estudio.

Rubén Darío.—*Tributo de Cuba a su memoria.* Tomo II. *El Árbol del Rey David.*—Prosas raras recogidas y ordenadas por el Doctor Regino E. Boti. Correspondiente de la Academia de la Historia. Con prólogo y notas.—La Habana.—Imprenta «El Siglo XX».—Teniente Rey 27.—1921.—4°, 132 p.

De cinco tomos constará el tributo de Cuba a la memoria de Rubén Darío, el poeta magno de la América que tan gran surco abrió en la poesía castellana. Regino Boti se ha trazado un plan vasto y ha empezado a cumplirlo. Publicado ya *Hipsipilas*, aparece ahora *El árbol del rey David*. Irán saliendo sin interrupción *El libro de los poetas*,

Márgenes y Poliantea. En todos habrá coleccionado Boti lo más interesante de la obra maravillosa del poeta.

Contiene *El árbol del rey David* cuentos del poeta. Darío fué haciéndolos en el decurso de su vida siempre vibrante, y ahora el compilador los reúne por su fuerte unidad de belleza y de ensueño, de difícil sencillez y encantadora complejidad. Acaso este cuaderno, de edición limitada, reciba en breve la consagración de las reproducciones copiosas y sea en bellas y tibias alcobas femeninas el breviario predilecto, el aroma sutil que perfuma los espíritus, la más deseada distracción de damas exquisitas. No otra cosa habría anhelado el autor para estas narraciones llenas de delicia.

Para el homenaje de Cuba a Rubén Darío, una reedición cubana de sus libros nada nuevo añadiría a su gloria. Una selección como la de Boti, bien preparada, es lo más propio y lo que contribuirá a que sea más notable el tributo. Y Boti, con su labor inteligente y seria, ha sabido honrar en nombre de Cuba al cantor que fué para todos los países hispanos un maestro y para la América un legítimo orgullo. Sólo faltaría que el poeta y escritor cubano completara su obra haciendo, con su gran acopio de datos y noticias y ayudado por su clara visión crítica, un estudio de Rubén, que abarque la vida y la producción multiforme del revolucionador de nuestra poesía.

Carlos Pezoa Véliz. — *Las campanas de oro.* — Selección de poesías, con un prólogo de Leonardo Pena. — 1 vol. de 84 pág. — París. — 1921.

Precedida de un hermosísimo prólogo, que nuestros lectores podrán saborear en otro número de REVISTA CHILENA, Leonardo Pena ha editado en París una selección discreta, más que eso, exquisitamente hecha de las mejores producciones de Pezoa Véliz, poeta al-

tísimo, si en Chile los hay, y casi totalmente desconocido entre nosotros. Aquí, donde de memoria nos sabemos... iba a citar toda una serie de composiciones métricas medianamente correctas y apenas si pasablemente poéticas, casi nadie conoce al autor del Pintor Perezza, aquel:

«Artista de paleta añeja,
que usa una cachimba de color co-
[ñac
y habita una boharda de ventana
[vieja
donde un reloj viejo masculla: tic
[tac...».

De ese desencanto de la vida que, con brioso desenfado, concreta su tedio, su pesimismo y sus burlas en esta estrofa por todos conceptos admirable:

«La vida.. sus penas... ¡Choceces
[de antaño!
se sufre, se sufre... ¿Porqué? ¡Por-
[que sí!
se sufre, se sufre... I así pasa un
[año,
y otro año... ¡Qué diablo! La vida
[es así...».

Del autor, en fin, de ese maravilloso poemita *Pancho y Tomás*:

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano, el buen Tomás...

En que se encuentra esta hermosísima quintilla:

¡Pobre Tomás! Pancho toma
fruta de ajena heredad...
¡Pobre! En la vecina loma
se ha perdido una paloma...
¡Aves del bosque, llorad!

Buen servicio ha prestado el señor Pena a las letras nacionales con esta cuidada selección, ya que era empresa casi imposible dar con ejemplares de las *Poesías* de Pezoa editadas años ha en muy reducido número de ejemplares.

Ramón A. Laval.—*Contribución al folklore de Curahue.*—Santiago.—1921.

Este volumen de cuentos populares es el segundo que el señor Laval ha publicado y contiene una tradición, dos leyendas y veintiséis cuentos que oyó en Carahue de labios de mujeres y de hombres, que a su vez lo oyeron contar de niños. Alguna vieja sirvienta, de gran fantasía, los refirió en las noches a los niños desvelados. Son cuentos de princesas y reyes, de niños pobres que realizan grandes hazañas, de andariegos que salen a rodar tierras; y algunos son especie de apólogos que encierran una lección de vida y de virtud. El señor Laval, peritísimo en folklore, no refiere sólo lo que oyó, conservándole en lo posible el tono y el lenguaje del narrador, sino que los ha enriquecido con notas y una bibliografía de cuentos parecidos de otros países.

Porque los cuentos son universales. Con variantes que a la larga se fijan según las costumbres, las ideas y nociones ideales o prácticas de la vida, la trama, los detalles esenciales, la máquina, digamos, es la misma, y así se cuentan en la China, como en Chile, sus antípodas.

Algunos ejemplos mostrarán esta semejanza que a veces llega, salvo detalles, a la identidad. Con distintos nombres, todos hemos oído contar en la niñez el cuento El Tahur o la Hija del Diablo.

Brevemente expuesto, helo aquí. Dos viejecitos tienen un hijo ocioso y calavera. Es el tipo de los trajinantes, andariegos y aventureros. Gustábase pelear y jugar al naípe; ganó dinero, estableció a sus padres, pero ya nadie se atrevía a jugar con él. Desesperado resolvió irse a otro pueblo a buscar con quien jugar. Se le presentó el diablo a desafiarlo. Le ganó Pedro su mula cargada de dinero. Propúsole el diablo jugarse ellos mismos, pero salieron patas. Entonces le desafió a luchar. Al fin lo venció el diablo: y le dió tres meses de plazo para que se despidiera del mundo y se fuera a su reino, la ciudad de Gara-

bito. Y Pedro se dijo: lo que ha de ser maña que sea pronto; y se puso al segundo día en viaje.

Como no conocía el camino, preguntó a un zorrito, que lo ignoraba, pero lo llevó a su madre, que tampoco sabía; ésta lo endilgó al león, quien lo envió a su compadre traro; y éste a su compadre jote, quien llamó a sus hijos. Ninguno sabía, pero el menor, que tardó en llegar y venía borracho, sabía la ciudad de Garabito, donde se emborrachaba con el diablo. Lo llevó allá. Y le dió sus instrucciones. Tres papas vendrían a bañarse a una laguna; todas hijas del diablo; una de ellas, la de las trenzas de oro, dejaría sus trenzas y ropas a la orilla. Con la virtud de una pluma que el jotecito le obsequió, y diciéndole «Dios y un pescadito debajo del agua» se convertiría en pescado, y saliendo del agua en hombre, tomaría las trenzas y cuando Mariquita, desesperada, las buscara, él se las presentaría; y con esto se conquistaría su cariño.

Así lo hizo. Mariquita le ofreció su ayuda. El diablo lo sometió a pruebas imposibles de realizar: cómo sembrar en la mañana trigo y tenerle pan cocido a las doce para el almuerzo; secar un pozo con un arnero; cruzar el mar con un puente, etc.; de todas lo sacó Mariquita, a quien bastaba ordenar que las cosas se hicieran.

Pero el diablo sospechó que Pedro hacía tales empresas con ayuda de Mariquita; y como ésta no era hija del diablo, sino un ángel que él se robó de la gloria, diablo y diableza resolvieron matar a los dos jóvenes.

Oyó Mariquita y dijo a Pedro que tomara un caballo de la pesebrera, que andaba una legua en cada paso; Pedro, como siempre, se equivocó y tomó el que andaba media legua y partieron. Dejó Pedro tres escupos, que respondían por él, pues el diablo, inquieto, lo llamó varias veces en la noche; pero al secarse la saliva, ya no respondía.

Sale el diablo en su persecución en el caballo que andaba una legua

por tranco; lo ven venir y Mariquita ordena: Vuélvase mi caballo una laguna, Pedro un pato y yo una pata.

El diablo, detenido por la laguna, se vuelve; y la diablaza le grita: Viejo tonto, el pato y la pata eran ellos. Yo iré a pillarlos.

Y sale la diablaza: y cuando la ven venir ordena Mariquita: Póngase un bosque que se esté rozando. La diablaza no puede pasar el bosque que ardía y se tornó a Garabito. Y el diablo le dijo:—Vieja tonta ¿no que eran ellos? Yo iré mañana.

Mariquita ordenó: Sea mi caballo una iglesia, yo un cura que dice misa y Pedro el que la ayuda.

El diablo quiere entrar a preguntar, pero cuando ve la hostia que se abre, huye como un condenado.

La diablaza furiosa, los maldice. Ese perro que te lleva, dice, refiriéndose a Mariquita, te ha de abandonar y casarse con otra.

Llegan a una ciudad a establecerse. Pedro sale a buscar ropas y ve unas niñas, de una de las cuales se enamora perdidamente y la pide en matrimonio. Como era rico, tiene amigos y convidados a la boda; y Mariquita asiste. En el banquete que se sirve antes de la boda, Mariquita anuncia que va a presentar para común regocijo, una prueba divertida. Y a su conjuro aparecen una laguna y dos patos en ella.

Y la pata pregunta al pato:

—¿Te acuerdas, patito, cuando se me perdieron mis trenzas de oro y tú me las entregaste?

—Jajay! que no me acuerdo.

—¿Te acuerdas patito, cuando te mandaron sembrar trigo sobre piedras, cosecharlo y hacerlo pan antes de las 12 del día?

—Jajay! que no me acuerdo.

Y así le va recordando todas las pruebas y peripecias de su vida; y al fin, exclama el pato:

—Jajay! que ya me acordé.

Pedro reconoce a Mariquita, y rompiendo su compromiso con la otra, se casa con ella.

En Chile, este cuento se narra con variantes. En alguna, cuando Pedro y María son perseguidos, ella

arroja primero un puñado de ceniza y la tierra se cubre de espesa niebla; después un peine que se torna en un quiscal intraspasable; luego un puñado de sal, que se vuelve mar.

Muchos detalles de este cuento figuran en otros semejantes de otros países. En un cuento de Méjico, varios animales agradecidos al hombre que los ha partido en una disputa, le dan, el león una uña, el tigre otra, el águila una pluma, la hormiga un cojiloncito, los cuales con la fórmula «Dios y el león», «Dios y el tigre», etc., el héroe tendrá lo que pida.

El señor Laval en su bibliografía de cuentos semejantes anota: «El pájaro verde» y «La gata blanca», de Lorena; «Historia de Juan y Juana», de la Isla Mauricio; «La Bella Juanita», de la Gascuña; «La batalla de los pájaros», de Gran Bretaña; «La perra blanca», de Francia; «El príncipe no esperado», cuento eslavo; «La hija del Cherrube», de Arauco, y otros de la Baja Bretaña, etc.

El episodio de los pájaros llamados a dar noticias de la ciudad del diablo, se encuentra en El Rey de Inglaterra y su hijito, en el cual se convoca a los cuervos para que den una noticia, y sólo la conoce el que llega atrasado y borracho.

El episodio de las jóvenes que llegan a bañarse y se convierten en patos o aves, con quitarse sus ropas, se encuentra en cuentos de Gran Bretaña, de la Isla de Lesbos, Baja Bretaña y en Las Mil y una Noches.

Y así por el estilo. Lo que se dice de este cuento, puede decirse de muchos otros. Hoy ya se sabe, por meritísimos y abundantes estudios, que el almacén de cuentos populares es uno solo y que los detalles se modifican en lo acesorio por las costumbres de cada pueblo y se trasladan de un cuento a otro; pero es siempre el mismo episodio en su parte esencial.

Muchas consecuencias pueden sacarse de esta universalidad de los cuentos populares; deduciré sólo

una: que ello prueba que la humanidad ha tenido un solo hogar común, que ha procedido de una sola familia; y que los cuentos inventados por los poetas primitivos y contados alrededor de la fogata a la luz de las estrellas, a la puerta de la cueva o caverna o de choza de ramas, se han difundido con los emigrantes a todas partes del mundo y hoy se cuentan en todas las latitu-

des y bajo todos los climas de igual modo que hace cuatro o cinco mil años.

El señor Laval ha hecho con sus dos volúmenes de cuentos una obra bella; y con sus anotaciones que demuestran su vasta ilustración en la materia, una obra útil, de gran trascendencia filosófica.

M. CORREA PASTENE.

